



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires

A

# En torno a las fuentes indirectas: Los testimonios de la historia social en la Novelística Italiana del siglo XIII al XV

Autor:

Ángel A. Castellán

Revista:

Anales de Historia Antigua y Medieval

1967 - 13, pag. 7 - 93



Artículo



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL  
Repositorio Institucional de la Facultad  
de Filosofía y Letras, UBA

# EN TORNO A LAS FUENTES INDIRECTAS: LOS TESTIMONIOS DE LA HISTORIA SOCIAL EN LA NOVELISTICA ITALIANA DEL SIGLO XIII AL XV

por

**Angel A. Castellan**

## INTRODUCCION

### I

Es ésta la primera de una serie de búsquedas que nos proponemos realizar en torno al testimonio de las fuentes indirectas. La aclaración no tendría mayor sentido si no estuviéramos habituados, por una larga tradición, a un entendimiento unilateral del concepto de fuente que hizo siempre hincapié en notas precisadas y expuestas por los tratadistas del siglo pasado y sus epígonos del actual.

Menos confiados que nuestros antecesores, y aleccionados quizá por el fruto de acres experiencias; ya no parecen conformarnos aquellos armónicos y "objetivos" logros de la historiografía rankeana que nos postulaba un pasado cuya mayor excelencia era su despego de las urgencias del presente. Un pasado, además, que entendía agotarse en el residuo de la banda documental que se interponía entre él y nosotros, y que, más allá de la presuntuosidad metodológica, no podía revelarnos otra cosa que la calcinación de sus huesos desgastados por el tiempo.

No nos entendíamos así, suprema aspiración, con un hervor humano a reconstruir, recuperar e incorporar, en cuanto factor constitutivo de nuestra propia realidad, sino con un conjunto de "restos", de objetos, con los que se operaba naturalísticamente de acuerdo con los ideales de la "ciencia"

Postulada la meta se hacía inevitable la configuración del "método", última y estéril instancia de una historiografía objetiva que, si daba la aparente seguridad de resultados científicamente acertados, se revelaba, sin embargo, impotente para traernos una vida sistemáticamente derruida.

Intentamos ahora, con mayor lucidez y menos ilusiones, abrir nuevas vías de acceso al pasado y, al mismo tiempo, creemos poder definir como "fuente" a todo instrumento que lo posibilite coherentemente.

Sólo el complejo de inferioridad que subyace en el fondo de la historiografía del Positivismo, aplicada a la imitación del aparato metodológico que corresponde a un campo ajeno a las experiencias histórico-sociales, pudo ocultar lo que para nosotros es una verdad que, entre vacilaciones y timideces, día a día se va clarificando e imponiendo: Toda labor historiográfica es un intento de organizar intelectualmente una interpretación del pasado.



En este sentido, cada escuela historiográfica pretende, como cada escuela filosófica, aunque con las limitaciones que impone el material considerado, postular un sistema interpretativo de circunstancias pasadas que, por uno u otro motivo, solicitan la atención del historiador.

Esta, que parece una audacia teórica, y que, cabe reconocer, es sólo una latencia inconsciente en la mayor parte de los historiadores, es la condición indispensable para la vigencia y reiteración de toda labor historiográfica. Por eso, más allá del ampliarse material y cuantitativo de las "vías de acceso", a las que habitualmente llamamos "fuentes", que hasta hace muy poco parecía la condición indispensable para el renovarse y el prolongarse de toda historiografía, habrá siempre lugar para nuevas "visiones" del pasado que en cada caso interese. Y es que, aunque esto no quieran saberlo los que permanecen fieles al ideal rankeano, es justamente esa interferencia de la vida presente que quería eliminar el maestro, la que asegura la vitalidad de una tarea que, de otro modo, cesaría con la consulta de la última fuente posible.

Por lo demás, para acabar con las últimas ilusiones, hoy sabemos que todo conocimiento, si ha de ser histórico, sólo se nos da por vía historiográfica, lo que equivale a decir que, entre un pasado y nosotros, además de las fuentes primarias, se interpone toda la serie de recepciones y elaboraciones que la historiografía fue formulando mientras se cargaba de tiempo e ideas.

Sería ingenuo, por lo tanto, suponer que una nueva visión, la nuestra, podría prescindir de ese proceso, él también, contra Ranke, fuente integrativa de nuestro conocimiento. Esto mismo que nos aprestamos a realizar es un propósito que, en otros momentos, difícilmente habría alcanzado a configurarse. Entonces, el interés habría quedado entre los límites formales de la creación literaria, con incursiones en el campo estilístico o estético, y quizá en el de las ideas.

Sólo en las presentes circunstancias nos acucia la preocupación por poner en evidencia, todo lo que tienen de testimonio indirecto de situaciones sociales concretas en las que se refleja la vida de una comunidad determinada. Así, la preocupación por los autores, sin decaer en lo que tiene de valedera, deja paso al interés por la sociedad en la que vivieron y que, con mayor o menor intensidad, reflejan.

## II

No ignoramos, la aclaración parece necesaria, que la serie de documentos que nos proponemos utilizar en cada caso, literarios, filosóficos, artísticos, religiosos, científicos, etc., tienen un sentido propio, más allá de su instrumentación historiográfica.

Una obra literaria o artística, un pensamiento filosófico, científico o religioso, no necesitan aditamentos en cuanto todo esfuerzo creador tiene sentido en sí mismo, porque expresa, en primer término, el resultado de una pujante individualidad. Pensar otra cosa implicaría desnaturalizar la figura de hombres cuya genialidad es también parte de la historia; pero, más allá del talento de composición, de la impronta estética, del vigor del pensamiento o la sensibilidad, tales obras recogen, desinteresadamente, y como sin propósito, situaciones y aspiraciones de círculos más vastos, sean de *élite* o de masa, que permiten reconocer, aun en situaciones arquetípicas



y ahistóricas, el sedimento de fenómenos que, aunque soslayados y semi-ocultos, pueden ser puestos en evidencia mediante una adecuada observación.

Se reunirá así un conjunto de notas que, por vías menos habituales, pero no menos eficaces, permitirán confirmar y enriquecer el testimonio de las fuentes tradicionales. Al margen de esto, y no será el menor mérito, se podrá reconocer el cuadro vivo de una sociedad que se nos da, tras las exigencias de un determinado y contemporáneo interés nuestro, con un ritmo no siempre visible a través de las experiencias de la historiografía habitual.

En el presente caso hemos elegido algunos significativos documentos literarios a través de los cuales intentaremos penetrar dentro de la textura de una sociedad en cambio, cuya caracterización y definición ha sido objeto de confusas cuando no esquemáticas y simples aproximaciones.

Demás está decir, por otra parte, que si se trataba de reconstruir un vasto conjunto de ideas, aspiraciones, humores, gustos y opiniones, había que recurrir a manifestaciones que, escapando a los consabidos cenáculos cultos, permitieran abrir una brecha que nos mostrara, como desde un indiscreto ventanillo, el complejo cuadro de las clases sociales, desde el pacato formalismo caballeresco hasta la ruda y vívida agudeza del buen sentir popular, sin descuidar la racional y calculada firmeza de los nuevos amos de la ciudad.

Se nos dará así la visión de una sociedad pululante e inquieta, con hombres y mujeres reales, que aman y odian, trabajan y traman, calculan y fingen, sufren y gozan y que, desde ya, en nada se parece al esquema vacío y formal en que suelen incurrir los historiadores de oficio que, a fuerza de escudriñar el archivo de los muertos, parecen ignorar las posibilidades que brinda, henchido de ilusiones y esperanzas, el archivo de la vida.

## TEORÍA Y LETRAS DEL VULGAR

### I

Como escribimos en otro lugar<sup>1</sup>, uno de los vicios más tenaces de la historiografía tradicional, fue el de otorgar un lugar decisivo, por no decir único, a los fenómenos de *élite*. Dentro de esta característica, el mayor interés que tenían los siglos por los que transita nuestro tema, era el que permitía mostrarlos como el privilegiado momento en que se había operado, primero tímidamente y luego con mayor decisión, la recuperación del acervo clásico en las letras, la filosofía, la historiografía, la ciencia y el arte.

Los siglos XIV y XV eran así los de las manifestaciones, cada vez más conscientes y maduras, del humanismo. Todo lo que le quedara al margen, por cierto lo más cuantitativamente denso, prácticamente no existía, oscurecido por el peso de realizaciones que, aunque restringidas a una minoría social, parecían de calidad superior.

<sup>1</sup> "Algunas notas en torno al entendimiento tradicional de la historia de Europa". A publicarse en *Anales de Historia Antigua y Medieval*.



Esto que podía ser verdad en la esfera técnica en la que se formulaban las bases para una ciencia de la antigüedad clásica, no podía pretender, sin embargo, imponérsenos como manifestación definidora del querer y sentir de los más vastos estratos sociales comprometidos con la vida del tiempo.

Más allá de las minorías preocupadas con las implicaciones literario-filosóficas de Platón y Cicerón, se movían los representantes de una realidad social que poco tenía que ver con tales apetencias, y cuya vida, como cuerpo de ideas y sentimientos, transitaba por caminos estridentes pero más acordes con las exigencias generales de una sociedad que metamorfoseaba aceleradamente su contextura y aspiraciones.

La calle, la casa, el establo, la factoría, el templo y aun el palacio, en sus apartamentos más obvios, eran el escenario de otros hombres y mujeres que, si poco sabían de las elucubraciones de las academias y los gabinetes, se constituían en la presencia indispensable incluso para aquellos que se afanaban en la conquista de un saber teórico y práctico de alto nivel. Estos últimos "meditaban" sobre el hombre y la sociedad, aquellos otros "eran" los hombres y la sociedad.

De su seno saldrían, modestos en unos casos, pero siempre eficientes, los hombres que, además de recoger las manifestaciones del sentir contemporáneo, abrirían la brecha para fundar, con títulos propios, la literatura de la Italia moderna. Y esto aun cuando, como en el caso de Petrarca, quitaran el acento de lo que realmente valía para ponerlo en la edificación de una lengua latina a la que lejos de revigorar daban definitiva muerte.

No era la primera vez, ni sería la última, en la que el viejo pleito entre eruditos y creadores se resolvería en favor de los segundos que, en el caso particular que nos ocupa, poseían la fibra en la que se expresaba, cada vez con mayor contundencia, la nueva Europa.

Es el contraste que subraya con claridad D. Guerri. La erudición en la que fincaba el humanismo no era el instrumento adecuado para vulgarizar el sentimiento de lo bello. A lo sumo, su experiencia crítica podía orientar, pero nunca suscitar poesía. Los ejemplos de arte que podían nutrirse en él eran escasos e inadecuados para el foro. Su canon clásico era la imitación, lo contrario de la originalidad que, aunque apasionada e inculta, resplandecía en los autores y poetas populares<sup>2</sup>.

La nueva sensibilidad tenía otros asilos, fuera de la escuela o la academia en las que residía el humanismo. Cuando éste bajaba de sus cimas para convivir con los rebeldes, lo hacía más por gusto o por despecho que por comprensión y adhesión. Esta actitud tenía un precio y hubo de pagarlo. El espíritu nuevo que animaba al arte no procedía de ellos, vivía entre los artesanos en el trajín de los talleres y las factorías, engendrando allí mismo a las geniales personalidades que serían su guía<sup>3</sup>.

Un quehacer literario en el que, aunque algunos autores compartieran ambas actividades, la erudita y la creadora, traspasaba las experiencias del mundo de los negocios políticos y económicos, una escuela azarosa, pero la mejor de todas para el conocimiento de los hombres. Hombres ajenos al deleite de la erudición a los que había que hablar en su propia lengua que, a medida que se perfilaba como instrumento de comunicación literaria, ganaba en precisión y elegancia hasta competir con el prestigioso latín de los eruditos humanistas.

<sup>2</sup> D. GUERRI, *La corrente popolare nel Rinascimento*, Firenze, Sansoni, 1931, págs. 102-3.

<sup>3</sup> *Ibid.*, pág. VII.



La presión que la exigía y la hacía inevitable, venía del trasfondo social que se tornaba imperioso toda vez que otro vehículo expresivo resultaba imposible si aspiraba a tener audiencia. Y fueron, en general, los mismos eruditos, aquellos que podían manejar un buen latín, los que, casi insensiblemente, fueron ganados para la nueva causa, poniendo las bases para la dignificación de la lengua popular en el mismo siglo en que Dante parecía relegado como ejemplo de bárbara complacencia con el sentir de la mayoría. Así, como pronto podría comprobarse, a medida que el humanismo iba agotando sus posibilidades, cumplida su función técnico-erudita, la literatura popular se afianzaba como única posible literatura nacional <sup>4</sup>.

En lo que hace a nuestro interés, y dentro del sector que nos ocupa, ella era la única que podía darnos la palpitación de ese subyacente trasfondo social que aquí queremos poner en evidencia.

## II

Por todo lo expuesto, y como un testimonio más de la vitalidad de material que se pretende recoger, no será ocioso hacer ahora una breve referencia, a través de los autores principales, a esa teorización por medio de la cual se afirma y confirma la dignidad del vehículo literario depreciado por algunos humanistas.

Sin riesgo de errar demasiado podemos comenzar por Dante en quien teoría y práctica alcanzan adecuada compensación.

Digamos, de paso, que el pleito entre latín y vulgar que se agudizará durante el siglo xv y alcanzará su plenitud en el xvi, puede ya sobreentenderse en algunos textos dantescos. Al comenzar su *De Vulgari Eloquentia*, el poeta traza lo que en cierto modo es el programa de su obra. "Dado que, escribe, acerca del amaestramiento en torno a la lengua vulgar no encontramos que antes de nosotros nadie se haya ocupado, y puesto que tal elocuencia vemos que es indispensable a todos, como algo a lo que tienden no sólo los hombres sino también las mujeres y los niños". Y agrega más abajo: "nos apresuramos a decir que llamamos lenguaje vulgar a aquel en el que los niños son adiestrados por los que están a su lado cuando comienzan a articular palabras; o más brevemente, designamos así al lenguaje que aprendemos sin norma, imitando a la nodriza". Hay, sin embargo, un segundo lenguaje, aquel al que los Romanos llamaron gramática y que fue propio de los griegos y otros pueblos. A éste sólo pocos llegan porque exige disciplina, tiempo y asiduidad de estudio. De los dos, es el vulgar el más noble, sea por su antigüedad, su difusión y finalmente por su naturalidad. El otro resulta más bien artificial <sup>5</sup>. La oposición es ya de por sí bastante elocuente porque, y en torno a lo expresado, es como una confirmación de la diferencia que hay entre el lenguaje del hogar, "la materna loquela", y el de la escuela, reservado a la comunicación de círculos más estrechos. Pero no para aquí la cosa. En el *Convivio*, aplicando principios esbozados en sede teórica, vuelve a insistir en la importancia del vehículo espontáneo cuando se pretende servir a otros. Aquí, el latín aparece dotado de mayor

<sup>4</sup> Observaciones no totalmente privadas de interés, a pesar de su esquematismo, pueden verse en PH. MONNIER, *El Quattrocento. Historia Literaria del Siglo XV Italiano*, trad. de F. Ruiz Llanos, Bs. As., Argos, 1950, II, págs. 237-68.

<sup>5</sup> DANTE ALEGHIERI, *De Vulgari Eloquentia*, I, 1.



nobleza, virtud y belleza; pero, todo esto no obsta para que resulte inadecuado a los propósitos del ilustrador porque, mientras se atiende al arte, el otro sigue más eficazmente el uso y se pliega mejor a las exigencias de la comunicación.

De usar el latín, por otra parte, sólo hubiera servido a los letrados ya que los otros no lo habrían entendido, y hubiera prestado utilidad a "uno de cada mil". Como su propósito era el de servir a un gran número de hombres, sin excluir a príncipes, barones y caballeros que nada sabían de latín, la elección no ofrecía dudas. Sigue luego una oportuna mención de Cicerón, el cual, en su *De finibus bonorum* había denunciado a los que despreciaban, en su tiempo, al latín en beneficio del griego. Lo mismo hacen, acota Dante, los que minimizan al italiano frente al provenzal u otras lenguas <sup>6</sup>.

Quedaba aún una razón de peso. El vulgar que usa es el de sus antepasados, que de él se valían corrientemente, y por él entró, el mismo Dante, en el camino de la ciencia en el que halló el latín que le permitió proseguir sus estudios <sup>7</sup>.

Más próximo a una polémica de aspereza creciente, L. B. Alberti defendería luego los derechos del habla común. Exagerando la medida y quizá confundiendo forma y contenido, hubo algunos, dice Alberti, que supusieron que entre los Romanos hubo también una lengua común porque no imaginaban que, en aquellos tiempos, las mujeres pudieran entender las cosas difíciles, doctas y oscuras encerradas en el latín. Demás está decir que, de acuerdo con este razonamiento, la lengua de los doctos aparecía así como una escolástica accesible a pocos. Ante esta aseveración, pregunta Alberti, ¿en qué lengua escribirían a sus mujeres e hijos, no sobre cuestiones científicas, sino sobre aquellas bien vulgares y domésticas, más que en latín?

Esta aclaración no es ociosa. El autor está atacando la idea, ya muy extendida, de que hubiera una lengua culta, el latín, para los doctos, y otra, vulgar, para el pueblo. En Roma no había más que una lengua que se usaba, en uno u otro caso, como vehículo de expresión técnica o popular <sup>8</sup>.

Por lo demás, ¿con qué razón los escritores antiguos gastarían tanta fatiga en escribir cosas que pretendían ser útiles a sus conciudadanos si lo hubieran hecho en una lengua sólo accesible a pocos?

Y en el presente, ¿quién será tan temerario para objetarle que escriba con el propósito de ser entendido? Los prudentes, por el contrario, alabarán que prefiera ser útil a muchos en lugar de gustar sólo a pocos.

No se trataba de impugnar al latín, lengua copiosa y ornadísima, sino de mostrar que no había por qué despreciar a la lengua toscana y menos disgustarse por cualquier cosa buena que en ella se escribiera. Dice, a continuación, que no está dispuesto a tolerar que muchos desprecien lo que usan y alaben lo que no entienden ni están dispuestos ni preocupados por entender.

En cuanto a aquellos que alaban la lengua antigua porque muchos ingenios la ilustraron, deberán tener en cuenta que la propia también estará llena de autoridad y nobleza si los doctos consiguen hacerla, con su empeño y estudio, pulida y bella <sup>9</sup>.

<sup>6</sup> *Ibid.*, *Convivio*, I, 5-11.

<sup>7</sup> *Ibid.*, *Ibid.*, I, 13.

<sup>8</sup> L. B. ALBERTI, *I libri della famiglia*, L. III, *Proemio*, en *Opere Volgari*, Bari, Laterza, 1960, I, pág. 154.

<sup>9</sup> *Ibid.*, *Ibid.*, págs. 155-56.



El interés de este testimonio, y el de los que siguen, reside en el hecho de ser, todos estos teorizadores, buenos cultores del latín. No se trata aquí de ocultar con razones una impotencia, sino de recoger en la esfera del idioma una realidad social cada día más imperiosa: La mayoría de los hombres contemporáneos ya ni sabían ni entendían el latín. Para comunicarse con ellos, fuera en los términos habituales o en los de la ilustración científica, se imponía el lenguaje común accesible a todos. Así lo harían, por otra parte, los autores que consideraremos que, espontáneamente y sin teorizar sobre el intento, narrarían las experiencias cotidianas en el idioma vernáculo que, al mismo tiempo, apuntalaban e ilustraban.

En carta a Federico de Aragón, Lorenzo de Medici se empeña en mostrar que la lengua toscana, lejos de ser ruda y pobre, es copiosa y adornada, gentil, florida, ágil, aguda, distinta, ingeniosa, sutil, alta, magnífica, sonora, ardiente y animosa. Y esto, no sólo en sus dos primeros y eximios cultores, Dante y Petrarca, sino también en muchos otros que les siguieron y a los que el príncipe de Aragón tuvo la virtud de concitar<sup>10</sup>. En el *Comentario* sobre algunos de sus sonetos, se advierte el mismo deseo de convalidar la propia lengua que se apoya, en este caso, en una pizca de ironía. “No parece, apunta, que prive de dignidad a nuestra lengua el hecho de que se hable en toda Italia”. Lo que importa, si ha de determinarse su valor, es considerar su perfección o imperfección en torno a la posesión o ausencia de algunas cualidades que señala. En primer lugar saber si es copiosa y abundante, y apta para expresar correctamente el sentido del concepto que se forja en la mente. Luego, entre las condiciones fundamentales de su dignidad, saber si tiene dulzura y armonía. Una tercera será saber si la lengua sirve para vehiculizar cosas sutiles, graves y necesarias a la vida humana, tanto en lo que hace a nuestra mente como a la utilidad de los hombres. Y finalmente, una cuarta causa de reputación, a saber, si, en cuanto a ella, lo que es propio de una ciudad o provincia se hace universal y casi común a todo el mundo. Esta condición podría definirse como la de su prosperidad, felicidad o fortuna que se convierte en propia alabanza.

En última instancia, sin embargo, la mayor de las excelencias pertenece a la fortuna, por lo que el rasgo principal parece ser el que la habilita para expresar adecuadamente cualquier concepto de la mente, cosa que aquí se puede probar fácilmente con los nombres de Dante, Petrarca y Boccaccio. Por todo esto, finaliza Lorenzo, nadie podrá reprendirme por haber escrito en aquella lengua en la que nací y me he nutrido<sup>11</sup>.

Mayor interés, por la densidad del problema que plantea, tiene la *Epistola* de Pico de la Mirandola a Hermolao Barbaro, escrita el 3 de junio de 1485.

Su amigo había criticado a los filósofos “bárbaros” que no guardaban en sus escritos los recaudos exigidos por la tradición humanística en la que forma y contenido debían revestir una unidad inescindible.

La respuesta de Pico anticipa reflexiones del siglo siguiente y expresa un temprano agotarse de los ideales tan laboriosamente forjados desde Petrarca.

Las acusaciones de Barbaro avergüenzan a Pico que tiene la sensación de haber perdido sus años juveniles gastados en el estudio de Alberto, Tomás, Averroes y Scoto en lugar de dedicarlos al cultivo de las bellas

<sup>10</sup> LORENZO DEI MEDICI, *Allo Illmo Signore Federico D'Aragona*, en *Opere*, a cura di A. Simeoni, Bari, Laterza, 1939, I, págs. 5-6.

<sup>11</sup> *Ibid.*, *Comento sopra alcuni de'suoi sonetti*, en *Opere*, I, *cit.*, págs. 18-22.



letras. El argumento que elige para la defensa, puesta en boca de uno de esos filósofos despreciados, es ya suficientemente expresivo. Los filósofos dirían que ellos no pretenden perdurar en las escuelas de los gramáticos y pedagogos sino en los cenáculos de los sabios donde no se discute de nimiedades sino de la razón de las cosas humanas y divinas. Es posible que esos filósofos no hayan tenido elocuencia; pero, en cambio, tuvieron sabiduría, no siendo su culpa si la misión del filósofo es distinta de la del orador. Este se dedica a persuadir, el otro a conocer la verdad y demostrarla, no necesitando la elegancia del estilo para engañar. Lo importante, en este caso, es lo que se dice, no cómo se dice, porque el estilo propio del filósofo debe ser descarnado, sin pompa ni flores. El filósofo no busca el aplauso del vulgo sino la silenciosa admiración de los sabios. Preocupación de los filósofos es la sagacidad y la circunspección, no interesando el clamor del vulgo porque no se escribe para él sino para gente como Barbaro y sus iguales. De paso insiste en que la sabiduría se oculta bajo formas oscuras para que no sea pasto de gente indigna.

Aquí parece entrar en juego el uso de un latín suficiente; pero, teniendo en cuenta lo que se dice después acerca de la lengua de otros, se ve que lo que realmente le preocupa es defender un idioma que sea apto para cada propósito. “¿Acaso, se pregunta, Arabes y Egipcios no pueden expresar la verdad en sus lenguas porque no escriben en latín? ¿Es la lengua una convención o algo que surge de la naturaleza de las cosas? En un caso u otro caso el latín no tiene por qué tener preferencia sobre las demás lenguas. Sin lengua se puede vivir, aun miserablemente, pero sin corazón no. Quien no tiene una filosofía no es hombre”<sup>12</sup>.

El contenido de esta carta tiene implicaciones que van mucho más allá del mero interés por la lengua; pero, de todos modos, ese insinuado divorcio entre contenido y forma venía a confundir presupuestos fundamentales del humanismo y a dar la pauta de una sensibilidad que buscaba, más allá de las *élites*, expresarse con sus propios recursos idiomáticos.

Idéntica defensa de la lengua vernácula encontramos en N. Maquiavelo, que quiere probar, contra Dante, su imaginario interlocutor, que la lengua usada por el poeta es el florentino y no el habla cortesana. En Florencia nacieron grandes ingenios como Dante, Petrarca y Boccaccio, no por ocasión particular sino porque la lengua es cómoda para sufrir la disciplina literaria, cosa que no acontece con la de otras ciudades.

Los autores mencionados enseñaron el dominio de la lengua y la extendieron a otras ciudades, creando así una literatura alejada de la barbarie. La lengua a la que se da en llamar italiana, es en realidad florentina, debiendo ella primar sin contaminaciones de otros dialectos como los de Milán, Venecia y Lombardía<sup>13</sup>.

El habla debe ser espontánea y en relación con la actualidad, nos dice B. Castiglione, tanto en lo que hace al tiempo como al espacio. Cuando se escribe, es conveniente usar aquellos vocablos que la costumbre y el tiempo han sancionado, valiéndose de aquellos modelos que parecen dignos de ser imitados. En el caso que le ocupa, y tratándose del toscano, con-

<sup>12</sup> *Joannes Picus Mirandulanus Hermolao Barbaro suo s., Florentia, 3-VI-1485, en La Letteratura Italiana. Storia e Testo. Prosatori Latini del 400, trad. e note di E. Garin, VIII, págs. 804-22.*

<sup>13</sup> N. MACHIAVELLI, *Discorso o Dialogo intorno alla nostra lingua*, en *Tutte le Opere di N. M.*, a cura di F. Flora e C. Cordie, Verona, Mondadori, 1950, II, págs. 805-18.



vendrá seguir a Petrarca y Boccaccio, porque quien se aparte de ellos irá a tientas como quien procede sin luz a través de las tinieblas <sup>14</sup>.

Retoma luego un argumento de L. B. Alberti. Los antiguos, escribe, hablaban su propio idioma, como nosotros el nuestro. Lo que debemos aprender de ellos no es una forma de expresión sino el sabio uso de la costumbre. En aquel caso ella indicaba la utilización del latín; en éste, el de la propia lengua. Lo que los antiguos imitaban lo hacían con prudencia, porque el verdadero maestro era el ingenio, o sea el propio juicio natural <sup>15</sup>.

Aparece en él la noción de la historicidad del idioma. El latín, según enseña, se corrompió con el asentamiento bárbaro y se necesitaron muchos siglos para que el idioma vulgar alcanzase jerarquía literaria. Hay, sin embargo, algo más. Dentro del mismo latín, uno era el idioma de los reyes del Lacio, y otro el de los últimos emperadores. Vosotros decís, agrega, que Virgilio imitó a Homero; pero, si lo hizo, no fue ciertamente en la lengua <sup>16</sup>.

Cada uno debe usar su propio idioma. No hay que hacer como los Lombardos que, apenas están un año fuera de su casa, se ponen a hablar en romano, español o francés, y sólo Dios sabe cómo, por el deseo de mostrar sabiduría. Si yo, prosigue Castiglione, quisiera hablar con antiguas palabras toscanas, que el uso actual rechaza, tendría gran fatiga y además, todos se reirían de mí <sup>17</sup>.

Para terminar el ciclo que estamos recorriendo, que va del xiv al xvi, convendrá tener en cuenta lo dicho por P. Bembo, al que se considera, por parte de los historiadores del humanismo, como el mayor responsable teórico de lo que puede llamarse la vulgarización del viejo ideal.

Luego de advertirnos que se propone introducir un cierto orden y meditación en torno a los problemas formales de una lengua que, hablada desde trescientos años, carece de leyes y reglas del bien decir <sup>18</sup>, Bembo reflexiona en torno al uso del latín y del vulgar.

Toma noticia del reproche que se hace a aquellos sabios y científicos que sólo se preocupan por escribir en latín, poniendo poca atención y cuidado en la propia lengua. Aplicándose así a un idioma extraño, descuidan el suyo, asemejándose a aquellos hombres que en regiones distantes se edifican magníficos palacios, esplendentes de oro y mármoles, mientras en sus ciudades viven en casas humildísimas. El vulgar es la lengua vecina a nosotros, dice, como el latín lo fue de los Romanos. Se rechaza así la lengua que se bebió junto con la leche de las nodrizas para aplicarse a un latín que no se aprende en los hogares sino en las escuelas (véase la similitud con el argumento dantesco) de boca de los maestros, al que se usa, no diariamente y de continuo, sino en contadas ocasiones <sup>19</sup>.

Si los latinos hubieran hecho como los italianos habrían escrito en griego; y estos últimos, abandonando su lengua, habrían adoptado la de los Fenicios o Egipcios. No es éste un problema de dignidad de las lenguas, porque lo que hay que hacer no es escribir en la mejor sino en la propia. Si Cicerón dio altura al latín, Dante, Cino de Pistoia, Petrarca y Boccaccio, la dieron a la suya, escribiendo en prosa o verso con igual altura y dignidad.

<sup>14</sup> B. CASTIGLIONE, *Il libro del Cortegiano*, a cura di V. Cian, Firenze, Sansoni, 1947, Lib. I, 30, págs. 74-75.

<sup>15</sup> *Ibid.*, I, 37, págs. 89-91.

<sup>16</sup> *Ibid.*, I, 32, págs. 77-79.

<sup>17</sup> *Ibid.*, I, 28, págs. 69-70.

<sup>18</sup> P. BEMBO, *Prose della Volgar Lingua*, Introd. e note di C. Dionisotti-Casalone, Torino, U.T.E.T., 1931, págs. 2-3.

<sup>19</sup> *Ibid.*, págs. 5-6.



Refuta luego, como Alberti, la idea de que los Romanos hubieran utilizado el vulgar en su lenguaje diario. De ser así, acota, sus monumentos e inscripciones lo atestiguarían <sup>20</sup>.

Coincidiendo con Castiglione señala la paulatina degradación del latín a partir del asentamiento bárbaro. Así, de generación en generación, se fue transformando hasta dar nacimiento al vulgar <sup>21</sup>.

Hablando de toscano y provenzal, comparación ya recogida por Dante, como se vio, menciona a Petrarca y Boccaccio, los dos ingenios que hicieron posible la excelencia de su lengua sobre la otra. Pero no fueron sólo ellos, muchos otros contribuyeron a hacerla adornada y gentil de modo que en nada tenía que envidiar a la latina. Y si estos dos, salvo en contadas ocasiones, no dejaron su lengua para escribir en la de los antiguos, cosa que podían hacer perfectamente, cuánto menos conviene a los que no llegan a su altura, dejar la lengua de su siglo para escribir en otra, como si en lugar de para los vivos, se escribiera para los muertos. Y esto es lo que acontece cuando se pretende escribir en latín que es un idioma que sólo puede servir para gente muerta hace muchos siglos. Si en algo hay que imitar a los antiguos, es justamente en proceder como ellos, es decir, expresarse en el propio idioma y no en otro <sup>22</sup>.

La marcha podría proseguir hasta las últimas batallas que se prolongan durante todo el siglo XVI y parte del XVII, pero, en lo que hace al interés del presente examen, con lo dicho es suficiente.

Los autores que consideraremos más abajo, tan ricos en el testimonio del problema que nos ocupa son, entre otros, los que llevaron a la práctica el ideal de una prosa que, utilizando el habla vernácula, ponía a disposición de un público cada vez más vasto, el cuadro de experiencias colectivas que hacían a la vida social. Ellos realmente escribían acerca de hombres, vivos, para ejemplo y deleite de otros igualmente tangibles y concretos. Aquí, el criterio de utilidad se unía a una docencia más amplia que abandonaba el amaestramiento selecto de los humanistas para tornarse servicio explícito de la comunidad civil.

## LOS AUTORES Y LAS OBRAS

### I

Dentro del período que nos hemos fijado, tratamos de elegir aquellos autores y obras que parecían expresar mejor, en cada momento, los anhelos en los que se reflejaba la vida de una sociedad que, de generación en generación, iba perfilando ideales en cambio constante hasta fijar el cuadro de una situación renovada.

Ellos son, por orden cronológico, el *Novellino*, el *Decameron* de Boccaccio, el *Treccentonovelle* de Sacchetti y el *Novellino* de Massuccio dei Guardati de Salerno.

Creímos oportuno, antes de entrar en el análisis de las cuestiones que en ellos alcanzaron especial relevancia, dar una noticia de autores y obras

<sup>20</sup> *Ibid.*, págs. 7-9.

<sup>21</sup> *Ibid.*, págs. 10 ss.

<sup>22</sup> *Ibid.*, págs. 25-34.



para precisar mejor el carácter e importancia del proceso que ejemplifican mientras señalamos el lugar que ocupan en la literatura italiana de su respectivo tiempo. Esto tiene especial sentido en nuestro medio, en el cual, al margen del *Decameron*, las otras series de novelas son escasamente conocidas.

El *Novellino*<sup>23</sup>, es una compilación de cien relatos cuyos argumentos se refieren a hechos y personajes que pueden escalonarse desde fines del siglo XII hasta comienzos del XIV. Esta peculiaridad dio pie para que diversos críticos pensaran que la obra era el producto de varias manos, entre las que se creía poder discernir las de Brunetto Latini y Francesco de Barberino.

Tal suposición sirvió de base para que los Quinti escribieran en el Prefacio de su edición de 1572: "Es nuestra opinión, y la de la mayor parte de aquellos con los que hablamos hasta ahora, que estas novelas fueron compuestas por varias personas agradables e ingeniosas, como puede deducirse de la variación del estilo, cosa en la que nosotros concordamos".

Coincidiendo con A. Bartoli en que el *Novellino* representa a la novela popular en su estado embrionario, siendo su autor un anónimo, rechaza A. D'Ancona la presunción de una composición plural. La diferencia entre las diversas novelas demuestra, según su parecer, que el autor se basó en fuentes de distinta procedencia. Se trataba de un hombre de ingenio despierto y agudo, poco literato, que procedió a través de relatos esquemáticos sin ninguna preocupación por la belleza del estilo. El *Novellino* se le aparece así como la obra de un solo autor, sin que esto obste para que haya tomado su material aquí y allá, según le venía en mano y podía servir a sus propósitos. Este anónimo autor fue, sin duda, un hombre del pueblo, un mercader entre tantos que había en Florencia, que había leído los libros en los que se nutría la cultura de su tiempo, y que se revela, además de buen compilador, interesado observador de las pasiones humanas actuando en los diversos estratos de la sociedad, aunque primen los relatos de inspiración caballeresca<sup>24</sup>.

Penetrando en el conjunto, vemos toda una galería de personajes célebres por el ejercicio del amor, las armas o las virtudes caballerescas. Alienta en todas las novelas ese espíritu que concordaba con los ideales de la clase aristocrática y de la alta burguesía en camino de obtener blasones. En ese ambiente un libro de este tipo tenía buena acogida<sup>25</sup>.

La cultura del Nuevo Estilo, escribe M. Apollonio, aparecía bien resumida en el *Novellino* que, de paso, permite ver el tránsito y transformación de la novelística francesa en el medio comunal italiano. Es el recuerdo de un pasado que se esfumaba en el que desfila un conjunto de mitos de corte clásico y caballeresco, de realismo mímico y moralismo ciudadano<sup>26</sup>.

El mismo texto explica en su Proemio los propósitos de la narración. "Hagamos aquí memoria, se lee, de algunas flores del decir, de bellas cortesías, respuestas, valentías, dones y amores, de acuerdo con lo que en el tiempo pasado ya muchos hicieron, y quien tenga noble corazón e inteligencia sutil, los podrá imitar en el tiempo futuro, y argumentar, decir y

<sup>23</sup> *Il Novellino, ossia Libro di bel parlare gentile*, Milano, E. Sonzogno, 1877.

<sup>24</sup> *Ibid.*, Prefazione, pág. 6. Precisiones en A. BARTOLI, *I Primi due secoli della Letteratura*, Milano, Vallardi, 1873, pág. 296. A. D'ANCONA, *Studi di Critica e Storia Letteraria*, Bologna, Zanichelli, 1880, págs. 276 ss.

<sup>25</sup> G. BERTONI, *Il Duecento*, Milano, Vallardi, 1939, págs. 385-86.

<sup>26</sup> M. APOLLONIO, *Uomini e Forme nella Cultura italiana delle Origini*, Firenze, Sansoni, 1943, págs. 306-7 y 10.



contar de aquellos lugares donde se dieron, para placer y ventaja de aquellos que no saben y desean saber. Y si las flores que ofrecemos estuvieran mezcladas con muchas otras palabras, no os disguste; que lo negro es ornamento del oro y por un fruto noble y delicado gusta todo el huerto; y por pocas y bellas flores todo un jardín. . .”<sup>27</sup>.

Como acontecerá luego con las demás composiciones, vemos aquí un desfile de personajes de la realeza, la aristocracia, el clero, la burguesía y el pueblo, puestos en situaciones diversas con un evidente fin moralizador. Trae también noticias de ese mundo exterior que cada vez más preocuparía a los europeos occidentales, en especial, referencias de los países árabes y de la siempre inquietante Tartaria.

Se advierte, como corresponde a un testimonio que recoge hechos de un momento de transición, una interacción de fórmulas ideales y observación realista, superposición que también, a su modo, resulta reveladora. Es una realidad que cambia; pero, al mismo tiempo, queda el recuerdo de situaciones, conductas y virtudes que ya no han de volver.

## II

Más accesible, aunque no más fácil en sus vastas implicaciones, es el mundo de Boccaccio. Entre los autores de mala fama, sólo Maquiavelo podría competir con él; y aunque la crítica algo ha caminado en el presente siglo, el peso de tradiciones seculares, arraigadas por vía indirecta hasta en el público más ajeno a estos problemas, nos dan del autor, una imagen convencional en la que los adjetivos reemplazan la necesaria y atenta preocupación que debiera presidir todo examen que merezca el nombre de tal. Este es otro de los terrenos en el que la tradición historiográfica debe ser desbrozada para apartar la maleza que durante tanto tiempo obstaculizó la correcta comprensión de un autor que no admite el fácil juicio de críticos o públicos desprevenidos. Sensatamente previene V. Branca, quizá el mayor boccaccista contemporáneo, contra lo que llama los dos prejuicios o pseudo-conceptos críticos en la valoración del *Decameron*<sup>27</sup> bis.

Por un lado, los motivos polémicos anticlericales y antiromanos de raíz luterana; por el otro, la concepción ochocentista, no extinguida aún, que oponía a un Medioevo todo tinieblas y superstición, la gran luz del humanismo. Trascendencia e inmanencia que aparecían expresadas en las dos obras respectivas de Dante y Boccaccio. Con este esquema simplista se esfumaba el calor y la vibrante humanidad de una obra absorbida en un juego polémico<sup>28</sup>.

“Si se quisiese ver, continúa, la imagen del Medioevo sólo en una de estas dos obras, el reflejo sería falso y unilateral”. Desaparecería “la sugestiva y casi misteriosa armonía entre el ansia de trascender y la búsqueda de lo real concreto, de arrebatos místicos y opulenta voluntad de vivir, de abstracción especulativa y de resolución pragmática, que hace tan fascinante esta época aún tan enigmática, esta civilización madre de nuestra cultura y nuestra vida. El poema dantesco representa la más grandiosa

<sup>27</sup> *Il Novellino*, cit. *Proemio*, pág. 14.

(<sup>27</sup> bis) G. BOCCACCIO, *Decameron*, a cura di V. Branca, Firenze, Le Monnier, 1960.

<sup>28</sup> V. BRANCA *Boccaccio Medievale*, Firenze, Sansoni, 1956, pág. 23.



sistematización, la más grandiosa suma poética del especular intelectual y moral de aquella sociedad, y es, en cierto modo, una extrema advertencia y una extrema profecía lanzada a la humanidad entera partiendo de estos altos presupuestos ideales. El *Decameron*, es a su vez la representación, o mejor la consagración artística y en cierto sentido metafísica, de la historia de cada hombre y de la realidad cotidiana de aquel mundo humanísimo. Es él también, en cierto modo, una suma de aquella vida fatigosa, rica de aventuras y acechanzas, en la que cada día el hombre medía su capacidad y su virtud y la burguesía y la masa humilde, probaban su energía más industriosa”<sup>29</sup>.

Esta visión ambivalente tiene en principio el mérito de superar el planteo exclusivista que nos entregaron los críticos de generaciones pasadas, imbuidos de una placidez metodológica que, por desgracia, no desapareció del todo. Al mismo tiempo, rescata la complejidad de un momento histórico interpretado siempre a la luz de preceptos formales y esquemáticos destinados a asegurar historiográficamente una cómoda receta interpretativa.

Contra el parecer habitual, V. Branca desaloja al *Decameron* de los consabidos carriles del pre-humanismo toscano, empeñándose también en mostrar sus escasos contactos con la tradición aristocrática de la lírica anterior. Sus vertientes, según aclara, hay que buscarlas en “la lujuriente y boscosa producción narrativa de carácter burgués y popular: en esa producción de plano inferior y sin pretensiones literarias” que expresaba el gusto “medio” de una sociedad que, por vía oral y escrita, perfilaba sus pasatiempos cotidianos. En ese sentido, el *Decameron* venía a codificar una materia que permanecía aún, como todo lo embrionario, en estado de suma fluidez. Combinando el acento jocosos de los “fabliaux”, el triste de los “lamentos” y el fabuloso de los “cantares”, resultaba la epopeya del otoño medieval en Italia<sup>30</sup>.

Las experiencias humanas y comerciales, facilitadas por el poder de los Bardi, lo ponen en Nápoles en contacto con una realidad fuertemente aculturada en la que convergían las corrientes provenzal y árabe-bizantina, traídas hasta ese cruce propicio en el que coincidían intereses económicos y culturales.

Esto explica que haya, en cierto modo, dos Boccaccio: uno, el del mundo definido como “cómico-sensual”, que recoge el triunfo de una juvenil voluptuosidad asentada en una vida alegre y despreocupada que mezcla la risa y la astucia; el otro, el poeta de “un mundo en el que dominan los más nobles y finos sentimientos, las más altas virtudes del ánimo y del ingenio”<sup>31</sup>.

También en G. Saitta el *Decameron* aparece como la revelación de un mundo no pacificado aún, fuera del marco de la aspiración clásica. En apariencia, engañosa siempre como todo lo más obvio, lo muestra como siguiendo a una realidad frívola, vana y corrupta. En el fondo hay un deseo del goce de la vida con el secreto intento de purificarla. Se percibe un movimiento hacia lo exterior impregnado de angustias subjetivas. Se asiste a un desnudarse de la moral formalística que sólo podía expresar la falta de seriedad de la vida, para poner las bases de una nueva moralidad que, si no conquistada aún, está ya en germen en la obra. Los primeros pasos se dan en esa denuncia de convenciones hipócritas que sólo podían expresar

<sup>29</sup> *Ibid.*, pág. 24.

<sup>30</sup> *Ibid.*, págs. 6-8, 10, 20.

<sup>31</sup> C. GRABHER, *Boccaccio*, Torino, U.T.E.T., 1945, pág. 166.



a una sociedad artificial violada sistemáticamente por la molicie y la ignorancia de los hombres <sup>32</sup>.

Gran instrumento de esta catarsis es la risa que expresa, con frecuencia, la plenitud fisiológica propia de una vida que manifiesta sus impulsos en la plenitud de los sentidos. Esa risa, junto con el amor, los manjares sabrosos, las bebidas dulces y, en general, la riqueza dispensadora de comodidades, se revela como un bien inapreciable de la existencia <sup>33</sup>.

Encuadrando las cien novelas del *Decameron*, la brigada de narradores viene a prestar unidad a ese vasto conjunto de situaciones y aspiraciones diversas. Más allá de los elementos decorativos y estáticos que sirven a la homogeneidad arquitectónica, el grupo de hombres y mujeres introduce un clima de inteligencia y desprejuicio que revela el espíritu en el que maduraron los relatos. Pero, más allá de esto, da a los mismos esa atmósfera de exquisitez y cortesía que los eleva, desde la trama plebeya o la serenidad caballeresca, a la categoría de obra de arte <sup>34</sup>.

En ese vasto retablo se recoge todo el complejo entramado de una sociedad que pugna, a través de audacias y retrocesos, por darse una fisonomía secular. Artesanos, burgueses, comerciantes, hombres del pueblo, clérigos, caballeros y nobles desfilan en esta original danza de la vida, traduciendo los propios particulares afectos o las aspiraciones más difundidas de su estrato social. La bondad, la virtud, el amor, la fortuna, el juego, la fe, la astucia, la avaricia, la inautenticidad, el lucro, todos los sentimientos a través de una observación minuciosa y sagaz que se expresa en una prosa literaria a la que los teorizadores del vulgar considerarán luego fundadora y arquetípica.

### III

Como en el caso de Boccaccio, Franco Sacchetti, nacido en Ragusa, de Benci de Uguccione, alrededor de 1330, inició su carrera en la mercatura, siguiendo las huellas de su padre por varios años.

Su experiencia humana se nutrió en diversas fuentes: 1) Visitando nuevas tierras y conociendo otros hombres, alargó su experiencia haciéndose indulgente. 2) Leyendo ávidamente, se formó una cultura farragosa de autodidacta que iba de la Biblia a los Padres, de Aristóteles a Séneca, de Cicerón y Lucano a Cassiodoro, de Dante al Petrarca latino... Su vida, vida de burgués honesto e inteligente, transcurrió en las prácticas y afanes de cada día, constituyéndose en el tipo de buen ciudadano medio, ajeno a sublimidades y arrebatos rebeldes. Casó tres veces, y participó en la vida política de su ciudad: fue embajador, miembro del colegio de los Ocho, Prior y Podestá. Su vida se extinguió en los alrededores del 1400 <sup>35</sup>.

La obra que aquí interesa, el *Trecentonovelle* <sup>36</sup>, comienza denunciando su dependencia de Boccaccio y exponiendo el deseo de reiterar, ante otras circunstancias, el complejo y multicolor mundo del maestro.

<sup>32</sup> G. SAITTA, *Il pensiero italiano nell'Umanesimo e nei Rinascimento*, Bologna, Cesare Zuffi-Editore, 1949, I, págs. 125-6 ss.

<sup>33</sup> G. GETTO, *Vita di forme e Forme di vita nel Decameron*, Torino, G. B. Petrini, 1958, pág. 31.

<sup>34</sup> C. GRABHER, *op. cit.*, pág. 134.

<sup>35</sup> N. SAPEGNO, *Il Trecento*, Milano, Vallardi, 1955, págs. 429-31.

<sup>36</sup> F. SACCHETTI, *Il Trecentonovelle*, a cura di V. Pernicone, Firenze, Sansoni, 1946.



“Considerando el tiempo presente, escribe, y la condición de la humana vida, la cual con pestilentes enfermedades y oscuras muertes es a menudo visitada... y viendo cuántas ruinas con cuántas guerras civiles y rurales en ella demoran... y pensando cuántos pueblos y familias por esto han venido a pobre e infeliz estado, y con cuánto amargo sudor conviene que sobrelleven la miseria... y aun imaginando cómo la gente anhela oír cosas nuevas, especialmente de aquellas lecturas que son fáciles de entender, sobre todo cuando dan el consuelo por el cual entre tantos dolores se mezclan algunas risas; y mirando, en fin, al excelente poeta florentino, messer Giovanni Boccaccio, el cual describiendo el libro de las Cien Novelas, por cosa material en cuanto a su noble ingenio divulgó, que hasta en Francia e Inglaterra han traducido en sus lenguas... Yo, Franco Sacchetti florentino, como hombre díscolo y grueso, me propuse escribir la presente obra, y recoger todas aquellas novelas, las que, antiguas y modernas, de diversas maneras estuvieron por los tiempos y algunas aún en las que estuve presente... Y no hay que maravillarse que la mayor parte sean florentinas porque a ellas estuve próximo... En ellas se tratará de la condición de gente... como de condes, marqueses y caballeros, y de grandes y pequeños, y así de grandes señores, medianos y pequeños, y de toda otra generación... y tomando ejemplo del vulgar poeta florentino Dante, que hablaba él cuando se trataba de referir las virtudes, y ponía el relato de los vicios en boca de los espíritus”<sup>37</sup>.

Motivo impulsor parece haber sido la noticia, recibida en Bibbiena de la muerte de Bernabé Visconti que le recuerda la otra, reciente, de Rodolfo de Camerino. Comienzan, en esas circunstancias, a revivir en su mente las vicisitudes antiguas y modernas de la vida de su tiempo. Se recoge así la experiencia de sus viajes y embajadas y se le aparece en toda su magnitud la figura del tirano de Milán, cuya crueldad en ocasiones no estaba privada de justicia, y, al mismo tiempo, la sagacidad e inteligente competencia en las cosas de la guerra de messer Rodolfo. Estos acontecimientos le conmueven y nace así la inspiración de escribir para narrar sus experiencias<sup>38</sup>.

Esta obra de Sacchetti tiene el carácter de las habituales “memorias”, no sólo respecto de las novelas en cuyas vicisitudes participó o estuvo presente sino también en lo referente a aquellas que hacen a personajes conocidos o vistos, o se remiten a lugares que como Florencia, le eran familiares. La vida de los ciudadanos aparece recogida en sus expresiones más variadas, fuera de día o de noche, en el interior de los palacios o de las casas pobres, en las oficinas, las iglesias, las calles y plazas<sup>39</sup>.

De todo esto surgió el problema de la “historicidad” de los relatos de F. Sacchetti debido al calor que irradian sus relatos, pocos de los cuales denotan en seguida su cualidad de esquemas tradicionales. Varias causas concurren para que se produzca en el lector la ilusión de la verdad histórica: Los personajes son históricos y vivieron en el siglo del autor, las indicaciones topográficas dan idea de presencia y realidad, cada personaje habla de acuerdo con el lugar, usando modismos dialectales, y finalmente el estilo directo del autor, que sugiere la verosimilitud. Sin embargo, aquí como en el *Decameron*, la historicidad no es más que engañosa apariencia, porque en gran parte la materia correspondía al común patrimonio de los pueblos. En muchos casos, los protagonistas y los detalles accesorios eran

<sup>37</sup> *Ibid.*, págs. 1-4.

<sup>38</sup> V. PERNICONE, *Introduzione*, en Edic. cit., pág. VII.

<sup>39</sup> *Ibid.*, pág. IX.



realmente históricos, pero los argumentos no <sup>40</sup>. Su obra, como se ve, nace de la experiencia, de su quehacer de hombre político, de embajador ante señores y capitanes de guerra, de rector de ciudades que es, al mismo tiempo, amigo de bufones ya que no abandona la piel del hombre común interiorizado de los pormenores cotidianos.

Ese cuadro multiforme por el que desfilan débiles y poderosos, sagaces e ingenuos, desinteresados y rapaces, le permite extraer conclusiones que pretenden ser amaestramientos y consejos de vida práctica, porque, aun en la nueva actividad de novelista, Sacchetti es siempre el mismo que fue en sus *Rimas* mundanas o moralizadoras, o en su *Exposición sobre los Evangelios*. En este caso tiene la ventaja de un material vasto y variado en el que los comentarios parecen lógicas conclusiones cuya amplitud decae a medida que nos acercamos al fin de la obra <sup>41</sup>.

Barrio y floresta coexisten en la obra de Sacchetti. Al primero corresponden los aspectos oscuros y negativos, las viejas sucias y vulgares que tejen insidias contra el reino de una virtud pura y serena. A la segunda, a medida que pasa el tiempo, corresponde el suave e idílico mundo de la fábula, verdadera isla de salvación que va asumiendo las formas de lo que él considera un auténtico contraveneno, las buenas costumbres, el respeto entre los ciudadanos, la lealtad, la fidelidad, el buen gobierno, la ejemplar conducta religiosa. El barrio pierde entonces su pintoresquismo, sus olores, su suciedad y especialmente la curiosa y aun divertida fisonomía de otros tiempos, para asumir el rostro cruel de las violencias, la traición, el engaño, la avidez y la corrupción. En ese clima se desarrolla su polémica contra los poderosos del mundo y los regidores de la cosa pública, o contra los responsables de un oficio, fuera éste civil o religioso <sup>42</sup>. Como escritor es notablemente inferior al modelo. Se trata de un *dilettante* que sólo en ocasiones consigue representar felizmente. Prima en él la constancia del moralista, una constancia de tipo catequístico y dogmático. Podría decirse que en el punto de partida de su obra, como elemento casi constitucional, está la intención moral, una reflexión que se entreteje luego con el relato. Esta intención moralizadora es la que da a su libro una cierta unidad y permite hablar de su arte <sup>43</sup>.

#### IV

Cierra esta serie el *Novellino* de Masuccio dei Guardati de Salerno, secretario de Roberto Sanseverino y devoto de la corte de Nápoles que sigue las huellas de Boccaccio y lo supera, en ocasiones, por sus escenas y escorzos de un verismo aleccionador <sup>44</sup>. No se trata de un arte superior, porque, para el caso, el maestro de Certaldo seguía siendo un modelo inalcanzable. Su mundo, hecho de insinuaciones y esfumaduras, con toda la gama de vicios y virtudes y su prolijo registro de sentimientos humanos, conservaría siempre la ejemplaridad de lo universal. El objetivo de Masuccio era más

<sup>40</sup> G. VOLPI, *Il Trecento*, Milano, Vallardi, 1912, págs. 251-53.

<sup>41</sup> V. PERNICONE, *Introd.*, cit., págs. XIV-XV.

<sup>42</sup> L. CARETTI, *Saggio sul Sacchetti*, Bari, Laterza, 1951, págs. 99-101.

<sup>43</sup> L. RUSSO, *Ritratti e Disegni Storici, Serie Terza: Studi sul Due e Trecento*, Bari, Laterza, 1951, págs. 497-98, 524 y 27.

<sup>44</sup> MASUCCIO SALERNITANO, *Il Novellino. Con appendice di Prosatori Napoletani del 400*, a cura di G. Petrocchi, Firenze, Sansoni, 1957.



modesto: Se trataba de divertir a las damas y caballeros de la corte aragonesa ofreciéndoles un agradable pasatiempo <sup>45</sup>.

No era, entre los humanistas de Nápoles, una de las personalidades mayores. Poseía sí el gusto por la narración; pero, lo que para Pontano o el Panormita era sólo un modo de entrar en contacto con las alegrías de la vida, para Masuccio resultaba un empeño exclusivo.

Tenía de la lengua italiana una idea más o menos vaga, sin vigor, que oscilaba entre la imitación del período boccacesco y el habla popular; pero, sus limitaciones idiomáticas no restaban a su arte el don de la experiencia humana. Este enfrentarse con el mundo es una cualidad que hace de Masuccio el más agudo observador de la corte de Ferrante de Nápoles. Su atento desprejuicio logra un éxito singular poniendo a la vieja sátira anticlerical dentro del clima gibelino de la corte aragonesa. Un poco a la manera boccacesca pretende que su *Novellino* sea una recolección completa de cosas humanas ordenadas en la narración <sup>46</sup>.

La obra refleja una mentalidad prácticamente generalizada en Italia antes del Concilio de Trento. Aquello que para muchos significaba corrupción moral y pérdida de conciencia, no era más que sinceridad, nacida de un jubiloso contacto con la naturaleza que rehúsa el velo de la simulación <sup>47</sup>.

A pesar de los dos inevitables polos de atracción con los que debía entenderse todo novelista, es decir, el influjo de Boccaccio y la presencia del fondo indígena popular que denotan una exigencia literaria y artística, Masuccio se nutre en la cultura y las características ambientales del círculo en el que se formó, la corte aragonesa de Nápoles a mediados del siglo xv.

En otros lugares, tales como Milán y Florencia, por ejemplo, la tradición de arte y pensamiento había podido afirmarse con independencia de los eventos del acaecer político. En Nápoles hay como un paréntesis desde la corte angevina, en cuyo círculo de intereses había girado Boccaccio, y la aragonesa de Beccadelli, Valla, Pontano, Sannazaro y De Jennaro. Entre ambos momentos, sólo hubo quietud y provincialismo, al margen del renovamiento de los estudios y de la concepción de la vida.

Con Alfonso de Aragón, todo cambia, y una potente ráfaga de vida nueva reabre el acceso a la cultura centro-septentrional de la Península. Humanistas y políticos vuelven a acudir a la capital del Sur y con ellos la vida literaria retoma su curso <sup>48</sup>.

Según piensa V. Rossi, Masuccio es el más notable de los novelistas italianos del siglo xv. Sus argumentos transcurren en carriles de orden y claridad, no cansa al lector con prolijidades innecesarias y a veces, incluso, es demasiado vago y genérico. La idea de que sus novelas sean "historias verdaderas" debe ser descartada por las mismas razones alegadas para Boccaccio y Sacchetti.

Aunque es admirador de Boccaccio, Masuccio no consigue rodearse con ese clima de alegría y comicidad que redime incluso las obscenidades del modelo. Su testimonio es serio, casi histórico y fotográfico se diría, con aire de adusta denuncia que ensombrece el trasfondo moral de la obra <sup>49</sup>.

<sup>45</sup> G. ZONTA, *Storia della Letteratura Italiana II. Il Rinascimento*, Torino, U.T.E.T., 1930, I, pág. 602.

<sup>46</sup> G. PETROCCHI, *Il Novellino di M. S., Introduzione*, edit. cit., págs. XIV-XV y XXII.

<sup>47</sup> G. ZONTA., *op. cit.*, págs. 607-8

<sup>48</sup> G. PETROCCHI, *op. cit.*, págs. XIII-XIV.

<sup>49</sup> V. ROSSI, *Il Quattrocento*, Milano, Vallardi, 1945, págs. 201-4.



Con su conciencia de artista, Masuccio domina los temas plebeyos, lúbricos y crueles de sus novelas. Lo vulgar puede ser la materia, pero el conjunto, en su faz literaria, aparece despegado de la argumentación, como si el autor, noble y literato, quisiera subrayar su desvinculación de los personajes y circunstancias. Hay una voluntad polémica ajena a Boccaccio, y falta, además, la sonrisa amable y desinteresada que identificaba la simpatía por algunos personajes. En Masuccio, los protagonistas son falaces y vulgares, casi arquetipos de una estirpe. Falta a su cuadro la comicidad salvadora y sube hasta la superficie una mueca acre y trágica, una seriedad cruda y macabra <sup>50</sup>. Boccaccio jugueteaba con la acción, y a veces tenemos la impresión de verlo participar de las vicisitudes del argumento. Nada de esto vemos en Masuccio, más que un testigo alegremente entrometido, es un juez con la sanción a flor de labios y el ceño adusto. Los personajes de Boccaccio eran un muestrario de la posible humanidad de su tiempo, y en general, aun los menos recomendables, atrapan al lector con su agudeza, su truhanería, o la eficiencia de su arte de tramoyeros. La galería de Masuccio no alcanza remisión, son crápulas a secas, con aristas cortantes, condenados por el autor a un infierno particular.

## EL CAMBIO SOCIAL

### I

Tratándose del análisis de una sociedad que va lentamente cambiando sus estructuras, sus conceptos y su sensibilidad, y recorriendo nosotros una curva temporal que parece adecuada para la comprensión del fenómeno total, quedando eliminados los cortes, las epifanías violentas y las explicaciones catastróficas, no todos los autores examinados nos proporcionarán un material equivalente, ya sea por su densidad, por su expresividad o por la precisión de un registro que siempre guarda proporción con los datos del momento que indirectamente ilustra.

Las que en el *Novellino* son sólo esfumaduras que hay que rastrear entre la masa de relatos que expresan aspiraciones e ideales "antiguos", en los demás autores, a medida que la crisis se acentúa, se hará más y más explícito y abundante, recogiendo, al mismo tiempo, el testimonio de la transición y de la nueva realidad cuyos elementos constitutivos irán desalojando a los anteriores hasta completar el giro de la metamorfosis.

Antes de entrar en los episodios y actitudes concretas que expresan la naturaleza del cambio, parecía conveniente dedicar unas líneas a la apreciación de las características generales de ese advenimiento. En primer lugar, a partir de Boccaccio, se advierte un creciente y casi exclusivo interés por el estamento burgués y mercantil entre cuyos personajes se elegirán a los protagonistas del drama entre el hombre y la fortuna que vienen a substituir a los consabidos agentes con que la tradición literaria anterior ilustraba los contrastes de la humana vicisitud: reyes, príncipes y caballeros, empeñados en trámites a la vez políticos, militares y civiles. Justamente por esto la importancia de Boccaccio es tan grande. En él, los hombres

<sup>50</sup> M. FUBINI, *Studi sulla Letteratura del Rinascimento*, Firenze, Sansoni, 1947, págs. 41 y 61.



nuevos encuentran al cantor de una epopeya que ha abandonado el brillo de los aceros para gestarse con recursos medidos y racionales que proceden, sin estridencias, en el camino de la nueva Europa <sup>51</sup>.

Esto no significa que Boccaccio corte totalmente las amarras que le unen a la realidad social anterior. Tal cosa sería imposible toda vez que hablamos de crisis y de transición, de viejas y nuevas cosas que han entrado en combustión sin entregar todavía un nuevo metal libre de escorias.

Una prueba de esto tendríamos en la presencia de las clases sociales cuya estructura jerárquica aparece pacíficamente aceptada. Existen para él, clases superiores e inferiores, posiciones elevadas y menesteres viles, dueños y siervos. No sólo acepta esta realidad como expresión objetiva de un estado de cosas sino que, sin duda, sus preferencias se orientan hacia ese mundo aristocrático de la gente humilde de la que se despega decididamente. Le atrae la calidad de la sangre, la cultura, las buenas costumbres y el dinero; pero, al mismo tiempo, sin llegar a invalidar el cuadro jerárquico, se nota un nuevo y particular interés por los individuos y sus cualidades personales. Hay clases pero no son compactas y amorfas, aparecen más bien como conjuntos de individuos superiores e inferiores, dignos de ellas en algunos casos o por debajo de sus exigencias en otros. El sistema jerárquico parece abrirse y se advierten, dentro de él, hombres que pueden elevarse o decaer, insinuando lo que más tarde se llamará circulación o movilidad social. Aparece así un libre juego de iniciativas en el que, paulatinamente, irá pereciendo la sociedad estamentaria bajo la acción de conceptos como el de valor personal, magnanimidad, dignidad, nobleza de ánimo y otros que abrirán la brecha para la reafirmación del valor social del individuo, más allá de los accidentes de nacimiento y condición <sup>52</sup>.

Y es que, si "comedia humana" como a veces se le llamó, el mundo de Boccaccio es muy complejo. En él caben la exaltación de las antiguas virtudes caballerescas, valor y cortesía, nobleza y gentileza, que abandonan los círculos áulicos y entran a pasear por los menudos recodos de la vida cotidiana. Se ve, también, el gusto por la aventura y lo fabuloso, junto con la celebración de esa capacidad o virtud personal luego convalidada por el humanismo y Maquiavelo.

Este hacer bien lo que se hace, esta inteligencia de las situaciones, aparece largamente ejemplificada en el *Decameron*; pero, al mismo tiempo, no deja de celebrarse la virtud en sentido tradicional, las cosas serias, junto con las cómicas de la vida, los nobles sentimientos y todo lo que integra una nueva moralidad que supone la adecuación de las formas con el fondo, las convicciones sinceras, el reconocimiento de las necesidades humanas y, en general, la pujante presencia de la naturaleza <sup>53</sup>.

Quizá sea éste el punto central de esa transformación que se recoge. Quizá todo el *Decameron* no sea más que una larga serie de ejemplos que vienen a ilustrar esa nueva moralidad que pugna por abrirse paso como aditivo consecuente de una sociedad insatisfecha con las fórmulas tradicionales ya no sólo inoperantes sino verdaderamente constrictivas y obstaculizantes.

<sup>51</sup> V. BRANCA, *Il Decameron e l'Epopea dei Mercatanti*, en *Secoli Vari (300-400-500)*. Firenze, Sansoni, 1958, págs. 56 y 58. También en *Boccaccio Medievale*, cit., cap. III: *L'Epopea Mercantile*, págs. 71-100.

<sup>52</sup> G. GETTO, *op. cit.*, págs. 224-25.

<sup>53</sup> C. GRABHER, *op. cit.*, pág. 138.



Y todo esto, sin embargo, sin rechazo de los valores alcanzados por la sociedad anterior a cuyo proceso de transformación asistimos. Más bien podría decirse que aquéllos pasan de un contexto social en el que actúan como definidores de clases, al seno de las conciencias individuales. La nueva moralidad no reniega, absorbe y pliega a sus exigencias el concepto de utilidad, campo ideal pero al mismo tiempo concreto, en el que se prueban las calidades humanas.

Hay en Boccaccio un sentimiento utilitario de la realidad que no se expresa sólo en determinados temas y argumentos sino en una verdadera lógica de la vida, en una relación entre el hombre y el mundo. En esto consiste, esencialmente, la "terrenidad" de Boccaccio, en una moral de lo útil y lo concreto en la que los bienes temporales prevalecen sobre todo ascetismo de prácticas penitenciales.

Quizá no sea ajena a esta visión del mundo la experiencia mercantil de los años juveniles, porque en sus argumentos y en la trama de las narraciones, las cosas parecen resolverse, muchas veces, como en los libros de contabilidad con balances traídos a la par. La *utilitas*, tanto en sentido económico como genérico, se convierte en medida de inteligencia y virtud. Así, perspicacia y necedad se nos presentan como los dos polos de la espiritualidad boccacesca, con el valor de *humanitas* y *feritas*, de doctrina e impericia. La primera resumiendo las calidades de la *ratio*, la segunda, revelando la instintividad de los brutos. Y otra señal de los tiempos, la mezcla de burgueses y nobles caballeros en la práctica de virtudes que antes sólo parecían típicas de la nobleza de sangre<sup>54</sup>.

Más aguda es, quizá, en F. Sacchetti la conciencia de la crisis y el desquiciamiento de la sociedad de su tiempo. En carta a Agnolo Panciatichi, escrita en Faenza en 1395, expone su dolor y su desconcierto. "¿Puede haber, le pregunta, vida más desconcertada que la nuestra?... Si alguien comete una falta, dice que lo hizo el Podestá; si alguno es reprendido por nosotros, el blasfemar a Dios es la común respuesta. Viven en feas lujurias y en otros vicios, los cuales, debiendo ser punidos, por lo mejor conviene sufrir, porque en seguida tienen el recurso de ir entre los villanos, los alejan de la agricultura, los ponen a caballo como a gente armígera y bárbara. Me duelo de haber llegado a este estado, no por mis defectos; pero quizá debido a otros pecados, me convenga ir por el mundo peregrinando en busca de tal ejercicio... Es muy necio quien se aleja de ser señor de su familia, con vida dulce y temperada, para ser, no Podestá, sino siervo de los malvados"<sup>55</sup>.

Reitera estos sentimientos en otra carta a Pietro Gambacorti, desde S. Miniato, en octubre de 1392. "Me parece comprender, le dice, que el mundo está próximo a su último fin... no haré hincapié en decir como toda cosa disminuyó y faltó, y sólo miraré a los príncipes, comunas y señores desde el universo de donde descendieron. ¡Oh infeliz generación, que en este tiempo se encuentra sometida y gobernada por tan falsos rectores, que más bien se podrían llamar raptores! Podría decir alguno: oh escritor, ¿de qué te dueles? Nosotros teníamos un pastor, ahora tenemos dos. Quisiera Dios que entre los dos valiesen una uña de los que ya fueron Vicarios de Cristo, que mucho mejor sería para el siglo que no tuviésemos ninguno que tener dos con tanto cisma... Miro las comunas... ¿qué otra cosa pa-

<sup>54</sup> G. PAPARELLI, *Feritas, Humanitas, Divinitas*, Messina-Firenze, D'Anna, 1960 págs. 155, 57, 58, 59, 60, 63.

<sup>55</sup> Cfr. N. SAPEGNO, *op. cit.*, pág. 431.



recen sus reunidos consejos que escuelas de niños?... Los reyes... demasiado jóvenes... Sólo Venecia sostiene su digna fama”<sup>56</sup>.

La preocupación del moralista, una constante en Sacchetti, comienza así a mostrárenos en este su juicio general sobre su tiempo. Luego veremos cómo el cuadro se concreta, brotando los ejemplos, abundantes en todos sus relatos.

También para Masuccio su tiempo ofrece blanco para lamentaciones. A propósito de un zapatero que teniendo una mujer hermosa la vestía de varón para substraerla a las miradas de otros hombres, le hace decir a uno de los interlocutores: “Ah, pobrecito, ¿por qué no advertiste cómo hoy está gastado y corrompido el mundo, que más dificultosamente se guardan los niños que las mujeres?”<sup>57</sup>.

Pero no sólo en lo moral se advierten las señales del desquicio. La ambición e insensatez de los hombres reviste otras facetas. Tenemos el caso de una ciudad, La Cava, en la que los habitantes, abandonando la vía segura de su quehacer económico tradicional van en busca de novedades que dañan su anterior solidez. La ciudad era famosa por sus albañiles y tejedores que, con su industriiosidad, habían alcanzado gran riqueza. Si los hijos, acota Masuccio, hubieran seguido el sistema de los padres y las costumbres de los abuelos, no habrían caído en la extrema miseria que hoy los aqueja. En cambio, despreciando la riqueza obtenida en tan duros menesteres, y teniéndola en nada, como a transitorio bien de la fortuna, y creyendo, por el contrario, que virtud y nobleza fueran cosas perpetuas e inconvencibles, todos se dieron a convertirse en médicos, notarios, legistas, armígeros y casi caballeros. De todo esto nació que no quedó ninguna casa en la que, en lugar de la artillería de telares, no hubiera ahora espuelas y cinturas doradas<sup>58</sup>.

Este cambio de costumbres, este romper con esquemas sociales y profesionales, está mostrando el advenimiento de una nueva situación social aún no estructurada. Es justamente la apariencia de caos social y moral la que mejor indica la presencia de una crisis. Pronto tendremos ocasión de ver las diversas características de esa “decadencia”.

## II

Un primer conjunto de textos, de intención moralizante, se refiere a la conducta, necedad o sabiduría de los reyes. Estas indicaciones tienen en apariencia poca relación con el tema del presente capítulo, pero conviene destacarlas porque, por vía negativa, expresan diversos anhelos de los narradores respecto de la situación de su época. En el *Novellino*, por otra parte, esto hay que deducirlo siempre de reflexiones que resultan arquetípicas. Se cuenta así el caso de un rey que había educado a su hijo entre hombres mayores y sabios. En una ocasión, debiendo recibir a unos embajadores, el joven, viendo a unos muchachos que jugaban, se fue con ellos. Como el rey se extrañase de lo acontecido, un sabio le dijo: “No os maravilléis si la naturaleza pide lo que perdió; razonable cosa es jugar en la juventud y pensar en la vejez”<sup>59</sup>.

<sup>56</sup> *Ibid.*, pág. 431.

<sup>57</sup> MASUCCIO, *Novellino*, XI, pág. 131.

<sup>58</sup> *Ibid.*, XIX, pág. 192.

<sup>59</sup> *Il Novellino*, IV, edic. cit., págs. 19-20.



Un segundo ejemplo se tiene en lo acontecido al hijo de Salomón, que se atuvo, con trágicas consecuencias, al juicio de los jóvenes en lugar de seguir el camino que le habían indicado los ancianos. Los viejos, experimentados, le habían enseñado que reuniese al pueblo y le hablase con dulces palabras, diciéndole que lo amaba como a sí mismo, y que era su corona, y que, si su padre había sido duro, él sería humilde y benigno, y donde aquél les hubo fatigado, él les daría descanso. Los jóvenes, impetuosos, opusieron una conducta distinta. Le expresaron que si él les decía dulces palabras tendrían la impresión de que temía, de donde sería subyugado y desobedecido porque no le tendrían por señor. Debía, por el contrario, hablarles rudamente y con autoridad. Siguiendo esta vía, el joven rey se encontró con que bien pronto perdió buena parte de su reino <sup>60</sup>. Este relato parece una buena ilustración de las virtudes del buen tiempo viejo dentro de una sociedad en la que el correcto sentir y la prudencia son siempre patrimonio de hombres que los han amasado a lo largo de los años.

En otra ocasión es un joven príncipe el que parece haber asimilado sabiamente las enseñanzas recibidas. Su padre, el rey, le había entregado una cantidad de oro para que dispusiera de ella a su antojo. Se trataba de saber qué uso daría el joven a la riqueza. Puesto a interrogar a distintos hombres, entre los que llegaban al reino, el príncipe topó con un mercader que le manifestó que todo lo que tenía lo había ganado con su esfuerzo. Tuvo luego ocasión de hablar con un rey destronado que le expuso el dolor que le causaba el haber perdido su posición por la imprudencia con que se había manejado en el cargo. Ante la sorpresa de muchos, el joven le entregó todo su oro. Interrogado por su padre, el príncipe explicó: Al mercader nada di porque nada me enseñó; al otro, que es de mi condición, di todo el oro en pago de su enseñanza. Si a él los súbditos arrojaron por su locura, a mí no me ocurrirá lo mismo <sup>61</sup>.

Otro ejemplo se refiere a Alejandro y a su maestro Antígono. Un día, el rey estaba tocando la cítara, y su maestro, indignado, se la quitó y la arrojó al fango, rompiéndola, mientras le decía: “A tu tiempo y edad conviene gobernar y no citarear. Así como la lujuria corrompe el cuerpo, el tocar la cítara debilita el espíritu” <sup>62</sup>.

La misma intención moralizadora encontramos en Sacchetti, aunque vemos que, en este caso, el formalismo cede algo ante las exigencias de una docencia contemporánea. Narra lo acontecido a un tal Parcittadino de Linari, el cual, abandonando su oficio, se dedicó a convertirse en hombre de corte, haciéndose experto en el nuevo menester. Creyendo ya saberlo todo, le entraron deseos de visitar al rey Eduardo de Inglaterra, que tenía fama por su magnanimidad. Puesto en presencia del rey, comenzó a alabarle, y no bien hubo terminado, el rey le cayó encima y lo golpeó ferozmente, volviendo luego tranquilamente a su juego de ajedrez. Viendo esto, Parcittadino cambió de táctica, y comenzó a vituperarlo con resultado inverso porque el rey lo obsequió y ordenó que se lo premiase por sus verdades dado que por sus mentiras ya él le había pagado suficientemente. Muchos ignorantes, acota el autor, debieran imitar a ese rey en lugar de dejarse inflar con adulaciones <sup>63</sup>.

<sup>60</sup> *Ibid.*, V, edic. cit. págs. 20-21.

<sup>61</sup> *Ibid.*, VI, edic. cit., 22-23.

<sup>62</sup> *Ibid.*, XI, edic. cit., pág. 26.

<sup>63</sup> F. SACCHETTI, *Il Trecentonovelle*, III, edic. cit., págs. 7-10.



Igualmente ejemplar, y al mismo tiempo indicadora de cierta “deca-dencia” es la historia de ser Mazzeo y de Federico, rey de Sicilia, hijo de Pedro de Aragón. Hablando con el rey, ser Mazzeo le dice que la más bella historia de la Biblia es la que se refiere a Salomón y la reina de Saba. Cuando la reina visitó los dominios del monarca, comprendió, por el orden y cos-tumbres de las tierras y súbditos, que Salomón era el hombre más sabio del mundo. Considerando las mismas cosas, dijo ser Mazzeo, yo puedo pensar que Vos sois el más loco de los reyes vivientes, dado que yo, un humilde siervo, viniendo hasta vuestra majestad con un pequeño don, he sido tratado por vuestros siervos como veis <sup>64</sup>.

### III

Más interesante es el tema de la decadencia de la caballería y de las costumbres y virtudes caballerescas. En el *Novellino* tenemos todavía la imagen del viejo caballero en la figura de Lancelot, aquel que consiguió cambiar, con su ejemplo, las costumbres del reino de Francia. Así la carreta en la que antes iban al suplicio los condenados a muerte, símbolo de oprobio, se convirtió por el amor de Lancelot hacia la reina Ginebra, en carruaje usado luego por damas y caballeros <sup>65</sup>.

Este mismo Lancelot, que era modelo de caballeros, combatía un día, junto a una fuente, con un Sajón. En un respiro del combate, el otro quiso saber el nombre de su contendiente, y al oírlo dijo: “más me daña tu nombre que tu valor”. Con esto quería indicar que el conocimiento de la fama de Lancelot quitaba seguridad a su acción y le hacía temer por su propia entereza <sup>66</sup>.

La importancia que el tema de la caballería tiene en el *Novellino* se manifiesta en la novela LXXXVIII, donde se expone el complicado procedimiento para armar un caballero. Se trata, en este caso, del legendario Saladino al que vemos aparecer luego, en situaciones de singular interés para nuestro asunto.

El minucioso ceremonial, con ribetes litúrgicos, no volverá a ocupar a nuestros autores, porque ellos, en una situación en rápido cambio, recogerán más bien las reacciones de una sociedad en la que los viejos ideales se derrumban entre el escepticismo o la burla de espectadores indiferentes.

El relato comienza con una mención de los méritos de Saladino, “señor de mucho valor y cortesía”, en las batallas contra los cristianos que iban a Tierra Santa. Oyó allí que entre ellos los caballeros eran muy apreciados y le entró, en consecuencia, el deseo de recibir ese grado. Teniendo prisionero a Hugo de Tabaria, que era gentil caballero, le pidió lo promoviese. Puesto a la tarea, en primer término le hizo arreglar el cabello y la barba, poniéndolo luego en un baño, y explicándole que la limpieza del cuerpo significaba que debía prepararse para la ceremonia tan puro y libre de pecado como el niño que sale de la fuente. Luego del baño le hizo entrar en un lecho nuevo que significaba el gran reposo que nosotros debemos conquistar y tener por nuestra caballería. Luego se levantó y vistió con blanca seda que indicaba la gran limpieza que debía guardar libre y pura-

<sup>64</sup> *Ibid.*, II, edic. cit., pág. 6.

<sup>65</sup> *Il Novellino*, XXIV, edic. cit., pág. 38.

<sup>66</sup> *Ibid.*, XXXIX, edic. cit., pág. 49.



mente. Lo vistió luego con ropas bermejas que simbolizaban la sangre que debemos derramar para servir a Nuestro Señor y defender la Santa Iglesia. Vistió luego medias oscuras de paño finísimo que significaban la tierra de la cual se viene y a la cual se ha de tornar. Lo hizo luego poner de pie y le ciñó una blanca cintura, símbolo de virginidad y pureza que el caballero mucho debe guardar. Calzó, finalmente, la espuela de oro, para indicar la agilidad y voluntad con que se quería que actuasen caballos y caballeros, al servicio del Señor y de sus mandamientos. La espada, que ciñó luego, era símbolo de la seguridad contra el demonio y cualquier hombre que atacase el derecho. Los dos filos significaban lealtad y justicia, para garantizar al pobre contra el rico, al débil contra el fuerte. La blanca cofia en la cabeza le señalaba que sus pensamientos debían ser puros tanto como el alma entregada a su Señor.

Otras cuatro cosas, según indicó Hugo de Tabaria, debía cumplir el caballero: 1) No debía estar en lugar donde se hiciese falso juicio o se tramase traición, y si casualmente estuviese, no debía alejarse sin haberlos superado. 2) No debía estar en lugar donde una dama necesitase consejo sin haberla aconsejado. 3) Debía ayunar y guardar abstinencia los viernes en recuerdo de Nuestro Señor, salvo impedimento mayor. 4) Debía ofrecer limosna, y en caso de no poder, ofrecer su corazón enteramente <sup>67</sup>.

Otra es la atmósfera en la que se mueven los relatos de Boccaccio. No encontraremos aquí los ideales caballerescos que culminan en la Cruzada y que llevan a los hombres a cumplir hazañas en lugares remotos. El caballero de la vida sucede al de la guerra, y el interés por esta última decae en el interés del autor <sup>68</sup>.

Ahora Boccaccio nos habla, como hará luego Sacchetti, de los nuevos caballeros y de sus corruptas y vituperables maneras. Los que hoy, dice, pretenden ser llamados gentilhombres más bien merecerían ser calificados de asnos por la fealdad de su malicia, y más que educados en las cortes parecen haber tenido por mentores a vilísimos hombres <sup>69</sup>.

Son estos de la especie de aquel avaro al que Guillermo Borsiere aconsejó que, entre tantas pinturas que tenía, hiciese pintar la cortesía <sup>70</sup>.

La virtud que antes estuvo en los ánimos, sigue, los modernos la ponen en los ornamentos del cuerpo. La mujer que viste mejores paños cree por eso ser más honrada y no piensa que quizá un asno los llevaría con más garbo que ella... Y así, pintadas y preparadas como estatuas de mármol están mudas e insensibles... y si responden, mejor que no lo hicieran... y hacen creer que procede de pureza de ánimo el no saber los hombres razonar con las mujeres y a su noñería llaman honestidad, como si sólo fuera honesta la que habla con su criada, su lavandera o su panadera... <sup>71</sup>.

Este cuadro desalentador no excluía, sin embargo, el recuerdo de las prácticas del buen tiempo, como aquellas del joven Federico Alberighi de Florencia que, enamorado de una gentil mujer, monna Giovanna, con el fin de conquistarla, como cuadraba a un caballero que quería hacerse digno de su amor, se armaba, lidiaba, daba fiestas, regalaba y gastaba sus bienes generosamente <sup>72</sup>.

<sup>67</sup> *Ibid.*, LXXXVIII, edic. cit., págs. 89-91.

<sup>68</sup> G. GETTO, *op. cit.*, pág. 254.

<sup>69</sup> BOCCACCIO, *Decameron*, I, 8, edic. cit., págs. 106-7.

<sup>70</sup> *Ibid.*, *Ibid.*, pág. 108.

<sup>71</sup> *Ibid.*, I, 10, edic. cit., pág. 112.

<sup>72</sup> *Ibid.*, V, 9, edic. cit., págs. 669-70.



Otro testimonio de esta caída de las costumbres caballerescas lo tenemos en Sacchetti. Un caballero, de los Bardi de Florencia, pequeño de estatura e insignificante, no sólo no sabía de armas sino que también poco se había ejercitado con el caballo. Debiendo desempeñar el oficio de Podestá en Padua, se procuró aparejos para armarse. Para disimular su baja estatura, se colocó sobre la cabeza una alta cimera y al pasar por Ferrara se vio desafiado por un alemán que quería el yelmo que llevaba y pretendía obtenerlo, a la vieja usanza, en singular combate. Ante el desafío contestó que el otro podía armarse y hacer lo que quisiera, que él no era hombre de armas ni entendía combatir por ello. El yelmo era suyo y lo había hecho hacer en Florencia, costándole cinco florines. Si el desafiador lo quería, que se los rembolsase y el yelmo sería suyo <sup>73</sup>.

Uno de los síntomas de esa decadencia era la difusión del título y honor de caballero que se daba a ricos usureros, gotosos y viejos. Era ésta una vergüenza para la caballería a la que se arrastraba por establos y estercoleros. Quien dudase de lo afirmado podría recordar lo acontecido en los últimos años en que fueron ungidos caballeros artesanos de diversa condición, como mecánicos, panaderos, cardadores y aún usureros y estafadores. Tan lejos ha ido la cosa, apunta Sacchetti, que más que caballería bien podría llamarse "cacalería".

Se ve así a un juez que para poder ir a ejercer como rector de pueblos se hace caballero, y no es que la ciencia esté mal, dice Sacchetti, pero ciencia real no la que apunta al lucro, sin estar en las oficinas dando consejos y sin ir como defensor a los palacios de los gobernantes. También se hacen caballeros los notarios, convirtiéndose un plumista en un áureo cuchillero. ¿Y qué no decir de los traidores así premiados? En verdad es tan grande la desventura de las órdenes caballerescas que bien podrían desaparecer.

Había cuatro clases de caablleros: los de baño, los de ajuar, los de escudo y los de armas. Todos ellos estaban obligados a grandes cosas que sería largo contar, y sin embargo, hacen todo lo contrario. Tanta es la decadencia de la caballería que pronto armarán caballero a un muerto, y ¿por qué no a un buey, un asno u otra bestia cualquiera? Todas estas vicisitudes muestran al lector el por qué de la muerte de la caballería <sup>74</sup>. El testimonio de Sacchetti resulta suficientemente explícito y permite ver los dos movimientos concordantes que se conjugan para agotar a la vieja institución. Por un lado, la ilimitada extensión de un honor antes reservado a pocos que realmente podían merecerlo; por el otro, la caída en desuso del código de honor que la animaba y constituía, en cierto modo, su columna vertebral.

Gentileza y honor se van alejando de la tierra, reemplazados por el lucro desmedido y el aprovechamiento utilitario de las situaciones. Con gran abstinencia viven hoy los que se llaman gentilhombres, escribe Sacchetti, salvo cuando tienen alguna ganga, y aunque sean de cualquier género de vida, viciosa o malvada, se les llama de gentilísima familia, como si por tal título les estuviera permitido actuar libremente. Y sin embargo, acota, de acuerdo con Dante, sólo hay gentileza donde hay virtud <sup>75</sup>.

Suele acontecer, a quien quiere vivir de lo ajeno, que Dios dé la contraria, y que el que quiere engañar resulte engañado; pero, los gentiles

<sup>73</sup> F. SACCHETTI, *Il Trecentonovelle*, CL., edic. cit., págs. 347-49.

<sup>74</sup> *Ibid.*, CLIII, págs. 360-61.

<sup>75</sup> *Ibid.*, CCX, edic. cit., pág. 546.



de hoy, agrega, tienen por gentileza el vivir aprovechando la riqueza de otros <sup>76</sup>.

La fanfarronería y la traición se han hecho cosa corriente. Muchos hay que combaten contra muros u otras cosas inanimadas, y se jactan como si hubieran vencido a Héctor. El mundo está lleno de estos que muestran fiereza contra los pequeños y las ovejas. A estos tales caería bien el pago que solía dar Castruccio Interminelli, señor de Lucca a los traidores que le servían. En una ocasión dijo a uno de ellos: "La traición me place, pero no el traidor; págate y vete con Dios, y haz que nunca más te vea delante". Hoy se hace lo contrario, que si un señor o Comuna aprovecha de una traición, convierte al traidor en colaborador, rindiéndole honores. Y sin embargo aconteció que muchos que se valieron de traidores fueron luego por ellos traicionados <sup>77</sup>.

Lo mismo acontece con los honores que ya no se dan directamente como en otros tiempos. Entonces se daban para remunerar la virtud, hoy por complacencia y amistad <sup>78</sup>. Los magistrados ya no ofrecen garantías y el soborno es cosa habitual, como se vio en el caso de dos litigantes que obsequiaron a un magistrado, uno con un buey y el otro con una vaca, de donde resultó que ninguno de los dos obtuvo justicia porque el obsequio de uno impedía que hubiera equidad para el otro. Es lamentable ver, comenta el autor, que la razón del apetito, pequeña y miserable, venza a la razón del honor que no perece <sup>79</sup>.

Tan desordenado está el mundo que, no sólo los caballeros proceden como villanos sino que los mismos rústicos apetecen adoptar los modales ya que no la virtud de los caballeros. Se dio el caso de un lanero que intentó lidiar en un torneo. Como la cosa le fue mal, su mujer le reñía diciéndole qué pensaba él, un trabajador de la lana, viejo y sólo avezado a vivir del producto de sus brazos, cuando se disponía a lidiar. ¿Había enloquecido acaso? ¿Buscaba él, que sólo poseía lo que ganaba, que los niños lo corriesen a pedradas? Ve a cardar lana, le aconsejaba, y deja ese arte a los que lo poseen <sup>80</sup>.

Igual escepticismo frente al honor de sus contemporáneos transparenta Masuccio. Así decía un tal que antes que a su amigo prefería perder el honor del mundo, el cual, como se ve cada día, y con mayor claridad, es cosa poco apreciada que, no sólo se vende sino que como vil mercancía se abarata de continuo. Pronto acontecerá, si los cielos no producen alguna mutación, que el tal honor, que los virtuosos celebran y estiman, alcanzará un punto en el que, con común desprecio, será arrojado de los extremos límites de la tierra en perpetuo exilio <sup>81</sup>.

#### IV

Debemos a Sacchetti el presente párrafo que podríamos denominar de la razón y la fuerza. En primer término el tema de la guerra; pero no el de la guerra tradicional, caballeresca, que ya vimos había comenzado a

<sup>76</sup> *Ibid.*, CCXIV, edic. cit., pág. 557.

<sup>77</sup> *Ibid.*, V, edic. cit., pág. 16-17.

<sup>78</sup> *Ibid.*, CXCVI, edic. cit., pág. 499.

<sup>79</sup> *Ibid.*, LXXVII, edic. cit., págs. 168 y 70.

<sup>80</sup> *Ibid.*, LXIV, págs. 142-43.

<sup>81</sup> MASUCCIO, *Il Novellino*, XXXVI, págs. 333-34.



aventarse a partir de la indiferencia boccacesca, sino el de las nuevas guerras, cada vez más frecuentes, azote de hombres y ciudades en esa Italia convulsa por obra de ambiciosos "condottieri". Esa guerra civil, móvil e intensa y al mismo tiempo estéril en la que las comunidades peninsulares agotarían la fibra que más tarde en vano quisieron encontrar.

No es éste un capítulo, como otros, en los que la risa brota fácil y juguetona. Aquí el testigo aparece serio y preocupado, su conciencia moral se conturba y no resiste la amonestación. Esta cuestión, como otras, que no faltan, nos va indicando el cambio que corre desde Boccaccio a Masuccio a lo largo de un siglo en el que la euforia decrece, en el que el tono amable y alegre se va cerrando lentamente hasta dar lugar a la preocupación y la amargura, a una creciente desesperanza que aun en los argumentos más propicios se hace acre ironía. El ánimo de los novelistas, reflejado en el trato que reciben los distintos argumentos, es un indicador más de la desazón que invade a los hombres y esto solo es ya un preanuncio de la tragedia que se prepara.

La guerra es enemiga de la libertad, escribe Sacchetti en una carta de julio de 1391, como si presintiera que esa carencia interior traería otras consecuencias más graves. La guerra desgasta a los hombres y las cosas, somete a pueblos y comunas y fuera de la celeste gloria señorea en el centro del abismo <sup>82</sup>.

Es también la gran perturbadora porque desquicia a hombres y situaciones, creando inquietud y desasosiego. En tiempos de guerra, cayendo un cuartillo de nueces o rebalsando una gota de un recipiente, se producirá gran escándalo y rumor, creyendo que se aproxima al enemigo y todos andarán aturdidos como ebrios, perdiendo toda capacidad de discernimiento <sup>83</sup>.

Que piensen los responsables de los Estados cuán ligera cosa hace mover a los pueblos apenas se suscita un rumor. Tanto más deben preocuparse cuanto mayor sea su dominio porque, como ya aconteció con otros pueblos, nunca podrán estar en seguridad <sup>84</sup>. No hay ningún bien mayor que la paz. Aquellos que viven libremente, muy pocos ciertamente, no se dejan engañar por las gentes de armas. Es preferible sufrir dos o tres ultrajes que mover guerra, porque si bien ésta comienza fácilmente y ataca donde menos se piensa, su mal tarda en alejarse <sup>85</sup>.

Estos son otros tiempos y extraños los avisos de los hombres de armas, muy duchos y expertos en jugar traiciones cuando les conviene. No habiendo ya conciencia, la maestría en las armas se usa para dañar. No era esto lo que acostumbraban esos famosos capitanes Scipión y Catón, y otros virtuosos; pero, en cambio, esto era común a Yugurta, Catilina y otros de la misma estirpe. Estos dirían ahora que Scipión era hombre de poca virtud por la consideración que usó con los vencidos de Celtiberia, ya que hoy, no sólo a las vírgenes sino a los niños se pilla, haciéndoles crecer con gran vergüenza y poniéndoles nombres de pajes, y practicando tales vicios que causa asombro ver que el abismo no deglute a todo el universo y especialmente a toda Italia <sup>86</sup>.

Mientras la prepotencia y la fuerza ganan adhesiones todos los días, la razón tiene escaso curso. Uno puede tenerla toda consigo, pero bastará

<sup>82</sup> Cfr. N. SAPEGNO, *op. cit.*, pág. 432.

<sup>83</sup> F. SACCHETTI, *Il Trecentonovelle*, CXXXII, pág. 293.

<sup>84</sup> *Ibid.*, CLIX, pág. 387

<sup>85</sup> *Ibid.*, CLXXXI, pág. 450.

<sup>86</sup> *Ibid.*, CCXXIV, pág. 582.



que la otra parte tenga un poco más de fuerza para que de nada valga. Los pobres y los débiles reciben con frecuencia penas corporales o pecuniarias mientras los ricos y poderosos salen en general bien librados. La moraleja es que quien poco tiene nada puede <sup>87</sup>.

A propósito de esto, cuenta Sacchetti las reflexiones de un campesino que luego de un juicio decía que sonaban las campanas por la muerte de la razón, aunque el autor, dado el fallo, piensa que mejor debía decirse que sonaban porque la razón había resucitado. En el momento actual, agregaba, las campanas podían sonar cuanto quisiesen que no por ello la razón saldría de su tumba <sup>88</sup>.

Y sin embargo, reflexiona, ¿qué cosa más hermosa podía haber para los encargados de rendir justicia que despachar las cosas razonablemente? Tan bella sería la cosa que en tal caso los súbditos no querrían tener otra señoría, y tan penosa en el caso contrario, que más bien preferirían estar en el infierno bajo el demonio que demorar largamente bajo la señoría de aquellos que todo lo complican con daño y fatiga para todos <sup>89</sup>. Florencia era un buen ejemplo de esta falta de gobierno y equidad. En una ocasión, según cuenta, discutían Pino della Tosa y un caballero acerca del número de soldados que harían falta para tomar la ciudad. El caballero decía quinientos y Pino primero dijo doscientos y luego ciento cincuenta. Llamado a juzgar en el diferendo, Vieri dei Bardi dijo que años atrás Pino la había señoreado con una mula. Hoy, acota Sacchetti, mucho más se puede creer en el hecho, porque muchos, sin caballo o asno, y sin correrla, la señorean, y lo que es aún peor, la señorean sin justicia <sup>90</sup>.

## V

Cosa tornadiza y siempre amenazante es el humor de los señores. Con ellos acontece como con el mar, en medio del cual van los hombres con grandes peligros porque en ellos reside el provecho y la ganancia. La ventaja es mayor cuando en el mar hay bonanza y lo mismo ocurre cuando el ánimo de los señores está en calma; pero, en uno u otro caso gran cosa es el poder fiar. Si el señor está bien dispuesto, el ingenio de los demás puede alcanzar recompensa, aunque acerca de esto nunca haya seguridad porque a otros puede irle de modo distinto. El ánimo de los señores a veces parece quieto, pero en su interior combaten varias y diversas inquietudes. Mucho más seguro es, para el que puede hacerlo, no molestar y esperar así no ser molestado <sup>91</sup>.

Los señores son una realidad de la Italia de su tiempo, y lo son por la desidia de las comunas y las disenciones de los nobles. Las tierras regidas comunalmente tienen el vicio de una administración lenta y embarazosa. Un pleito dura ocho o diez años y los interesados suelen pensar en que la cosa se dilata tanto para no pagar.

Por otra parte, cuando las tierras cayeron bajo el yugo de un señor o fueron destruidas, la causa estuvo en las diferencias de los ciudadanos pode-

<sup>87</sup> *Ibid.*, XL, pág. 95.

<sup>88</sup> *Ibid.*, CCII, pág. 521.

<sup>89</sup> *Ibid.*, CCIV, pág. 525.

<sup>90</sup> *Ibid.*, LXXIX, págs. 174-76.

<sup>91</sup> *Ibid.*, IV, págs. 13-14; VI, pág. 19; LXXXII, pág. 182.



rosos y las grandes familias que con sus mutuas luchas, para ver quién era más fuerte, se desterraban alternativamente, quedando el poder en manos de unos pocos hasta que vino un tirano que, expulsando a todos, quedó dueño del poder. Caso concreto fue lo acontecido en Cremona donde del modo antedicho señoreaban los Cuncioni; en Parma, donde estaban los Rossi; Reggio, donde primaban los Fogliano; y en Modena, donde estaban los Pigli. En Lombardía se creó una liga entre los marqueses de Ferrara, los Gonzaga y los Visconti para apoderarse de esas tierras. El resultado fue que se las quitaron y las dividieron entre los tres <sup>92</sup>.

La tiranía se extiende así por toda Italia. Si los tiranos mudasen de actitud podrían ser como padres para sus pueblos y vivirían tranquilos y seguros ya que en el presente ninguno de ellos lo está. La soberbia y la avaricia hace que cada ciudad se vea alejada, por sus pecados, de los justos pastores quedando subyugada por lobos rapaces, amigos de la fuerza y enemigos de la justicia <sup>93</sup>.

Todo esto cambiaba también las fortunas, destruyéndose unas y naciendo otras nuevas. ¿Y cuál es el origen de tantas que hoy se ven?, se pregunta Sacchetti. La mayor parte de ellas nacieron de hurtos y rapiñas a los que ahora se llama ganancia <sup>94</sup>.

## VI

Siempre estuvieron las cortes llenas de intrigas, pero en esos momentos, por su proliferación, ellas mismas aumentaron en grande. Ya en el *Novellino* se recuerda un episodio de intriga cortesana de la que salió bien librado un joven inocente por la humana y sabia actitud de un panadero del rey que lo eximió del castigo aplicándosele, en cambio, al intrigante autor de la falsa acusación <sup>95</sup>.

Cuenta también Boccaccio el caso de un viejo y leal servidor que se vio envuelto por una reina en sus libidinosos propósitos. Despechada ésta por el digno rechazo del caballero, volvió contra él sus designios y le imputó deshonestas deslealtad. El caballero, dice Boccaccio, conociendo la "insidia cortesana", decidió huir con sus hijos <sup>96</sup>.

Breves pero reveladoras reflexiones trae Sacchetti acerca de los hombres de corte y del peligro que trae consigo su frecuentación. A menudo acontece, a quien se pone con los hombres de corte, que haga el ridículo, y si entra en discusión con ellos, se ve vituperado. Lo mejor es callarse y dejarlos hacer. Las cortes suelen estar llenas de bufones que con sus juegos y deleites entretienen a los señores y todo lo que dicen o hacen no reviste la menor seriedad porque su misión es entretener los ocios de sus amos siempre ávidos de novedades. Por todo esto muy ignorante es el que permanece mucho tiempo en la corte de un príncipe. Lo que más conviene es abandonar pronto a los señores porque de otro modo difícilmente se obtiene bien <sup>97</sup>.

<sup>92</sup> *Ibid.*, CLXV, pág. 410; CCI, pág. 518.

<sup>93</sup> *Ibid.*, CLXXVII, pág. 441.

<sup>94</sup> *Ibid.*, CCXXVIII, pág. 590.

<sup>95</sup> *Il Novellino*, edic. cit., XCII, págs. 99-100.

<sup>96</sup> BOCCACCIO, *Decameron*, edic. cit., II, 8, pág. 256.

<sup>97</sup> F. SACCHETTI, *Il Trecentonovelle*, edic. cit., IX, pág. 24; X, pág. 26; LXII, pág. 136; LXI, pág. 134.



VII

Gran mal es la avaricia cuya presencia ilustran todos los autores. Ella es la loba ya simbolizada por Dante en el proemio del Infierno, causa de todas las otras prevaricaciones y del trastorno general de las relaciones humanas.

Sin el tono de gran admonición que aparece en la obra dantesca, aquí aparecen ilustrados los casos de la vida cotidiana en los que aparecen comprometidos grandes y pequeños. Para ella no hay clases ni castas porque todos por igual se le someten y le pagan tributo.

Encuentra su lugar ya en el *Novellino* en el que, en dos ocasiones, se ve el castigo que reciben los que no se conforman con lo recibido, saliendo al final burlados. Había un juglar lleno de estima por su señor, al punto que le llamaba su dios. Un día, el señor le entregó en premio una torta dentro de la cual había hecho poner dinero. Aquél, pareciéndole que su adhesión recibía con esto poco premio, la regaló a otro juglar que se burlaba siempre de él por el exagerado tratamiento que daba a su señor. Yendo luego a despedirse contó el hecho al príncipe, el cual, indignado lo depachó de mala manera, diciéndole que el dios de su enemigo era mejor que el suyo, dado que él neciamente y por avaricia de lucro, había despreciado el obsequio que justamente le hubiera recompensado.

Idéntica aventura aconteció a dos ciegos. Uno de ellos recibió un pan en cuyo interior había oro. El otro un pan simple que comió junto con su mujer. El primero, queriendo obtener ganancia, vendió su pan al segundo, y así se quedó sin el pan y sin el oro que contenía <sup>98</sup>.

Diversos casos de avaros recuerda Boccaccio. A veces eran señores, a veces mercaderes. Se cuenta el caso de uno que en riqueza superaba a cualquier otro italiano, y que, no obstante, sobrepasaba también a todos en avaricia al punto que su bolsa siempre tenía estrecha y vestía como un mísero. De esto no estaban exentos los religiosos que a sus servidores pagaban con vestidos y calzados viejos <sup>99</sup>.

En otro tiempo eran comunes, cuenta en otro lugar, bellos y nobles usos, de los cuales nada quedó gracias a la avaricia que creció junto con las riquezas y los desplazó a todos. Junto con las riquezas llegaron también el lujo, las vanidades y las fantasías. En otros tiempos la gente era ingenua y sencilla, aún no habían pasado a Toscana las "morbideces de Egipto" sino en pequeña cantidad. Estas luego todo lo destruyeron en Italia aventando la rústica honestidad de aquellos que, no sólo no habían visto papagallos sino que ni siquiera habían oído hablar de ellos.

Ahora todo es perverso, dice en otro lugar, los jueces han dejado los tribunales, las leyes humanas y divinas callan y a todos se otorga amplia licencia para conservar la vida <sup>100</sup>.

Hoy se prefiere la utilidad al honor, escribe F. Sacchetti. Narra, para ilustrar lo dicho, el caso del marqués Azzo que reprochaba a su hermana porque ésta, viuda luego de cinco años de casada, no había tenido hijos. Al reproche contestó ella que no era suya la culpa porque había probado con todos sin resultado. La casó luego con uno de los Visconti y como tuvo

<sup>98</sup> *Il Novellino*, edic. cit., LXIV, págs. 69-70; XCI, págs. 96-99.

<sup>99</sup> BOCCACCIO, *Decameron*, I, 7, pág. 104; I, 8, pág. 105; I, 8, pág. 106; III, 1, pág. 322.

<sup>100</sup> *Ibid.*, VI, 9, pág. 740; VI, 10, pág. 752-53; VI, conclusión, pág. 762.



una niña quedó satisfecho. Así se contenta el ánimo, dice el autor, de aquellos que miran más a la utilidad que al honor <sup>101</sup>.

A veces le acontece a los avaros que deben gastar más que los dispendiosos. Cuando el avaro ahorra lo que debe gastar verá luego que eso lo gasta otro con gran dolor y tristeza de su parte. Por todo esto, lo mejor es seguir la vía del medio. El afán de riquezas, no sólo es malo; muchas veces resulta negativo. Es mejor nacer y vivir pobres que nacer ricos para perder todo en los últimos años. Puede fatigarse uno cuanto quiere en el estado de riqueza porque finalmente cada uno es pagado según el modo de su fatiga. En síntesis, el ansia de lucro y la avaricia siempre conducen a mal fin <sup>102</sup>. Iguales consideraciones se anotan en Masuccio. Cuando la golosa y rapaz avaricia, escribe, con sus detestables vicios, se haya extendido por todo el universo, toda virtud será lacerada y ocupada. Cuando la avaricia ocupa el intelecto, toda virtud, honor y alegría se verá expulsada. La avaricia puede más que la honestidad, no vacilando los maridos en vender a sus esposas por lucro. Todo el mundo está desgastado por la lupina avaricia y corrupto, además, por la insaciable gula de dinero <sup>103</sup>.

El cuadro aparece completo con esta concluyente invectiva: "Y vosotros, rapacísimos lobos, golosísimos avaros, enfangados carnales en el estiércol de este engañoso mundo, todos los días vais detrás de la usura, de falsos contratos y malas ganancias, y con vuestros engaños os apoderáis de lo ajeno, robáis a las iglesias, usurpáis las facultades de los impotentes, bebéis la sangre de los pobres, no ejecutáis los testamentos y con otros gravísimos procedimientos os desviáis de Cristo siguiendo la escuela de los diablos" <sup>104</sup>.

Tratamos de ir ilustrando aquí, a través de los diversos narradores, las características generales de la transformación que observaban en Italia. La caída de las viejas virtudes acompañaba al caos aparente engendrando por las luchas civiles, el cambio de la estructura de poder, el advenimiento de una nueva riqueza, el ansia de novedades, el espíritu de lucro, el lujo y la ambición.

Iremos ahora aproximándonos a expresiones más concretas en las que se advertirá cómo actúa todo esto en el seno de las clases sociales y profesionales en las que se irá elaborando el nuevo tono social asentado sobre una diversa sensibilidad, a la vez temporal y religiosa, económica, artística y ética, acompañando un gran movimiento de apertura en el que se amplía, a la vez, el horizonte interior y las perspectivas, aún un tanto legendarias del mundo bárbaro y lejano.

## EL ORO Y LOS MERCADERES

### I

Del *Novellino* a Sacchetti se advierte cómo va cambiando, aunque con algunos contrastes, el concepto social de la riqueza. El oro, antes vilipendiado como engendrador de desgracias y materia de pecado, va ganando

<sup>101</sup> F. SACCHETTI, *Il Trecentonovelle*, edic. cit., XV, págs. 34-36.

<sup>102</sup> *Ibid.*, CLXXXV, pág. 460; CLXXXVIII, pág. 469; CXCIII, pág. 490; CXCIV, pág. 492.

<sup>103</sup> MASUCCIO, *Il Novellino*, edic. cit., XIV, pág. 151; 159; XV, págs. 161-63; XVI, pág. 174.

<sup>104</sup> *Ibid.*, XVI, págs. 175-76.



lentamente posiciones en esa sociedad que desarticula los viejos frenos morales y se apresta a reemplazarlos por una nueva conciencia de la actividad que impone sus derechos. En este sentido, la temática de los novelistas no hace más que recoger las nuevas y distintas situaciones que vienen a ilustrar los argumentos como así también la conducta de los personajes en ellos comprometidos.

Algunos episodios recordados en el *Novellino* muestran que la avidez es casi una inclinación connatural en los hombres, como en el caso de aquel discípulo que para ganar el precio de una consulta, diagnóstica a la inversa que su maestro que prometía la curación del enfermo. Para que no hubiera dudas, envenena al paciente, el hijo de un rey, y así demuestra que su opinión era la acertada <sup>105</sup>.

Aquí estamos frente al nuevo apetito personal, ferozmente saciado si se quiere, pero sin reflejos sociales. Cuando éstos entran en juego, las narraciones del *Novellino* expresan los efectos negativos del afán de riquezas, del lucro mal habido y de la usura.

Dos novelas ilustran, acabadamente, la desventura que provoca entre los hombres la concupiscencia de dinero. La primera tiene un tono parabólico, y presenta a Jesús paseando con sus discípulos por una floresta en la que algunos de ellos vieron lucir unas monedas de oro. Dirigiéndose al Maestro le preguntaron por qué no lo tomaba, ya que tanta falta le hacía en sus necesidades. Ante la pregunta, Jesús contestó si realmente querían ellos eso que privaba al reino de tantas almas. Cuando volvamos por aquí, agregó, ya comprenderéis lo que quiero decir. Siguiéron ellos de largo, y a poco pasaron por ahí dos amigos que encontraron el oro y se pusieron muy contentos. Uno de ellos se dirigió en seguida a la ciudad para traer un mulo con que transportarlo, mientras el otro montaba guardia. Al volver, el primero dijo a su amigo que él ya había comido y había traído para él unos panes a fin de que también pudiese saciar su hambre. Le instó a comerlos para cargar después. El otro alegó que no tenía hambre y que era mejor cargar en seguida. Así se hizo, y mientras el primero se inclinaba para atar la carga, el otro le cayó encima y lo acuchilló por la espalda. Luego tomó los panes, y dando uno al mulo se puso a comer el otro, cayendo muertos los dos al poco rato porque estaban envenenados. El oro quedó donde estaba nuevamente sin dueño. Al volver por ahí el Señor con sus discípulos, les mostró el ejemplo de lo que había preanunciado <sup>106</sup>.

La segunda comienza con el hallazgo de oro en una gruta por parte de un romero que allí se había retirado para descansar. Apenas lo vio se alejó rápidamente del lugar y comenzó a correr con todas sus fuerzas por el desierto. Durante su fuga fue interceptado por tres asesinos que estaban al acecho de posibles viandantes para robarles y estaban intrigados porque veían que el romero huía desesperadamente sin que nadie le persiguiera. Luego que lo hubieron detenido le preguntaron por el motivo de su inusitada prisa. Ante la extrañeza de los bandidos, contestó que huía de la muerte que detrás suyo venía empujándolo. Como ellos nada veían le exigieron que precisara la causa de su pavor, cosa que hizo el romero llevándoles hasta el oro y advirtiéndoles del peligro que corrían porque esa era la muerte de la que se estaba alejando. Mientras lo dejaban ir, los tres comentaron que, evidentemente, se trataba de un pobre simplete y que ellos aprovecharían bien de ese oro que el otro al mismo tiempo despreciaba y temía. Seguida-

<sup>105</sup> *Il Novellino*, IX, edic. cit., pág. 25.

<sup>106</sup> *Ibid.*, LXVI, págs. 71-72.



mente deliberaron acerca del modo de disponer del tesoro allí oculto y dispusieron que, con parte de él, uno fuera a la ciudad para comprar vino y comida. El que partió decidió llenarse bien y envenenar luego las viandas que llevaría para sus compañeros con el objeto de quedarse con todo el oro. Los otros dos que pensaban lo mismo, habían dispuesto que cuando volviese con las vituallas le darían muerte para repartir el tesoro entre dos. Así aconteció. Cuando el compañero volvió, le cayeron encima y lo acuchillaron, poniéndose luego tranquilamente a comer y beber. A los pocos minutos, el veneno hizo efecto y también ellos murieron. Así, dice el autor, paga Dios a los traidores y tuvo razón el romero cuando alegaba huir de la muerte. En este caso también, el oro quedó nuevamente sin dueño <sup>107</sup>.

Otro caso, vinculado al lucro abusivo, fue el de un mercader que preparando toneles de doble fondo, fingió vender vino cuando en realidad el mayor peso correspondía al agua. Yendo luego en una nave, el dinero mal habido cayó en manos de un mono que en ella se había ocultado. Subiendo al palo mayor, el animal comenzó a arrojar algunas monedas en la cubierta y otras al mar. Cuando terminó con su juego, sólo le quedó al mercader lo que hubiera ganado de haber procedido justamente y sin fraude <sup>108</sup>.

Finalmente tenemos una condena de la usura. Una mujer que deseaba vestidos nuevos, incitó a su marido para que prestara algún dinero a interés. Luego de mucho importunarlo consiguió su objeto y ricamente vestida asistió a una fiesta donde la vio Merlín. Acercándosele, el mago le reprochó que sus vestidos tuvieran parte con los enemigos de Dios porque eran el producto de la usura. Arrepentida y avergonzada, la mujer abandonó los vestidos tan mal habidos <sup>109</sup>.

Como se ve, en estos relatos, el oro y la riqueza no sólo no proporcionan felicidad en el contexto social que refleja el *Novellino*, sino que son causa de muerte, frustración o pecado. En este clima, que corresponde al vivido por Dante, el dinero aparece como el gran perturbador que engendra apetitos, orgullo y desmesura, encegueciendo a los hombres y corrompiendo su conciencia.

## II

Otras ideas, en cambio, veremos en la generación de Boccaccio en la que se comienza a estatuir sobre las consecuencias de una creciente actividad económica que transforma la vida de las ciudades y abre paso a una clase social cada vez más consciente de su propio poder y de las posibilidades que con ella se brindan a hombres emprendedores y tenaces. Para el caso en cuestión, hay en Boccaccio, mucho más que en Sacchetti, como una golosa observación de la nueva sensibilidad en marcha y de las nuevas formas sociales que revoca, edificadas en la conciencia de lo útil como criterio de valor y virtud. El oro aparece aquí como elemento concreto de la vida, como un valor dinámico suscitador de actividades vitales que se aprecian como fuentes de bienestar y humana felicidad. No se trata aquí del dudoso placer del avaro que concibe al oro como la materia de un atesorar estéril. El oro es posibilidad de una vida mejor, más liberal y cortés, instrumento de creación y conquista con reflejos a la vez mercantiles y caballe-

<sup>107</sup> *Ibid.*, XCV, pág. 102-3.

<sup>108</sup> *Ibid.*, LXXVIII, pág. 79.

<sup>109</sup> *Ibid.*, XXII, pág. 36-7.



rescos<sup>110</sup>. No debe extrañar, por lo tanto, que toda su preocupación de novelista quede centrada en la observación de la vida económica. La conquista de la riqueza es el motivo animador de sus personajes que ven en ella uno de los bienes más codiciados y apreciados<sup>111</sup>. Esta evocación de la civilización italiana en un momento de tránsito, encuentra uno de sus motivos capitales en la serie de vívidos frescos en los que se refleja la riquísima vida mercantil desarrollada entre el siglo XIII y el XIV.

Por primera vez en la literatura europea recibe consagración ese decisivo advenimiento, promovido y dirigido por los nuevos héroes de la tenacidad humana, los hombres lanzados a la conquista de Europa y Oriente, cuya estatura va creciendo día a día a medida que se aventan prejuicios. Esos hombres, despreciados por Dante, ignorados por Petrarca y marginados por el *Novellino*, irrumpen en las narraciones de Boccaccio y las dominan con su exuberante vitalidad. Eran éstos los pioneros de una nueva civilización que hacían gala de mente abierta e inteligencia pronta y que, llenos de audacia y ambición, se imponían a los príncipes y suscitaban el rencor de las poblaciones. Luego de peregrinar por Europa, volvían a sus casas llenos de oro y experiencia y se aprestaban a aplicarla en el intrincado y complejo campo de la política<sup>112</sup>.

La propia experiencia mercantil daría a Boccaccio la pauta de ese mundo. Su padre y su tío, agentes de los Bardi, habían recorrido durante cuarenta años las grandes vías del tráfico europeo entre Florencia, Nápoles, París y las grandes ferias francesas. El mismo había hecho práctica de “abaquista” y se había vinculado en Nápoles al banco de los Bardi. Esos años, en contacto con clientes y libros de contabilidad le habían dado familiaridad con los problemas que se reflejan en su obra más importante<sup>113</sup>.

La importancia de su testimonio es doble, porque, mientras recoge el ímpetu y las virtudes de esa casta de nuevos caballeros de la economía y la política, no deja de observar los aspectos negativos, inhumanos a veces, de esa prepotente civilización que finca en la despreocupada y cruel “ragion di mercatura”.

Las novelas eligen con precisión a personajes ejemplares, en ocasiones arquetipos despiadados y faltos de escrúpulos que violan las leyes morales y civiles, que no vacilan en falsificar moneda o traicionar la solidaridad de su casta. Pareciera como si Boccaccio, en sus retratos siniestros apreciara los límites de ese gran movimiento que organizó capitalísticamente a la sociedad, y lo describiese en el momento mismo en que al noble afán de conquistas y de búsquedas de nuevas áreas geográficas y económicas, sucede la menos ideal conquista del máximo y rápido provecho. La avidez y la avaricia absorben el noble impulso inicial y se presentan como vicios que niegan toda virtud y gentileza, quebrando, al mismo tiempo, esa idea de límite y moderación que, al decir de Francesco di Marco Datini, era cosa querida por Dios al que repugnan todos los excesos<sup>114</sup>. En el comienzo mismo del *Decameron* viene a nuestro encuentro la figura de ser Ciappelletto del que, dada su ejemplar importancia, nos ocuparemos con la amplitud necesaria. Es él, al que Mario Penna define magistralmente como

<sup>110</sup> G. GETTO, *op. cit.*, págs. 92-3.

<sup>111</sup> *Ibid.*, págs. 271-73.

<sup>112</sup> V. BRANCA, *L'Epoepa dei Mercatanti...*, cit., págs. 51-52.

<sup>113</sup> *Ibid.*, págs. 52-3.

<sup>114</sup> *Ibid.*, págs. 64-66.



“emerito farabutto”<sup>115</sup>, un espécimen prototípico de esa raza de desprejuiciados tramoyeros que no vacilan en engañar a Dios y los hombres con tal de llevar adelante sus propósitos de la “ragion di mercatura”.

Debiendo volver a su patria, el conocido e inquietante Musciatto Franzesi decide dejar en su reemplazo a un hombre que pudiera competir con la malicia y deslealtad de los borgoñones.

La cosa no era fácil porque se trataba de encontrar a quien, por su maldad, se opusiese victoriosamente a la de los lugareños. Tanto pensó hasta que le vino en mente un tal ser Cepperello de Prato, que solía albergarse en su casa en París, hombre de pequeña estatura y vestir alambicado al que los Franceses, no sabiendo qué quería decir su nombre, y entendiendo que significaba “sombbrero” o “guirnalda”, comenzaron a llamar Ciappelletto<sup>116</sup>. Para que no quedaran dudas acerca de la catadura del personaje le dedica Boccaccio una larga descripción. “Era Ciappelletto de este tenor de vida: siendo notario, pasaba gran vergüenza si algunos de los instrumentos que labraba, siendo pocos, no era encontrado falso. De éstos hacía tantos como se lo pidiesen, especialmente si la compensación le parecía adecuada. Así, testimonios falsos en profusión hacía, y como en Francia se prestaba, en esos momentos, gran fe a los juramentos, en todas las causas vencía. Experimentaba también gran placer en sembrar discordias entre amigos y parientes, y cuanto mejor lo conseguía más gozaba. Invitado para un homicidio o para cualquier cosa delictuosa, sin negarse nunca, voluntariamente iba hiriendo y matando a muchos hombres con su propia mano. Era gran blasfemador de Dios y de los Santos y sumamente iracundo. No iba a la iglesia ni practicaba los sacramentos de los que se burlaba, visitando, en cambio, con gusto las tabernas y otros lugares peores. Deseaba a las mujeres como el perro los garrotazos, y de lo contrario más que ningún otro se deleitaba. Robaba con la misma conciencia con que un santo varón ofrecía. Era goloso y gran bebedor al punto que a veces se perjudicaba. Era jugador y fullero solemne. Pero, ¿por qué me extiende en tantas palabras?, se pregunta. Era el peor hombre que quizá nunca hubiera nacido. Sabedor de todo esto, Musciatto pensó que su maldad, ya de sobra probada en sus negocios, era digna de los borgoñones”<sup>117</sup>. Ya en funciones, aconteció que ser Ciappelletto enfermara sin esperanzas de cura. Los dos usureros italianos que lo albergaban, entraron entonces en grandes temores, porque, dada la fibra del enfermo, pensaron que moriría impenitente, de donde derivaría gran daño para ellos. En efecto, siendo prestamistas, temían que el pueblo aprovechara la oportunidad del hecho y al grito de “estos Lombardos perros” que ni en la iglesia son recibidos, se levantaran contra ellos y corriendo a sus casas las saquearan y quizá también les privarían de la vida. De un modo u otro temían que el suceso tornara en su daño y desventaja<sup>118</sup>.

Habiendo oído sus razones, ser Ciappelletto decidió obrar en consecuencia para evitarle tan trágicas posibles circunstancias. “Yo no deseo, les dijo, que en nada dudéis de mí ni tengáis miedo de recibir por mi causa algún mal. He escuchado lo que razonasteis acerca de mí y estoy seguro que las cosas ocurrirían como habéis dicho si yo no tomara providencias,

<sup>115</sup> M. PENNA, *La Parabola dei Tre Anelli e la Tolleranza nel Medio Evo*, Torino Rosenberg et Sellier, 1953, pág. 5.

<sup>116</sup> BOCCACCIO, *Decameron*, I, 1, págs. 48-49.

<sup>117</sup> *Ibid.*, I, 1, págs. 49-51.

<sup>118</sup> *Ibid.*, I, 1, pág. 53.



pero iré de otro modo. Yo, viviendo, tantas injurias he hecho a Dios que aunque ahora le haga otra en punto de muerte, en poco o nada modificará su juicio. Por lo tanto procurad que venga un santo y dispuesto fraile, el mejor que podáis encontrar, si alguno hay, y dejadme hacer a mí, que firmemente arreglaré mis asuntos y los vuestros, de modo que estará bien y tendréis que estar contentos”<sup>119</sup>.

De acuerdo con su pedido, vino el confesor y ante él hizo Ciappelletto su confesión, entre burlona y sacrílega, de modo que de crápula se convirtió en un santo que hasta merecía el honor de su sepultura en el templo.

La confesión, que es un modelo de composición artística, nos muestra a un Boccaccio en la plenitud de sus medios de narrador. Tanto fue el arte de su consumado engaño que los dos usureros, que todo lo habían escuchado, no podían creer en lo oído y se preguntaban a sí mismos, “¿qué hombre es éste, al cual ni vejez ni enfermedad, ni miedo de la muerte, a la cual se ve cercano, ni aun de Dios frente al juicio del cual de aquí a poco tiempo ha de presentarse, de su maldad le han podido remover, ni hacer que no quiera morir tal como ha vivido? Pero viendo que se había dicho que él sería sepultado en la iglesia, de ninguna otra cosa se curaron”<sup>120</sup>. Tal la síntesis del relato que culmina, como era de esperarse, con las sagradas exequias en el templo.

Tenemos aquí, ilustrada a dos puntas, una actitud moral. Por un lado, el protagonista que no se arredra ante el sacrilegio para salvar a sus cómplices de las consecuencias de una muerte impenitente; por el otro, la actitud de éstos que, arreglado el asunto a su entera satisfacción, no piensan ya en nada, ni en el sacramento violado ni en el destino del huésped que sólo les interesaba en cuanto peligro potencial para sus vidas y haciendas. Comienza aquí esa moral magistral del “far bene quello che si fa” que implica la primacía prácticamente absoluta del instrumento que se adecua a los fines con total desprejuicio de consideraciones morales.

Una figura de aristas tan agudas, que honra al talento narrativo de Boccaccio, no podía dejar de solicitar la atención de la crítica, aunque ésta no siempre concuerde en sus conclusiones. El primer desencuentro se produce en torno a la valoración de su burla sacrílega en relación con sus intenciones y con las ideas de su tiempo.

L. Fassó cree que la suprema rebeldía de ser Ciappelletto nace, no del ateísmo que algunos le atribuyen sino, precisamente, de su creencia en Dios, en un Dios al que desafía conscientemente hasta el punto de hacer burla de su culto y sus sacramentos. En esta dirección, su figura, que provoca un definido rechazo, vendría a superar artísticamente a la de Vanni Fucci<sup>121</sup>.

En cambio, L. Russo piensa que sin mayor empeño por parte del autor, aparece que tenemos que vérnosla aquí con un artista genial del vicio y el mal, un personaje entre heroico e inocente y desinteresado, que suscita más admiración que horror. Cree que el paralelo con Vanni Fucci es erróneo porque el gesto de éste revela una cierta inquietud, un remordimiento que busca librarse de la divinidad ofendiéndola con grosería. Por el contrario, en ser Ciappelletto hay serenidad y hasta alegría propias de un artista que ha logrado el dominio completo sobre la materia que no interesa ya a la

<sup>119</sup> *Ibid.*, I, 1, págs. 53-4.

<sup>120</sup> *Ibid.*, I, 1, pág. 63.

<sup>121</sup> L. Fassó, *La Prima Novella del Decameron e la sua Fortuna*, en *Saggi e Ricerche di Storia Letteraria*, Milano, Marzoratti, 1947, págs. 40-41.



fe o la incredulidad porque se convierte en puro instrumento de un arte magistral<sup>122</sup>. Este arte, este criterio de lo útil que debe vencer las dificultades que se le presentan, ya aparece en la valoración que hace Boccaccio de la enfermedad del protagonista. No aparece ella como causa de sufrimiento que provoque piedad sino más bien como obstáculo, como una desventura en ese mundo de meros intereses económicos en que viven los dos usureros florentinos. No hay en los dos hermanos ninguna reacción que no nazca de la pura razón económica y su misma hospitalidad no tenía otro sentido que el de congraciarse con el poderoso Musciatto Franzesi. Cuando el gesto, dada la incurabilidad del huésped, apareja consecuencias desastrosas, sólo piensan en resguardar sus intereses<sup>123</sup>.

Si las cosas siguen un curso favorable se debe a que además de ser como ellos un hombre de negocios, ser Ciappelletto los supera largamente en la práctica y mientras temerosos vacilan aquéllos, él ya ha entrevisto la solución salvadora con agudeza y rapidez. Su habilidad operatoria no se detiene ante el mismo Dios poniendo en evidencia un sentido comercial de la religión. Deudor insolvente durante toda su vida, piensa que una deuda más en poco o nada afectará el balance de sus culpas y el ya copioso saldo deudor. Las circunstancias no le arredran porque está acostumbrado a forjar y violar contratos. La víctima será el pío confesor, y por elevación, los incautos borgoñones que aceptarán su falsa aureola. La dificultad que se le presenta será superada como cuadra a un artista de la técnica comercial cuyo desprejuicio es casi una condición de su eficacia<sup>124</sup>. El también, como Fra Cipolla, otro notable personaje boccacesco, pertenece al género de los artistas de la palabra, instrumento con el que cumple magistralmente su cometido<sup>125</sup>.

No deja de ser, al mismo tiempo, un arte de vida, aunque se trate de las formas más bajas e innobles en que puede encarnarse el arte de saber vivir. Un arte que era mera astucia, la expresión inferior de un mundo que alcanza cortesía y caballerosidad en los actos magnánimos y heroicos relatados en la última jornada del *Decameron*<sup>126</sup>.

L. Russo quiere ver en el ejemplo de ser Ciappelletto a un Boccaccio espiritualmente neutro, ni pío ni impío. Un hombre que deja vagar su fantasía entre las cosas de este mundo, que gusta de ellas y de las capacidades de los hombres que lo pueblan. Su arte es absolutamente mundano. En él, los símbolos sagrados que se vinculan a lo trascendente no son ni exaltados ni disminuidos sino interpretados como materia, como instrumento y medio. No es que no acepte ese mundo religioso dentro del cual ser Ciappelletto cumple su proeza. En realidad cree tanto en él que bien puede detenerse en la historia de un falso santo<sup>127</sup>.

V. Branca anota que la crítica dejó muchas veces de lado el ambiente en el que se gesta el argumento de la novela: el clima hostil de Francia y la dura vida de mercaderes y acopiadores, amenazados por el odio de las poblaciones contra los "conquistadores" acampados en sus tierras. Al mismo tiempo, ni Musciatto Franzesi, que sabe a su amigo viejo y enfermo, ni los usureros, se cuidan de otra cosa que no sea su interés. Esto explica que

<sup>122</sup> L. Russo, *op. cit.*, págs. 442-43.

<sup>123</sup> G. Getto, *op. cit.*, pág. 49-50.

<sup>124</sup> *Ibid.*, págs. 52-53.

<sup>125</sup> *Ibid.*, pág. 68.

<sup>126</sup> *Ibid.*, pág. 77.

<sup>127</sup> L. Russo, *op. cit.*, pág. 436-37.



ser Ciappelletto, antes de poner en peligro el dominio de los banqueros italianos en Borgoña, acepte la "ragion di mercatura" y prefiera perderse para toda la eternidad con entera conciencia del daño que le aguarda <sup>128</sup>.

Otro caso de entero desprejuicio, apoyado en el deseo de salvar la propia situación social, es el de los hermanos de Lisabetta de Messina que Boccaccio refiere en otra novela. Habiéndose enterado, uno de ellos, de las relaciones de su hermana con el dependiente Lorenzo, puso a los otros en antecedentes del caso y entre todos decidieron lo que mejor convenía para que no siguiese, a ellos y a Lisabetta, infamia alguna. Para esto, disimulando sus sentimientos, esperaron el momento oportuno, y un día, calladamente, se llevaron a Lorenzo al campo y allí, dándole muerte lo enterraron <sup>129</sup>.

Comentando esta conducta, V. Branca cree encontrar en ella los motivos fundamentales que habían movido a ser Ciappelletto. Este amor de una mujer de la clase de los "socios" por un pobre "muchacho" parece querer quebrar las barreras que regulaban con leyes férreas la vida de las "compañías". El escándalo era una amenaza que pesaba sobre la reputación mercantil y que, por lo tanto, podía comprometer los negocios. Como derivación lógica de esos sentimientos, la eliminación de Lorenzo se decidió rápidamente, como una necesaria operación comercial. Poco interesaban, en este caso, la hermana y sus sentimientos porque el hecho es visto en las perspectivas de su interés económico. Es, acota el comentarista, el terreno endurecido del absoluto dominio de la "ragion di mercatura" <sup>130</sup>. Dos casos, dos situaciones, dos circunstancias diversas, que se unen en la experiencia de Boccaccio para trazar la imagen de esa desprejuiciada clase de mercaderes que no vacilaba en sacrificar afectos o creencias cuando se trataba de defender el *status* social conseguido a través de tantos años de fatigas. Como toda epopeya, ésta de los mercaderes, no dejaba de empañar sus hechos gloriosos con las sombras de una conducta despiadada y utilitaria.

### III

Fuera del marco sombrío de estas actitudes extremas, en las que parece marcarse el límite de una nueva moral sin ataduras tradicionales, Boccaccio recoge también otras manifestaciones menos estridentes de la actividad comercial y financiera de la época. Aparece así el caso de unos hermanos que se alejaron de Florencia para dirigirse a Inglaterra en busca de fortuna. Llegados de Londres, con poco gasto tomaron una casa y una vez afincados, se dedicaron a prestar con usura "ferozmente", con tal acierto y éxito que en pocos años hicieron grandes ganancias. Conseguido esto tornaron a la patria donde pudieron reconquistar las propiedades antes perdidas por sus dispendios. Para no abandonar la rica veta inglesa, se hicieron reemplazar en la Isla por su sobrino lejano pero con el encargo de mantener el negocio y girarles el dinero con que mantener la vida rumbosa que habían adoptado. El grueso de las operaciones se nutría con los préstamos que hacían a barones y caballeros sobre sus castillos y rentas, de modo que él también

<sup>128</sup> V. BRANCA, *L'Epopea dei Mercatanti*, cit., págs. 61-63.

<sup>129</sup> BOCCACCIO, *Decameron*, edic. cit., IV, 5, págs. 514-15.

<sup>130</sup> V. BRANCA, *L'Epopea del Mercatanti*, cit., págs. 60-61.



podía vivir espléndidamente, en apariencia y hábitos, como si en lugar de usurero perteneciera a linaje real <sup>131</sup>.

En distintos lugares vuelve la mención a la actividad mercantil con precisión de lugares y situaciones. Se menciona así a la costa de Reggio hasta Gaeta, "la parte más deleitable de Italia". Cerca del mar, recuerda, en la vecindad de Salerno está la costa de Amalfi, llena de pequeñas ciudades y jardines, con hombres emprendedores y ricos que como pocos dominan la actividad comercial <sup>132</sup>.

Se habla también de la antigua y noble ciudad de Marsella, que está en Provenza, que fue, en otro tiempo, cuna de ricos hombres y grandes mercaderes y mucho más copiosa de lo que en su tiempo se veía <sup>133</sup>.

Otro recuerdo de la presencia económica de los italianos en Francia se tiene en el caso de aquel joven al que sus parientes, para que olvidara a una mujer de la que se había enamorado, envían a París para que viera "cómo su riqueza se trafica" <sup>134</sup>.

En otra ocasión es el caso de un gentilhombre florentino que a causa de su pobreza decide dedicarse al comercio con tal fortuna que en poco tiempo se hace riquísimo <sup>135</sup>. Se refiere también la situación de una mujer, esposa de un gran mercader que se había ido con las galeras a Flandes <sup>136</sup>.

En un pasaje se alude a la mala fama comercial de los alemanes a propósito de un soldado mercenario, de nombre Gulfordo, hombre de pro y leal a los que requerían sus servicios, cosa que no solía acontecer con sus connacionales. Como era buen pagador, los mercaderes le prestaban dinero a bajo interés <sup>137</sup>.

La experiencia comercial de Boccaccio aparece testimoniada en el conocimiento que tiene de los usos y costumbres de la cofradía. Cuenta así que en todas las tierras marinas que tienen puertos, se usa que los mercaderes que hasta ellos llegan con sus mercancías, las pongan en un depósito, llamado en muchos lugares "aduana", y que, en general, está en manos del señor de la tierra. Allí dan a los empleados una lista con el detalle de lo que depositan y los precios, poniendo luego todo bajo llave, en almacenes dispuestos para el caso. Los aduaneros anotan en un libro el monto de lo consignado y hacen luego pagar una tasa en proporción al mismo <sup>138</sup>.

#### IV

La presencia del oro y de los afanes por conseguirlo, ocupan buen espacio en la obra de Sacchetti. Hay, sin embargo, otro matiz. Mientras en Boccaccio las referencias se anotan con cierta indiferencia informativa, en Sacchetti se reitera la intención de extraer consecuencias moralizadoras. En este sentido, más que un testigo, Sacchetti es juez de su tiempo.

La avidez de dinero todo lo penetra, y aunque del hombre no suele pedirse rescate, en la guerra está más seguro el pobre que el rico. Si este

<sup>131</sup> BOCCACCIO, *Decameron*, II, 3, edic. cit., págs. 149-50 y 58.

<sup>132</sup> *Ibid.*, II, 4, pág. 161.

<sup>133</sup> *Ibid.*, IV, 3, pág. 496.

<sup>134</sup> *Ibid.*, IV, 8, págs. 541-42.

<sup>135</sup> *Ibid.*, VII, 7, págs. 825.

<sup>136</sup> *Ibid.*, IV, 2, pág. 481-82.

<sup>137</sup> *Ibid.*, VIII, 1, pág. 877.

<sup>138</sup> *Ibid.*, VIII, 10, pág. 996.



último cae prisionero, se lo llevan, junto con su caballo, por su riqueza. Del primero, en cambio, sólo se llevan el caballo. Y esto sucede porque todo el universo está corrompido por la moneda y a causa de ella todos delinquen <sup>139</sup>.

La extensión de la usura parece probada por lo acontecido a un predicador de Cuaresma. Viendo éste que la iglesia estaba vacía, hizo anunciar que al día siguiente pronunciaría un sermón en el que demostraría que la usura no era pecado. El anuncio, tal esperaba, le llenó la iglesia y aprovechó el astuto clérigo la ocasión para decir que el pecado no consistía en prestar sino en pedir más de lo prestado <sup>140</sup>.

Tanto ha caído el mundo hoy, dice en otra novela, que cada uno se pone a pedir lo que no debe, y como no hay pena, se dice: "Yo lo puedo conseguir; si no lo advierte, me lo tengo; y si lo advierte, me lo procuro". Otro, a su vez, exhorta: "mueve litigios, ayuda no te faltará". Y así va, acota, la mayor parte del orden que tenemos sobre la tierra <sup>141</sup>.

## EL CLERO Y LA RELIGIÓN

### I

Entre nuestros novelistas, la presencia del clero es una constante. Su vida y sus vicios animan buen número de relatos en los que se opone la santidad de la religión a la licencia de sus ministros. Eligiendo en el conjunto de imputaciones vemos que dos son los pecados que con más frecuencia cometen: lujuria y avaricia.

Si comenzamos por la primera, vemos que el tema aparece en Boccaccio ya desde los comienzos del *Decameron* y se va reiterando hasta el final con un ritmo de interés creciente destinado a mostrar siempre la incompatibilidad entre los votos formulados y el ejercicio concreto de una vocación continuamente desnaturalizada.

Se habla así de un joven monje que es sorprendido por su abad en momentos en que se estaba solazando en su celda con una joven de la vecindad. Sabiéndose descubierto, no encontró mejor recurso que dejarla en la celda para tentar al abad que cae también en las redes de la joven. Cuando pretendió luego reprochar el hecho a su subordinado, éste que se había mantenido alerta y al acecho, y sabía en consecuencia lo ocurrido, lo devolvió la acusación pudiendo de ese modo librarse <sup>142</sup>.

En otro lugar se cuenta de la astucia de un fraile que se aprovechó de la simpleza de un tal Puccio, hombre piadoso y dado a las cosas de la religión con detrimento de las exigencias de su vida matrimonial. Advertidos de la situación, el vicioso fraile decidió aprovecharla supliendo a Puccio en el cumplimiento de sus deberes maritales. Mediante una estratagema, el simplete era burlado en su propio hogar, mientras su mujer decía al fraile: "Tú haces hacer penitencia a fray Puccio y con ella, nosotros ganamos el paraíso" <sup>143</sup>.

<sup>139</sup> F. SACCHETTI, *Il Trecentonovelle*, edic. cit., XIII, pág. 32.

<sup>140</sup> *Ibid.*, XXXII, págs. 73-75.

<sup>141</sup> *Ibid.*, CLXXIV, pág. 431-32.

<sup>142</sup> BOCCACCIO, *Decameron*, edic. cit., I, 4, págs. 79-84.

<sup>143</sup> *Ibid.*, III, 4, págs. 351 y 56.



Una extensa exposición de los vicios de los frailes se da en la novela séptima de la tercera jornada. Dado su interés no resistimos la tentación de reproducir íntegramente la argumentación. “Fueron en otro tiempo los frailes, escribe, santísimos y valerosos hombres, pero los que hoy frailes se llaman y así quieren ser tenidos, no tienen de frailes sino la capa, y ésta, por otra parte, no es de fraile, porque allí donde los fundadores las querían estrechas y míseras, de paños bastos y demostradoras de un ánimo que despreciaba las cosas temporales y envolvía su cuerpo rústicamente, hoy ellos las hacen amplias y forradas, brillantes y de finísimos paños, ligeras y pontificales en la forma, con el objeto de pavonearse en las iglesias y las plazas como hacen con sus vestidos los seculares. Y así como los pescadores se ingenian con la red redonda para pescar de un golpe en el río muchos peces, éstos con sus amplias orlas se ingenian para envolver con ellas a muchas viudas, necias mujeres y hombres en lo que ponen mayor solicitud que en cualquier otro ejercicio. Por esto, hablando con verdad, de las capas de los frailes no tienen más que el color. Y allí donde los antiguos deseaban la salvación de los hombres, los de hoy desean las mujeres y las riquezas, y todo su empeño ponen en atemorizar con rumores y descripciones la mente de los necios, y en mostrar que con limosnas y con misas se purgan los pecados, de modo que a ellos que por cobardía y no por devoción se han refugiado en la vida religiosa, y para no soportar fatiga, lleve éste el pan, aquél el vino, y ese otro les dé sustento por el alma de sus antepasados. Y ciertamente es verdad que las limosnas y las oraciones purgan los pecados; pero si los que las hacen vieran a quién las hacen y los conocieran, o las guardarían para sí o delante de otros puercos las echarían. Y porque ellos saben quiénes son los poseedores de una gran riqueza, tanto más se aplican con rumores y sustos, ingeniándose para remover a los otros de aquello en lo que solos quieren permanecer. Ellos reprochan a los hombres la lujuria con el fin que, apartándose los reprochados, queden las mujeres para los reprochadores. Ellos estigmatizan la usura y las ganancias pecaminosas para que otros, restituyendo lo mal habido, les permitan hacer las capas más amplias, procurarse obispados y otras mayores prelaturas que las que pudieran ya haber conseguido aquellos cuya perdición se anuncia. Y cuando de estas cosas, y de otras que sin mayor conciencia hacen, se les reprocha, contestan: “Haced lo que decimos y no lo que hacemos”, estimando que así se descargan de todo grave peso y que las ovejas deben poder ser más fuertes que los pastores. Y ellos saben cuantos sean aquellos que no entienden esa respuesta del modo en que ellos la dicen. Quieren los modernos frailes que vosotros hagáis lo que dicen, es decir, que llenéis sus bolsas de dinero, le entreguéis vuestros secretos, guardéis castidad, seáis pacientes, perdonéis las injurias, os guardéis de decir mal: cosas todas buenas, honestas y santas; pero esto ¿por qué? Para que ellos puedan hacer lo que, si hicieran los seculares, ellos no podrían hacer. ¿Quién no sabe que sin lucros la poltronería no puede durar? Si tú en tus deleites gastas tus dineros, los frailes no podrían poltronizar en su orden; si tú vas en torno de las mujeres, los frailes no tendrían su lugar; si tú no eres paciente y perdonador de injurias, el fraile no se atrevería a venir a tu casa a contaminar tu familia. . .” Y sigue un poco más abajo: “Hagan ellos primero, y luego amonesten a los otros. He visto yo en mis días a mil de ellos gozadores y amadores y visitantes, no sólo de mujeres seculares sino de monasterios; ¡y aun de aquellos que más ruido hacen desde el púlpito! ¿Y de



estos así hechos iremos detrás? Quien lo haga hace lo que quiere, pero Dios sabe si procede sabiamente”<sup>144</sup>.

En la novela siguiente se habla de un monje hecho abad, que era santísimo en toda cosa salvo en lo referente a mujeres, y hacía esto tan cautamente que nadie sospechaba de él porque era justo y reputado en toda cosa. Y así sostenía, para apoyar sus viciosas solicitudes, que la santidad residía en el alma y lo que él pedía era pecado del cuerpo<sup>145</sup>.

En otro relato, el ataque procede de las observaciones en torno a un tal fray Rinaldo. Es sólo un punto de partida, porque no tarda en preguntarse quiénes son los que así no hacen en este marchito mundo. Los frailes, en general, no se avergüenzan de aparecer gordos, de rostro colorido y mórbidos en vestidos y otras cosas. No parecen ya palomos sino gallos pechones y crestudos. Dejando de lado todo lo que tienen en sus celdas: vasitos con unguentos, cajas con confites, ampollas y garrafas con aguas trabajadas y aceites, frascos con malvasía y vino griego y otros equivalentes preciosos y abocados, de tal modo que más que celdas de frailes parecen negocios de farmacéuticos y cosmetólogos, y no se avergüenzan de que otros sepan que son gotosos. Creen que los demás ignoran que los ayunos, los alimentos simples y la vida sobria hacen a los hombres sanos y delgados, y si acaso enferman, no es de gota. También parecen pensar que los que observan desconocen que el ayuno y la mortificación hacen a los hombres pálidos y afligidos, como lo fueron Sto. Domingo y S. Francisco que tenían capas rústicas de lana para abrigarse y no de paños lujosos y gentiles como ahora acontece<sup>146</sup>. Uno de los narradores de la octava jornada se propone contar una novelita acerca de aquellos “que siempre nos ofenden sin poder ser por nosotros ofendidos”. Se refiere, como aclara en seguida, a los clérigos que han declarado una cruzada contra las mujeres. Cuando consiguen conquistar a una les parece que han conseguido el perdón de culpa y pena, como si desde Alejandría hubieran traído atado al Sultán hasta Avignon<sup>147</sup>.

En la novela siguiente se cuenta el caso de una abadesa sorprendida en su celda con un clérigo al que a menudo hacía ir al convento. En el apuro, creyendo ponerse la toca, se cubrió, en cambio, con los pantalones de su acompañante. Reunidas las monjas, porque se trataba de amonestar a una de ellas que había cometido igual delito, la inculpada observó el detalle y lo hizo notar ante la estupefacción general. En vista de esto, la abadesa cambió de argumento y concluyó que era imposible substraerse a los estímulos de la carne por lo que aceptó que cada una se diera quietamente el buen tiempo que pudiese<sup>148</sup>.

Otra interesante coincidencia de argumentos se encuentran en Sacchetti. La lujuria y los vicios del clero aparecen subrayados en gran cantidad de relatos con indicaciones de desigual amplitud pero igualmente sugestivas.

La novela XXV trae a cuento el castigo que sufrió un clérigo lujurioso. El Capitán de Forlí comisionó a messer Dolcibene para que castrase al clérigo impuro, y aquél, cumplido el encargo, vendió luego los testículos en veinticuatro liras que repartió con el Capitán. Comentando el hecho, dice Sacchetti que esa fue una nueva y bella mercancía, y que sería conveniente que el hecho se repitiera a fin de que el mundo fuera mejor. Así el intere-

<sup>144</sup> *Ibid.*, III, 7, págs. 387-91.

<sup>145</sup> *Ibid.*, III, 8, págs. 405 y 408.

<sup>146</sup> *Ibid.*, VII, 3, págs. 792-93.

<sup>147</sup> *Ibid.*, VIII, 2, pág. 881.

<sup>148</sup> *Ibid.*, IX, 2, págs. 1032 y 1034.



sado, obligado a recomprar su propio haber recibiría uno y otro daño. La primera ventaja de esto es que se quitaría la cruz puesta sobre las mujeres de los demás y sobre aquellas que en general llaman, ora amigas, ora esposas, ora primas, bautizando como sobrinos a los hijos que les nacen y sin avergonzarse de tener a los lugares sagrados llenos de concubinas e hijos nacidos de su disoluta lujuria <sup>149</sup>. Por eso debe considerarse que quien falla contra los clérigos comete pequeño pecado, si se tiene en cuenta que ellos, so capa de religión, cometen tantas faltas contra las cosas de los demás <sup>150</sup>.

Y bien está, por otra parte, lo que en ocasiones les acontece, como a aquel noble canónigo que bajo honesta apariencia de religión, estaba por entero entregado a la gula, la lujuria y otros vicios que usaba según su desordenado apetito <sup>151</sup>.

Todo el mundo está lleno de estos clérigos, que sólo Dios sabe entre que manos cayó, porque el mal árbol no puede dar buenos frutos. A veces acontece que por la escondida hipocresía, el que es malvado aparece como santo, como suele acontecer en el presente en que son reputados beatos aquellos cuyas almas nunca encerró bondad. Esto se debe a que es difícil conocer el corazón de los hombres y sus secretos interiores <sup>152</sup>.

Y no sólo es esto, porque ahitos y borrachos se atreven a ordenar y dar consejos a toda Italia, que ya sabe la pobre como van las cosas, con mucha fatiga y cada vez de mal en peor <sup>153</sup>.

Por todo esto, no hay que maravillarse que muchos no quieran junto a sí a los clérigos que sólo saben asaltar desenfrenadamente a las mujeres. Alaba, a propósito de esto, a las leyes de Venecia que permitían punir a los clérigos viciosos <sup>154</sup>.

Reitera la desgracia que tiene el Señor con tales clérigos en cuyas manos ha caído. Ojalá, agrega, se pudiera extinguir su estirpe malhechora <sup>155</sup>.

Ya desde el Proemio de su *Novellino*, Masuccio Salernitano arroja sus dardos contra la viciosa vida del clero. Se previene allí contra el remilgo de los santulones secuaces de los fingidos religiosos de cuya malvada vida algo se proponía decir en los diez primeros relatos. Si esto ocurre que se sepa que no le mueve ningún odio privado o particular, sino simplemente el deseo de no callar la verdad acerca de nuevas y antiguas cosas que conoce. Se trata de mostrar cómo los necios o no muy prudentes seculares fueron engañados por falsos religiosos para que los presentes afinen su agudeza y los futuros se prevengan contra tal vil generación de hombres que aprovechan su fingida bondad para engañar. Claro está que no se refiere a los que honran su vocación sino a los malos y falsos. Y respecto de aquellos que tienen sus oídos emporcados con santa pasta y no pueden oír hablar mal de los religiosos, le parece óptimo remedio que se dediquen no a leer o escuchar sus novelas, sino a seguir la práctica de los frailes a la que cada día conocerán como más fructuosa para su cuerpo y alma, dado que aquellos, abundando en toda suerte de caridad, están siempre dispuestos a comunicarla a sus brigadas <sup>156</sup>.

<sup>149</sup> F. SACCHETTI, *Il Trecentonovelle*, edic. cit., XXV, págs. 57-59.

<sup>150</sup> *Ibid.*, XXVIII, pág. 65.

<sup>151</sup> *Ibid.*, XXXIV, pág. 85.

<sup>152</sup> *Ibid.*, LXXXIX, pág. 206; CI, pág. 229.

<sup>153</sup> *Ibid.*, CVIII, págs. 242.

<sup>154</sup> *Ibid.*, CXI, págs. 248-49; CXVI, pág. 259.

<sup>155</sup> *Ibid.*, XCVII, pág. 215.

<sup>156</sup> MASUCCIO, *Il Novellino*, edic. cit., *Proemio*, págs. 9-10.



Comienza refiriéndose a la ruina y suciedad de los conventos. Como se ve de continuo, apunta, la mayor parte de los lugares de los frailes parecen más bien cuevas de ladrones que habitáculos de la gente del Señor <sup>157</sup>.

Se habla también de un clérigo, que siendo muy joven, y robusto, se había dado al servicio de las mujeres más que a las honras del servicio divino, y ejercitándose en tal juego, a muchas pobrecitas del lugar les hacía llevar en la frente la diadema de Aries <sup>158</sup>.

Capítulo especial merecen las ilícitas relaciones entre religiosos. Cuenta así de un obispo que por dinero (el consabido licor de S. Juan Boccadoro), no sólo absuelve a los inculpados de lujuria y les remite el pecado, sino que les da, además, plenaria autoridad para surcar libremente los ya navegados mares o cualquier otro piélago que se les presentara. Ellos, a su vez, como dignos hijos de la obediencia, dieron al obispo los diezmos correspondientes para que de ahí en adelante sus ganancias se multiplicasen. Es común, agrega, la enemistad entre clérigos y laicos. Si alguna religiosa tiene relaciones con un laico, es reputada peor que una judía, y se verá encarcelada y perseguida en todo momento. Los otros, en cambio, se ven favorecidos y honrados con oficios, licencias y grandes prerrogativas.

Se refiere luego a los secretos matrimonios entre religiosos que él más de una vez presenció. En tales casos usan de infinitas artes para prevenir el embarazo que la honestidad veda referir; pero, cuando a pesar de todo acontece, a las infelices criaturas dan muerte sin bautismo y las arrojan a las cloacas. Quien esto quiera saber no tiene más que mirar en ellas para ver de qué son capaces estos nuevos Herodes. Esta es la infernal cohorte que tiene en rapiña a gran parte del cristianismo <sup>159</sup>.

Nueva advertencia en la novela VII donde se habla de la peligrosidad de los clérigos que como domésticos lobos se refugian en el secreto de las alcobas y usurpan el honor junto con la pulpa y los huesos. En Nápoles una situación adversa provocó el éxodo de mucha gente que abandonaba la ciudad. Junto con ella, en gran número, huían los religiosos que “habían renunciado al hambre, al frío y a la fatiga por el amor de Cristo, y como enemigos de toda incomodidad se habían fugado hacia donde podían estar mejor” <sup>160</sup>.

Una alusión a los vicios de la corte romana se tienen en la novela XLIX en la que aparece su fama, según la cual, el sumo pastor y la mayor parte de su concistorio, estaban manchados de soberbia, avaricia, envidia e ilícitas lujurias <sup>161</sup>.

Al cerrar su libro, Masuccio vuelve a mencionar los vicios de los clérigos que en realidad, al no tener ni vida ni costumbres de religiosos no merecen tal nombre. Por el contrario, anota, dado que en el pasado como en el presente han cometido y cometen gran número de maldades, no sólo deben ser unidos como lobos rapaces sino como soldados del gran diablo <sup>162</sup>.

Este conjunto de testimonios sobre la vida lujuriosa del clero que se prolonga, en los ejemplos recogidos, a lo largo de un siglo entero, da cuenta de la profunda decadencia que irá creciendo hacia fines del siglo xv y principios del xvi, hasta preparar el clima de perplejidad y molicie en el que

<sup>157</sup> *Ibid.*, I, pág. 18.

<sup>158</sup> *Ibid.*, V, pág. 64.

<sup>159</sup> *Ibid.*, VI, págs. 76-78; VII, pág. 83.

<sup>160</sup> *Ibid.*, VII, págs. 79-81.

<sup>161</sup> *Ibid.*, XLIX, pág. 434.

<sup>162</sup> *Ibid.*, Epílogo, pág. 452.



fácilmente prenderían, en uno y otro campo, las críticas de Erasmo y Lutero. Esto sin desconocer que tales imputaciones, además de constituirse en documento expresivo de uno de los aspectos negativos de la vida del tiempo, integran el vasto arsenal en que se nutre un anticlericalismo que, entre los italianos, es casi un lugar común.

## II

El segundo gran aspecto de esa casi irremediable caída en las seducciones de lo temporal, está dado por el crecimiento y extensión de la avaricia y la concupiscencia de bienes terrenos.

Esta inclinación ya se observa en el *Novellino*, en el que se ve que las imputaciones no provenían exclusivamente del campo laico. En este caso, es un fraile el que viene a denunciar, indirectamente, el apego de un obispo a las prebendas de su cargo. El prelado, que no tenía buen estómago, veía con cierta envidia, como un fraile comía delicadamente una cebolla. Lamentando su deficiencia, le mandó decir que gustoso le cambiaría el estómago. A esto, el fraile contestó que no dudaba de ello: Le cambiaría sí el estómago, pero no el episcopado <sup>163</sup>.

Más abundantes ejemplos tenemos en Boccaccio. Había en nuestra ciudad, cuenta, un fraile menor, inquisidor de la herejía que, aunque quería pasar por santo, y tierno amante de la fe cristiana, imitando a muchos de sus congéneres, no dejaba de interesarse por todos los que, teniendo la bolsa llena, se hiciesen sospechosos de alguna falta. Sabiendo que un hombre rico, estimulado quizá por el vino, había pronunciado palabras imprudentes contra la religión, se apresuró a formarle proceso para ver si conseguía que le llenase la bolsa de florines. El imputado, temeroso, se valió de intermediarios para ungirle las manos con las gracias de S. Juan [Boccardo], que mucho ayudaban para combatir las enfermedades que provenían de la pestilente avaricia de los clérigos, y en especial la de los frailes menores los que, dice con áspera ironía, no osan tocar dinero. Esperaba así obtener misericordia, y la consiguió porque, tal unción, aunque Galeno no hable de ella, se mostró tan operante y virtuosa que curó completamente al enfermo <sup>164</sup>.

En la novela siguiente se menciona la facilidad con que cualquiera puede hacer blanco en la viciosa y sucia vida de los clérigos que, llenos de hipocresía, dan a los pobres lo que bien podría entregarse a los chanchos <sup>165</sup>.

Más adelante, uno de los narradores dice estar dispuesto a demostrar cuánta sea la hipocresía de los religiosos, los cuales, con paños amplios y largos, y con rostros artificialmente pálidos y voces humildes, piden a otros beneficiarios. En cambio, pronto las levantan y las tornan ásperas cuando se trata de reprochar a los demás los que, en realidad, son sus propios defectos y vicios. Hablan en tales casos con gran seguridad y quieren mostrar que, según su don o negativa, unos se salvan y otros no, como si conquistar el paraíso fuera cosa de ellos y no de cada mortal. Se presentan así como señores de él, y otorgan a los que mueren, uno u otro lugar según la cantidad de dinero que a ellos se deja. Habría que explicar a muchos simples lo que bajo sus capas amplísimas escorden... <sup>166</sup>.

<sup>163</sup> *Il Novellino*, edic. cit., XXXIII, pág. 44.

<sup>164</sup> BOCCACCIO, *Decameron*, edic. cit., I, 6, págs. 92-94.

<sup>165</sup> *Ibid.*, I, 7, pág. 96.

<sup>166</sup> *Ibid.*, IV, 2, pág. 479.



No podría dejar de aparecer aquí la figura de fray Cipolla, pequeño de estatura, con su pelo rojo y rostro agradable que le ayudaba a ser el mayor bribón de cuantos hubiesen existido. A pesar de su ignorancia, era óptimo y rápido charlador al punto que quien no le conocía podía pensar que se las estaba viendo con el mismo Marco Tulio o con Quintiliano <sup>167</sup>.

Los clérigos, ilustra Boccaccio, son en general mucho más avaros que las mujeres y ajenos a toda posible liberalidad. Mientras predicán la paciencia y recomiendan el perdón de las ofensas, están discurriendo siempre la venganza con mucha mayor fogosidad que el resto de los hombres <sup>168</sup>.

El poder del dinero entre los clérigos aparece también en Sacchetti a propósito de otro caso de inquisición en el que, igualmente, el oro sirve para eludir las consecuencias de faltas doctrinarias reales o supuestas <sup>169</sup>.

Ejemplos de avaricia se tienen en todos los grados y categorías. No hay amor entre los hombres, dice, y menos entre los clérigos, porque lo único que cuenta es traer agua para el propio molino. Mediando el dinero, nadie se cura de que la cosa sea honesta o deshonesta <sup>170</sup>. En esto hay acuerdo de obispos, cardenales o simples clérigos, pero en ocasiones se ven burlados por hombres ingeniosos, pagando su avaricia con justicia porque corresponde despojar a quienes con sus ceremonias se visten siempre con lo que quitan a los demás <sup>171</sup>.

El abad de Tolosa ayunaba y llevaba vida morigerada hasta que lo hicieron obispo de París. A partir de ese momento dijo a su proveedor que antes había comido pescados chicos para recoger luego los grandes <sup>172</sup>.

La avaricia es tan grande que dejan que sus casas e iglesias caigan en ruina para no gastar, aunque nunca cejan en pelar a otros ni hacer todo lo que hacen por dinero. Tal es su descaro que no vacilan, como en el caso de un franciscano, en complicar en sus astucias a los propios santos fundadores. Contrajo luego la lepra, y fue éste un justo castigo, anota Sacchetti, porque así pudo verse por fuera lo que en realidad era por dentro <sup>173</sup>.

La ignorancia del clero, motivo dominante en la temática reformista pre-tridentina, aparece también en nuestro autor que alude a su desconocimiento de las mismas palabras de la Misa y que ni siquiera aprecian lo que hacen en el acto de consagración sacramental del cuerpo de Cristo. No les basta tener una sola iglesia que desean dos o tres, siendo ésta una responsabilidad de los prelados que sin mayores recaudos corren a ordenarlos. Todo esto es causado por la avaricia, y tales sacerdotes son los que tienen al Señor entre manos todos los días <sup>174</sup>.

Por todo esto los hombres deben alegrarse cuando ven que se hace burla de un avaro, especialmente si es clérigo, porque entre ellos reina todo vicio de concupiscencia que les lleva a la mentira, al engaño crapuloso y a la misma venta de Dios y de las cosas sagradas. Sería preferible, termina Sacchetti, que los templos se arruinasen antes de albergar a tal raza de gente <sup>175</sup>.

<sup>167</sup> *Ibid.*, VI, 10, pág. 747.

<sup>168</sup> *Ibid.*, X, 2, pág. 1106.

<sup>169</sup> F. SACCHETTI, *Il Trecentonovelle*, edic. cit., XI, pág. 29.

<sup>170</sup> *Ibid.*, CXXVIII, pág. 284.

<sup>171</sup> *Ibid.*, CXXXIV, pág. 298; CLXII, pág. 400.

<sup>172</sup> *Ibid.*, CXLIX, pág. 446.

<sup>173</sup> *Ibid.*, CC, pág. 516; CCIII, pág. 522; CCVII, pág. 535.

<sup>174</sup> *Ibid.*, CCV, pág. 526.

<sup>175</sup> *Ibid.*, CCXII, págs. 551-52.



Más duro aún, si cabe, es Masuccio. A propósito de los frailes habría que decir lo mismo que de los soldados. Sería extraño encontrar en un Capítulo a alguno exento de falta; pero, aunque lo hubiese, y aunque el número de los buenos fuera mayor que el de los malvados, sucede como en el combate en el que un solo vil anularía el esfuerzo de muchos valientes. Así más daño y vergüenza causa un fraile malo que lo que podría resultar de cien buenos. Sería bueno que Dios destruyese pronto el Purgatorio para que, no pudiendo ya vivir de limosnas, se vieran obligados a dedicarse a la zapa <sup>176</sup>.

Como resulta de la novela de fray Jerónimo, se ve que la gente está siempre dispuesta a dar dinero, joyas, perlas, oro y plata, estimulada por súbita caridad ante las palabras y los manejos de un simulador. Con lo obtenido, el fraile se compró luego un obispado, no por simonía sino por inteligencia y procuración, como se dice. A partir de ahí se dedicaría, él y su compañero, a vivir en el ocio y a gozar de la ingenuidad de los hombres. La novela, acota Masuccio, muestra con cuánto arte esos fraudulentos y rapacísimos lobos, se empeñan en usurpar nuestras facultades sin que ninguna providencia humana baste para reparar el mal. La avaricia no resulta aquí innata pasión sino más bien benévola hermana y amiga de cada uno de ellos. Por si esto fuera poco, a cada uno de sus vicios agregan un nombre, inventando un nuevo idioma con extraña lengua para lo que se valen de textos de las Sagradas Escrituras, burlándose, al mismo tiempo, del Crucifijo y de los hombres <sup>177</sup>.

No están libres de esto los confesores, que a su modo practican el precepto de la santa pobreza, absteniéndose de tocar dinero falso y guardándose el bueno, y así de su insaciable gula nunca salen, alegándose para cada ocasión dispensa pontificia para eludir el voto de pobreza. En cuanto al de castidad, ellos mismos todos los días se excusan sin que sea necesaria ninguna autorización papal <sup>178</sup>.

Estos nuevos corsarios van discurriendo por el mundo y siempre con nuevas artes van induciendo a los necios para que les llenen las tripas de florines y los reputen santos <sup>179</sup>.

Coincidiendo con Sacchetti, alude Masuccio a los clérigos que, más allá de sus habituales engaños, se ponen a vender los lugares del paraíso de modo que los ingenuos creen poder comprarlo y todo depende de la cantidad de dinero que tenga el candidato que de acuerdo con su peso, se verá cerca o lejos de la majestad divina. Mediante el oro, no hay vicio que no se redima, y tanto da el malvado que el honesto, el santo que el homicida, porque, para su avara mano, ungida convenientemente, no hay límite alguno. Se ve así que los seculares, aun los más prudentes, se ven engañados por los dclosos trucos de los religiosos <sup>180</sup>.

Nuevamente comparece aquí ese santo singular que es S. Juan Boccadoro, encargado de dar ánimos a un religioso que se mostraba tímido y apocado para hacer un servicio que se le pedía <sup>181</sup>.

La insistencia con que nuestros novelistas subrayan la presencia de estos dos vicios capitales en la vida del clero, nos está indicando un consenso que podríamos confirmar con el recurso a las crónicas del mismo período.

<sup>176</sup> MASUCCIO, *Il Novellino*, edic. cit., II, pág. 28.

<sup>177</sup> *Ibid.*, IV, págs. 60-61.

<sup>178</sup> *Ibid.*, VIII, págs. 97-98.

<sup>179</sup> *Ibid.*, XVIII, pág. 185.

<sup>180</sup> *Ibid.*, X, págs. 107 y 117.

<sup>181</sup> *Ibid.*, XXXIII, pág. 310.



La escasa espiritualidad que fácilmente se deduce y la caída reiterada en las formas más chabacanas de la indignidad vocacional vienen a mostrar que la crisis religiosa del siglo xvi tiene largas y extensas raíces que no alcanzaron a truncar los repetidos y frustrados intentos de reformas. Esto sin dejar de lado que el predominio social y moral del clero, gestado y confirmado durante siglos, no podía menos que provocar un conjunto de abusos, de esos que se originan en el ejercicio de un poder secularmente incontrastado.

### III

A pesar de la insistencia y profusión con que atacan los vicios del clero, nuestros autores no son meros panfletistas. Se ve en ellos el reflejo de una preocupación a la vez social y religiosa que despunta en las reflexiones en torno a la crisis de la sensibilidad y las costumbres. Observaciones que serán comunes a la literatura polémica de fines del siglo xv y principios del xvi, aparecen en el contexto de algunas novelas en las que puede vislumbrarse la insatisfacción por prácticas rutinarias y no pocas veces supersticiosas que nada tienen que ver con la auténtica religiosidad. Se ve en esos pasajes que el habitual jugueteo costumbrista de esta novelística deja paso a una seriedad insospechada para los que se atienen a la superficie de la narración. El registro de una acentuada decadencia se hace, en ocasiones, amargo y la risa parece desvanecerse. En esas circunstancias sube hasta la superficie una actitud moral que cuando va entretejida con la trama irónica y desprejuiciada del episodio audaz queda casi desapercibida, como si estuviera voluntariamente ausente en un mero conjugarse de frivolidades. Por este camino, no siempre obvio, puede penetrarse hasta el núcleo de una temática que lejos de ser, como se supone, mera diversión obscena, se nutre en la coincidencia de una situación social que, lejos de provocar complacencia, apena y entristece. Por eso ni aun para Boccaccio parecen absolutamente válidas algunas conclusiones de la crítica que hace casi exclusivo hincapié en las preocupaciones sociales del autor. Más allá de lo meramente ritual, más allá de las prácticas y costumbres del clero, de usos y abusos, se plantean algunas cuestiones que son específicamente religiosas y que están muy lejos de ser miradas con la indiferencia de un apacible observador<sup>182</sup>. En algunos casos, incluso puede verse casi un desecho de dar con la buena doctrina, de trazar un deslinde entre la opinión vulgar ya rutinaria y lo verdaderamente sustancial de la creencia religiosa.

No creemos que esta cuestión pueda resolverse siempre con criterio estadístico. De ser así, la opinión de los críticos parecería justa en cuanto la abona un mayor número de textos; pero, todo no termina ahí. La tentación del esquema parece inevitable y no pocas veces en él naufraga el sentido crítico.

Una prueba de esto la tenemos en la misma novela de ser Ciappelletto, tan vinculada al juego de la mentalidad de la clase mercantil, y que, no obstante, plantea el problema de la fe y de la gracia con cierta profundidad, distinguiendo entre criterio humano y juicio de Dios.

<sup>182</sup> La indiferencia religiosa de Boccaccio aparece afirmada en G. GETTO, *op. cit.* pág. 28; C. GRABHER, *op. cit.*, pág. 169; L. RUSSO, *op. cit.*, págs. 412-13.



Al comenzar el relato, se plantea Boccaccio el problema de la verdadera naturaleza de la intercesión de los santos. Es cosa manifiesta, escribe, que las cosas temporales son todas transitorias y mortales y que, tanto dentro como fuera de sí, están llenas de preocupación, angustia y fatiga, acechadas por grandes peligros. Nosotros, que estamos mezclados con ellas, y que de ellas formamos parte, no podríamos superarlas si una especial gracia de Dios no nos prestase fuerza y clarividencia. Si ésta descende hasta nosotros no es por especial mérito que tengamos sino por su propia benignidad, movida por las oraciones de aquellos que en vida fueron mortales como nosotros y se esforzaron por hacer su voluntad y ahora con El son beatos en la eternidad. A éstos, nosotros mismos, informados de nuestra debilidad, elegimos como procuradores para que intercedan ante tan gran Juez. Puede acontecer, sin embargo, que por falsa presunción o escasas luces, elijamos como procurador a alguien que fue por su Majestad exilado; pero, en este caso, El atiende a las buenas intenciones del que ruega, excusando su ignorancia y otorgando la gracia como si el falso intercesor tuviera valimiento <sup>183</sup>. Y ese es precisamente el caso de la novela, porque lo que está en discusión es justamente la presunta santidad de ser Ciappelletto, fácilmente aceptada por el pío confesor al que el insigne bribón convenció por medio de las conocidas razones que en el texto se exponen. Ante la necesidad de un juicio concreto, Boccaccio, de acuerdo con lo dicho más arriba, procede con suma cautela. Según el humano juicio, nadie sensatamente podría creer en la santidad de ser Ciappelletto. Con todo, el autor reserva su juicio porque, según acota, si bien su vida fue malvada y criminal, pudo él, en el último extremo, hacer contricción como para que Dios tuviera piedad de él y lo recibiera en su Reino. Todo esto sin embargo, es oculto de tal manera, y se hace prudente Boccaccio, que aquí razono, apunta, según lo que parece, y digo que más bien debiera estar en manos del gran diablo en perdición que en el paraíso <sup>184</sup>.

No siempre, por otra parte, los religiosos aparecen como astutos y avisados bribones. Muchas veces son ellos, por su buen ánimo e ingenuidad, las víctimas de las acechanzas de sus contemporáneos, como se ve en el caso referido en el que el confesor de ser Ciappelletto es un "fraile antiguo, de santa y buena vida" <sup>185</sup>.

Fray Puccio, mencionado más arriba, era un hombre bueno y rico, pero más bien un tanto grueso y tonto que, dado por entero a las prácticas religiosas, entre sermones, pláticas y rosarios, se mortificaba y disciplinaba descuidando a su mujer que, joven y fresca, esperaba otros consuelos <sup>186</sup>.

En estos casos, Boccaccio parece complacerse, como si se tratara de un desquite de las hazañas atribuidas a los religiosos, de modo que cuando alguno de ellos resultaba burlado no ocultaba su alegría. La broma que se hace a un religioso da más satisfacción que la que puede hacerse a un secular porque siendo hombres presuntuosos creen valer y saber más que otros cuando en realidad valen mucho menos, dado que la mayoría por su vileza de ánimo, no pudiendo labrar su utilidad como los demás hombres se refugian donde pueden comer como los cerdos <sup>187</sup>.

<sup>183</sup> BOCCACCIO, *Decameron*, edic. cit., I, 1, págs. 46-47.

<sup>184</sup> *Ibid.*, I, 1, pág. 65.

<sup>185</sup> *Ibid.*, I, 1, pág. 54.

<sup>186</sup> *Ibid.*, III, 4, pág. 350.

<sup>187</sup> *Ibid.*, III, 3, págs. 336-37.



Boccaccio, en función de su experiencia, no cree que la naturaleza humana se altere dentro del claustro. Hay hombres y mujeres, dice, tan necios que creen que cuando a una joven se le pone la blanca venda en la frente y encima la negra cogulla, ella deja de ser mujer y no siente los femeninos apetitos como si al hacerla monja la hubieran tornado de piedra <sup>188</sup>.

En la Conclusión del *Decameron*, Boccaccio se excusa de los copiosos argumentos utilizados contra los frailes. Para que no haya dudas, aclara que no entiende referirse a la Iglesia de cuyas cosas hay que hablar con ánimo y vocablos honestos, sino de historias en las que participan escandalosamente algunos clérigos a la manera de lo que se hace en las escuelas de filosofía, en cuyos jardines y lugares de esparcimiento se cuentan historias divertidas. Además, si los frailes en sus sermones utilizan decires y chanzas para zaherir los vicios de los hombres, él bien podía hacerlo en sus novelas destinadas a alejar la melancolía de las mujeres. Hay que perdonar a los que le atacan llamándole lengua venenosa, dado que los frailes son todos buenas personas que por amor a Dios huyen de los disgustos, y si no fuera que de ellos viene un poco de olor de chivo, su plato sería mucho más agradable <sup>189</sup>.

Como se verá luego en Sacchetti, no deja Boccaccio de ocuparse de los sueños que a todos parecen verdaderos mientras se duerme. Cuando luego se despierta, algunos parecen ciertos, algunos verosímiles y otros despojados de verdad. Como a veces sucede que lo soñado acontece, muchos prestan fe a los sueños como si realmente viesen lo que en ellos sucede y en consecuencia se entristecen o alegran. Otros, en cambio, no creen en ellos y deben luego arrepentirse <sup>190</sup>. Esto es lo que le ocurrió a una mujer que no quiso aceptar la advertencia de su marido que había soñado con su muerte <sup>191</sup>.

Más seria y concienzuda es la preocupación de Sacchetti. Aquí, sin descuidar la ironía que es el ingrediente indispensable en el cuadro de costumbres, el tema de la fe y la superstición pasa al primer plano y hasta podríamos decir que hay en las novelas de Sacchetti como un preanuncio de posteriores postulaciones reformistas.

La raíz del malestar religioso parece asentarse en la poca fe y la ignorancia de los clérigos. Esa caída de la fe se debe al afán por las cosas temporales, a la tenaz persecución de los bienes del cuerpo con detrimento de los intereses del alma. En esta tendencia se hace posible que un clérigo afirme haber ayudado a Dios como si El necesitara del auxilio de un frailecito <sup>192</sup>.

En ocasiones, y dado el clima de lasitud general, la ignorancia parece derivar ventajosas prebendas, como en el caso de aquel fraile, rudo e ignorante, al que el Papa otorgó determinados dones divertido con su necesidad. Lo aparentemente inesperado, si no se tiene en cuenta todo el lamento de Sacchetti, es que precisamente su grosería lo elevase a mayores dignidades. Lo que hay que lamentar aquí, anota el autor, es que el Señor venga a dar en tales manos de gente que revela menor discreción que la de los irracionales <sup>193</sup>. Hablando del auge de la superstición, Sacchetti arremete contra el

<sup>188</sup> *Ibid.*, III, 1, pág. 318.

<sup>189</sup> *Ibid.*, Conclusión, págs. 1239-44.

<sup>190</sup> *Ibid.*, IV, 6, pág. 521.

<sup>191</sup> *Ibid.*, IX, 7, págs. 1069-70.

<sup>192</sup> F. SACCHETTI, *Il Trecentonovelle*, edic. cit., CIII, pág. 233.

<sup>193</sup> *Ibid.*, XXXV, págs. 86-87.



abuso de las reliquias. Un predicador, fray Tadeo, pone en ridículo a las monjas de un convento que pretendían tener un brazo de Sta. Catalina. Estuve, decía el fraile, en el monte Sinaí, y vi que el cuerpo de la santa estaba entero, con sus dos brazos. Claro está que si tuvo tres, éste es el tercero. La fe es buena, acota el autor, y salva a quien la posee; pero, sólo la avaricia es capaz de producir muchos engaños en éste como en otros asuntos y se ve así que multitud de capillas pretenden poseer leche de la Virgen. La fe nos salva, pero quien maquina semejantes cosas pena en esta vida y en la otra <sup>194</sup>.

Ciertas prácticas resultan una burla que se hace a Dios y los santos, porque Dios quiere nuestro corazón y nuestra mente, y no imágenes de cera que resultan de nuestra vanidad. Si esto se meditase se vería que ciertos recursos, que se piensan útiles para el cielo sólo lo son para el infierno <sup>195</sup>.

Ya no estamos aquí frente al mero reflejo social de una situación, se trata de un drama que compromete las conciencias. La vieja fe se ha hecho rutina y superstición, y la práctica formal suple al asentimiento del corazón. ¿Qué cristianos somos nosotros y qué fe es la nuestra?, se pregunta. Damos largamente a Dios las cosas que no nos cuestan como padrenuestros y avemarías y otras oraciones. Nos golpeamos el pecho, nos cubrimos con trapos, espantamos las moscas de los riñones, vamos a las procesiones, fingimos devoción en las misas, en suma, todo lo que es fácil; pero, véase lo que se da a Dios cuando se trata de atender a los pobres: ¡lo peor de nuestras viñas y graneros! ¿Y si se trata de las hijas? Las feas, porque a las bonitas las retenemos. ¡Todo es hipocresía que cubre con su manto a la fe humana! <sup>196</sup>.

Todos los mortales, poderosos y débiles, están deseosos de novedades, y si pudieran, mudarían la señoría del cielo como a menudo mudan la de la tierra. Tenemos santos canonizados y buscamos a los que no lo son. Se abandona la vieja vía por la nueva a instancia de la inventiva de los religiosos que con frecuencia descubren que algún cuerpo enterrado en la iglesia ha hecho milagros, para atraer, no agua en este caso, a sus molinos sino cera y dineros con detrimento de una fe que queda siempre de lado <sup>197</sup>.

El episodio del pintor Bonamico que ridiculiza la efigie de S. Herculano de Perugia es un ejemplo de las reacciones que podía provocar una población demasiado impaciente en la exaltación de su santo patrono <sup>198</sup>.

Otra forma de superstición era la creencia en los sueños y otras fantasías. ¡Qué diferentes son, apunta Sacchetti, las naturalezas de los hombres! Unos creen en augurios y no se acostarían con muertos. Otros lo harían, en cambio, en medio de escorpiones, veneno o suciedad. Unos huyen de los vestidos verdes, otros nada comenzarían en día viernes y así sucesivamente <sup>199</sup>.

Con los sueños sucede lo mismo, y hay hombres y mujeres que les otorgan tanta fe como se podría dar a una cosa cierta ya probada. Unos se guardarán de pasar por un lugar si soñaron que allí algo malo les acontecía. Otro dirá: "soñé que la serpiente me mordía", y si luego rompe una copa, verá en ello la señal del sueño. Otra soñará que se ahogaba, y si durante el día le cae una lámpara, también lo atribuirá al sueño. Otra ve, en el

<sup>194</sup> *Ibid.*, LX, pág. 133.

<sup>195</sup> *Ibid.*, CIX, pág. 244.

<sup>196</sup> *Ibid.*, CXXV, págs. 279-80.

<sup>197</sup> *Ibid.*, CLVII, pág. 377.

<sup>198</sup> *Ibid.*, CLXIX, págs. 417-20.

<sup>199</sup> *Ibid.*, XLVIII, pág. 109.



sueño, que cae en el fuego y si luego sucede que debe litigar con su criada, la culpa siempre la tendrá el sueño como aconteció con aquel que soñó oro y durante el día se encontró cubierto de estiércol <sup>200</sup>.

Muy extendida está la hipocresía. Hay algunos que por deleite hablan de cosas deshonestas, pero son honestísimos. Otros, en cambio, en las palabras y actos se muestran santos pero en los efectos son como diablos <sup>201</sup>.

Igual propósito ejemplificador se ve en Masuccio. Hablando de los religiosos, y de la vida y operaciones de conventuales y observantes, apunta que sin duda estará mejor el cristianismo si no se tiene más religión que la que Cristo dejó en la tierra por medio del glorioso apóstol S. Pedro. Pero ella también está corrompida por la acción de sus ministros y especialmente de los frailes conventuales de los que se debe uno guardar porque en toda su apariencia, vestir y andar parecen decir: "no os fiéis de nosotros" <sup>202</sup>.

A propósito de su poca fe y continuos engaños se hace mención del caso de un fraile que tuvo que dejar sus pantalones en casa de un médico a cuya mujer había seducido. Descubierta la cosa, los otros frailes alegaron que se trataba de las reliquias de S. Grifon y solemnemente los llevaron al convento en procesión. A propósito de esto, comenta Masuccio que los judíos que dieron muerte a Jesús no le hicieron tanto agravio como estos frailes que mezclaron a las cosas sagradas con un par de fétidos pantalones <sup>203</sup>.

Y finalmente no podía faltar una mención de los variados recursos de que se valen los frailes para extraer dinero del prójimo, como así tampoco la referencia al tema de las reliquias bajo cuyo nombre y protección pensaban extraer miles de ducados. Muchos de ellos se convirtieron en grandes prelados a expensas de míseros y necios seculares. Uno fue inquisidor de la herejía, otro colector de la Cruzada, y esto sin mencionar a aquellos que, con bulas verdaderas o falsas, remiten los pecados y según la capacidad monetaria colocan a cada cual en el paraíso llenándose las tripas de florines, aun cuando sus santísimas reglas se lo prohíben <sup>204</sup>.

No podemos pretender, en estos autores que utilizan a la novela como medio de expresión, ningún tratamiento orgánico de las graves cuestiones que constituirán, un siglo después, el motivo central de una nueva apologética; pero, sin duda, aquí y allá, en rápidas pero certeras pinceladas, se encuentran elementos que preparan una crítica más celosa e incisiva. El cansancio provocado por las prácticas rutinarias, vaciadas del fermento de la fe, tema tan grato a Erasmo y a los autores protestantes, está ya aquí en embrión y no habrá más que desarrollarlo.

## LAS MUJERES

### I

Interlocutoras, protagonistas, objeto de chanzas o de ludibrio, la mujer es una constante en la argumentación de nuestros novelistas. Su situación, sin embargo, no depende del libre arbitrio o de la imaginación de los respec-

<sup>200</sup> *Ibid.*, CLXIV, pág. 407.

<sup>201</sup> *Ibid.*, CCXXVI, pág. 587.

<sup>202</sup> MASUCCIO, *Il Novellino*, edic. cit., I, pág. 25.

<sup>203</sup> *Ibid.*, III, págs. 40-51.

<sup>204</sup> *Ibid.* IV., págs. 52-54.



tivos autores. Si aquí nos interesa su presencia es porque, al margen de lo que circunstancialmente se le atribuya, está indicando una situación social en cuyo contexto queda habitualmente mal parada. No podríamos entender el fondo de la cuestión si no recurriéramos a los testimonios que nos hablan de una larga fama cosechada en los siglos anteriores y que, a despecho de la poesía y la leyenda, le otorga un papel negativo cuyas raíces últimas habría que buscar en el drama del paraíso perdido.

Aludiendo a esa tradición, D. Comparetti hace notar que, a pesar “de ciertas purísimas imágenes presentadas por la hagiografía y la leyenda cristiana, a despecho del incienso prodigado al sexo femenino en las novelas, los torneos y las cortes de amor, en ninguna época fue la mujer más torpemente insultada, burlada y despreciada como en el Medioevo, comenzando por los más serios escritos de los teólogos y descendiendo hasta la poesía y el teatro de plaza. Una increíble cantidad de narraciones y anécdotas, a menudo triviales y obscenas, la arrojaban en el fango, y éstas no figuraban sólo en el repertorio de juglares destinado a divertir sino también en el de los predicadores que moralizaban desde el púlpito”<sup>205</sup>.

Para apreciar la exactitud de la observación, y sin ir demasiado lejos, no hay más que recorrer una serie de textos que proceden de los siglos anteriores.

Aunque no se trata de una caracterización demasiado exclusiva, en André Le Chapelain muchas mujeres aparecen como proclives a la falsedad, fingiendo un amor que no sienten, por deseo de bienes, rapacidad o avaricia. Las meretrices no engañan porque su amor y sus servicios tienen un precio; en cambio, las otras, mintiendo el ser nobles y corteses, constriñen a los hombres a languidecer por su amor, y bajo falso velo de afecto, tocándoles con la flecha de su avaricia, gozan en despojarles de todas sus riquezas. Cuando esto han conseguido, y ya nada tienen que obtener, entonces muestran su verdadera y ávida naturaleza<sup>206</sup>.

Para no ser menos, el *Roman de la Rose* trae también una larga tirada sobre la fragilidad, la versatilidad, la coquetería, la impudencia y el descaro de las mujeres. Aparece la casi inevitable referencia a Teofrasto y sus consejos para aquellos que aspiran a casarse. Lo mejor, de acuerdo con el texto clásico es abstenerse de hacerlo porque de todos modos se sufre. Quien se casa con una pobre debe nutrirla, vestirla y calzarla. Si cree que se libra al casarse con una rica, debe sufrir su arrogancia y su orgullo. Si es bella todos la persiguen, se arriesgan y se empeñan en servirla, rodearla y accharla. Demás está decir que finalmente la consiguen porque una torre asediada con tan variados recursos, raramente evita el ser tomada. Hubo en otros tiempos una Penélope y una Lucrecia, pero ya no las hay. Valerio afirma que las honestas mujeres abundan como el Fénix; pero, a mí me parece, dice el autor, que la comparación es demasiado halagadora porque en realidad hay menos que cuervos blancos. No falta tampoco la tradicional referencia que da Heloísa para no querer casarse con Abelardo, es decir, la incompatibilidad que existe entre el estado conyugal y la vocación intelectual<sup>207</sup>.

<sup>205</sup> D. COMPARETTI, *Virgilio nel Medioevo*, Firenze, La Nuova Italia, 1946, II, página 107.

<sup>206</sup> ANDREA CAPELLANO, *Trattato D'Amore*, a cura di S. Battaglia, Roma, Perella, 1947, págs. 259 ss.

<sup>207</sup> GUILLAUME DE LORRIS et JEAN DE MEUN, *Le Roman de la Rose*, mis en français moderne par André Mary, Paris, Gallimard, 1949, págs. 150 ss.



No menos contundente es Jacopone de Todi. Compara a la mujer con el basilisco; pero, mientras éste sólo mata al cuerpo con su terrible mirada, la mujer mata al alma y la pierde, como aconteció a muchos en el presente siglo. Si una mujer es pálida se pone colorete, si es bruna se blanquea con ciertas lociones o se adornan con trenzas para engañar a los hombres que entontecen por ellas. Usan depilatorios y ungüentos y se valen de mil trucos. Ni siquiera vale atarle las manos, porque, en ese caso, se valdrán de la lengua <sup>208</sup>.

Tampoco Brenetto Latini deja de participar en este torneo antifemenino. Por ellas, escribe, los hombres pierden el sentido y ya nada valen, como le aconteció a Adam a causa de cuya debilidad toda la humana generación está en peligro y estará siempre. Lo mismo puede testificar David que, a causa de Betsabé, cometió homicidio y adulterio, y su hijo Salomón, que adoró a los ídolos y falseó su fe por el amor de una Idumea. El incauto Sansón trasmitió a su amiga el secreto de su fuerza, y así perdió los cabellos y junto con ellos el vigor y la vida. Todos conocen el triste destino de Troya y lo que aconteció a otros príncipes de tantas tierras, destruidos por un falso amor. Ni siquiera escapó de esto Aristóteles, el gran filósofo, ni el mago Merlín, engañados ambos por mujeres, según cuentan las historias <sup>209</sup>.

Más concreto, pero no menos incisivo es Cecco d'Ascoli en los versos de su *Acerba*:

La mujer tiene menos fe que una fiera,  
Raíz, ramo y fruto de todo mal,  
Soberbia, avara, necia, loca y austera,  
Veneno que emponzoña al corazón dentro del cuerpo,  
Vía inicua de la puerta infernal;  
Supera al escorpión en sus espinas.

Dulce tóxico, pútrida sentina,  
Arma de Satanás y su flagelo,  
Pronta en el mal, pérfida, asesina,  
Lujuriosa, maligna, muelle y vaga,  
Conduce al hombre a látigo y cabello;  
Gloria vana e insaciable plaga.  
Queriendo investigar todas sus vías,  
Temo ofender la cortesía... <sup>210</sup>

Otros ejemplos poéticos aduce también Comparetti. Se trata, en este caso, de textos de procedencia francesa tomados de un manuscrito de Berna:

Por mujer Adam cayó	Hipócrates fue enervado,
Y Virgilio fue burlado,	Sansón, el fuerte, deshonorado;
David juzgó falsamente,	Mujer superó a Aristóteles
Y Salomón en falso testó;	Y nada hay que mujer no arruine.

<sup>208</sup> JACOPONE DA TODI, *Comment l'ornement des Femmes est dommageable*, en *Quelques Poesies*, transcriptes de l'ombrien par le Docteur Pierre Barbet, Paris, Desclée de Brouwer et Cie, 1935, págs. 97-102.

<sup>209</sup> BRUNETTO LATINI, *Il Tesoro*, volgarizato da Bono Giamboni, Venezia, 1839, VII, 58.

<sup>210</sup> CECCO D'ASCOLI, *L'Acerba*, Ascoli Piseno, G. Cesari, 1927, IV, 9, págs. 382-83.



El mismo espíritu se advierte en Eugenio Deschamps, en el siglo XIV, cuando recuerda los casos de Sansón, de Hércules, del rey David y Merlín, así como el de Virgilio. No hay cosa, acota, que la mujer no consuma. Bertrando Desmoulins en su *Rosier des Dames*, menciona los casos de Sansón y Dalila, de Hércules y Dejanira, y también el de Virgilio<sup>211</sup>. Todas estas observaciones peyorativas componen un cuadro genérico. La mujer, de acuerdo con la larga tradición apuntada, es un tipo, el de la eterna tentadora que repite en cada circunstancia generacional el gesto de Eva. En nuestros escritores, en cambio, si bien no podríamos decir que se despojan completamente del contexto habitual, se presentan situaciones concretas dentro de una sociedad que cambia y que ya, poco tiempo antes, había provocado el nostálgico recuerdo de Dante.

A pesar del mantenimiento de ciertas características del esquema clásico, hay algo evidente: la situación social de la mujer se presenta bajo otra luz. El mismo Dante nos trae desde las recoletas matronas que hilaban en la rueca hasta las nuevas mujeres florentinas que no desdeñaban los afeites ni las modas audaces que les permitían lucir, sin retaceos, los atributos de la femineidad. Sus versos son como el inicio de un crescendo que se va prolongando a lo largo del siglo en detrimento de la vieja austeridad que se cultivaba en las viejas casonas de otros tiempos.

Ahora, cada vez más plenamente partícipes de la humana comedia que se representa en las plazas y los salones, las mujeres, sin dejar de ser todas ellas la Eva eterna, se burlan de las reglamentaciones suntuarias y complican la vida de los maridos ya con arrestos de Jantipas, ya con las artes de Aspasia. Un paso apenas, podría decirse; pero, en todo caso, un paso decisivo porque a partir de ese momento no abandonará el centro de la vida social, ya fuera como administradora, en regencias forzosas de maridos ausentes, ya como poetisa o cortesana, ya como inspiradora de reformas espirituales o como núcleo de cenáculos cultos y preocupados.

Aun en sus aspectos negativos, la mujer que aparece en la novelística que aquí nos ocupa es la misma que tomará un lugar definitivo en el quehacer social de la modernidad<sup>212</sup>.

## II

Siguiendo la curva cronológica, en el *Novellino* priman aún decisivamente los aspectos tradicionales de la inconstancia, la vanidad, la tozudez y la mala fe.

En uno de los relatos se habla de un caballero, Guillermo de Burgundia, que ofende con sus dichos a las mujeres de Provenza. Aprisionado por éstas, que le quieren dar muerte, escapa con un subterfugio. Acata su suerte, pero pide, como gracia, que la más tonta le golpee primero. Ante esta eventualidad, todas se miran pero ninguna se atreve a comenzar de modo que el imputado se libra<sup>213</sup>.

Otra novela se remite a la superficialidad e inconstancia del afecto femenino. Un caballero está guardando, bajo severa pena, a un ahorcado según órdenes del Emperador. En un momento de distracción, provocado por el

<sup>211</sup> D. COMPARETTI, *op. cit.*, II, págs. 109-10.

<sup>212</sup> Interesantes observaciones en L. RUSSO, *op. cit.*, págs. 467-76.

<sup>213</sup> *Il Novellino*, edic. cit., XXXVI, págs. 46-47.



cansancio, se lo quitan. Desconsolado, mientras piensa en el castigo que le aguarda, encuentra a una mujer que llora por la reciente muerte de su marido. El caballero, comedido, le cuenta su desventura y le ofrece matrimonio. La mujer acepta, y para reparar el daño, no vacila en extraer al difunto de su tumba para colgarlo en lugar del desaparecido. El caballero, atento a lo que va ocurriendo ante sus ojos, y viendo con qué facilidad la mujer había olvidado al marido que antes lloraba, le reprocha su inconstancia y se va dejándola burlada <sup>214</sup>.

En la novela C, la mujer es pintada como modelo de insatisfacción, tenacidad y embrollo. Es frecuente, se dice ahí, que las mujeres odien aquello que aman sus maridos. Por naturaleza la mujer nunca hace bien a quien le ama u honra. De ella nunca me puedo fiar, decía un marido, ni en casa ni fuera de ella, ni en la mesa ni en el lecho. Cuando creo estar alegre ella me mueve disturbios, me atormenta, me grita, me ataca, debate y molesta. Cuando yo quiero algo, ella no lo quiere, y aun cuando en lugar de comba-tirme me estimula, yo debo desconfiar porque, en verdad, es mi peor y mortal enemigo.

Por este ejemplo vemos, comenta el autor, que la mujer cuando está airada o preocupada, no tiene ningún temor a obrar mal y no siente ni el pecado ni la vergüenza. Todo mal la atrae, y lo único que parece importante, es que sea siempre muy grande y malvado <sup>215</sup>.

Con Boccaccio nos introducimos en una atmósfera más amable y al mismo tiempo más compleja. Los hombres suelen pecar en varias cosas deseando a las mujeres; pero, ellas pecan en gran medida en una sola que es el deseo de aparecer bellas y como si no bastaran los dones concedidos por la naturaleza, ellas con arte maravilloso se ingenian para aumentarlos <sup>216</sup>.

Según cuenta Boccaccio en la Introducción de la cuarta jornada, parece que muchos, desde distintos ángulos, le han reprochado sus preferencias por el mundo femenino, alegando que no era cosa honesta que tanto se ocupara en alabarlas y consolarlas. Unos dijeron que su edad ya no era la más adecuada para esos escarceos; otros, cuidadosos de la fama del escritor, manifestaron que más sabiamente procedería si se mantuviera con las Musas en el Parnaso, en lugar de chancearse con ellas. No faltaron quienes, un tanto despectivamente, alegaron que haría mejor en pensar dónde está el pan en lugar de ir detrás de necesidades alimentándose de viento.

No niega el autor su debilidad por las mujeres, y el empeño que pone en gustarles, no sólo porque conoció el deleite de su compañía y trato (amorosos besos y placenteros abrazos) sino también por haber visto de continuo las ornadas costumbres, la belleza y la señorial honestidad de que hacen gala. Por otra parte, se siente en buena compañía y no reputará nunca como vergüenza que al fin de su vida se complazca en aquellas cosas a las que Guido Cavalcanti, Dante Aleghieri y Cino da Pistoia, ya viejos, se atenían con honor y complacencia. Y si hubiera de estar con las Musas en el Parnaso no por ello tendría menos deleite porque las Musas son mujeres y éstas, a su vez, tienen aspecto de Musas. Por lo demás, en esto no hacía sino seguir la ley de la naturaleza a la que no se puede contrastar más que con grandes fuerzas y aun así, no pocas veces en vano, con daño para quien lo intenta. Es conveniente pues que callen los críticos, porque si ellos no

<sup>214</sup> *Ibid.*, XLVIII, págs. 52-55.

<sup>215</sup> *Ibid.*, C, págs. 111-15.

<sup>216</sup> Boccaccio, *Decameron*, edic. cit., II,7, pág. 219.



se pueden inflamar con la fuerza del amor, deben dejar, por lo menos, que otros gocen de él en esta tan breve vida <sup>217</sup>.

Como puede verse, el cuadro es un poco distinto. La mujer, lejos de ser una acechancia perturbadora, falaz e intrigante, aparece aquí como un don apetecible de aquellos que en sumo grado endulzan la vida.

A pesar de esto, vuelve a veces el autor a los conceptos tradicionales. Según el orden de las cosas, que aquí parece indicar la tradición social, apunta Boccaccio, se conocerá que la universal multitud de mujeres, por naturaleza, leyes y costumbres, están a los hombres sometidas y conviene que por su discreción sean gobernadas. Así aquella que quiere tener consuelo, quietud y reposo con los hombres a que pertenece, debe ser humilde, paciente y obediente además de honesta. Quien así no lo hiciera, no sólo sería digna de reprensión sino de áspero castigo. A propósito de esto recuerda un dicho que luego aceptará, corrigiéndolo, también Sacchetti: "Buen caballo y mal caballo requiere espuela, y buena mujer y mala mujer requiere bastón" <sup>218</sup>.

En otro lugar se opone la firmeza del hombre a la debilidad y volubilidad de la mujer. El hombre aparece como el más noble animal creado por Dios entre los mortales. Vendría luego la mujer; pero el hombre, como generalmente se cree y se ve por las obras, es más perfecto y teniendo más perfección tiene también más firmeza mientras que las mujeres son más versátiles. Así, si el hombre, a pesar de esto, condesciende no una sino mil veces por día ante las solicitudes de la mujer, qué se puede esperar de ésta que siendo más endeble es desde ya más débil ante los ruegos y halagos, dones y otros mil modos que usará un hombre sabio que la ame. A propósito de esto, dice Boccaccio que sólo es casta la mujer que nunca fue rogada o la que rogando no fue escuchada <sup>219</sup>.

En las lides del amor la capacidad de las mujeres es muy superior a la de los hombres. Una mujer cansaría a muchos hombres allí donde muchos hombres no cansarían a una mujer, porque la naturaleza lo dispuso de ese modo. Los hombres que son buenos para mil cosas no son buenos para ésta. Un gallo basta para diez gallinas, pero diez hombres no satisfacen a una mujer <sup>220</sup>.

Finalmente tenemos una concesión a la mala fama de las mujeres. Como vosotros sabéis, dice Calandrino, las mujeres hacen perder virtud a cualquier cosa <sup>221</sup>.

Con Sacchetti parecen volver los valores tradicionales aunque algunas observaciones permiten formular distingos que complican el cuadro habitual. Vemos, en primer término, una alusión al ingenio de la malicia femenina en relación con el conflicto que en Italia separa a Guelfos y Gibelinos.

Su intelecto es mucho más agudo y presto a decir y hacer el mal que el de los hombres, y son, además, mucho más parciales que ellos. A causa de esta disposición descendió tanto mal en el mundo, y muchos otros descenderán si Dios, en su providencia, no dispone a los ánimos para que vean lo mejor que puedan <sup>222</sup>.

<sup>217</sup> *Ibid.*, IV, *Introducción*, págs. 450-51; 54-56; 57-60.

<sup>218</sup> *Ibid.*, IX, 9, págs. 1080-82.

<sup>219</sup> *Ibid.*, II, 9, págs. 279-80.

<sup>220</sup> *Ibid.*, V, 10, pág. 683; VI, 7, pág. 734; III, 1, pág. 326.

<sup>221</sup> *Ibid.*, VIII, 3, pág. 904.

<sup>222</sup> F. SACCHETTI, *Il Trecentonovelle*, edic. cit., CLXXIX, págs. 446-47.



En otro texto tenemos una nueva referencia a la astucia femenina. No sólo superan habitualmente a los hombres sino que parece que el Amor pone en ellas nuevos ingenios y malicias <sup>223</sup>.

Cosa frágil y pasajera es el dolor de las mujeres. Nada pasa y se olvida mejor que la muerte. La mujer que más se golpea con el llanto y el lamento, es la criatura que más pronto olvida. Se cuenta así de una que, apenas enterrado el marido, ya pensaba tener otro <sup>224</sup>.

Coincide con Boccaccio acerca de lo dicho en torno al trato severo que requieren las mujeres, de ahí que la mujer será buena o mala según se comporte su marido. La mujer, aunque aclara que no todas, requiere garrote para cambiar de costumbres <sup>225</sup>.

La vanidad es la más grande acechanza que sufren las mujeres y esto hace que ellas se engañen mucho acerca de sí mismas. Cuanto más sosa se ve una en el espejo, menos se reconoce, y con nuevas artes se ingenia para aparecer mejor, no dejando en paz ni el rostro ni miembro alguno de los creados por Dios. Ninguna piensa que aun la más bella en poco tiempo como una flor desmerece y se seca con la vejez <sup>226</sup>.

Las mujeres florentinas, especialmente, se destacan por su arte pictórico y por su capacidad para corregir a la naturaleza. ¿Hubo acaso alguna vez un pintor que sobre el negro o del negro hiciera blanco, sino éstas? Su habilidad correctora y modificadora es muy grande y al respecto es útil recordar que ni los Romanos pudieron doblegar a sus mujeres <sup>227</sup>.

Respecto de ellos trae Sacchetti una novela acerca de uno que, leyendo a Tito Livio, se enardeció porque las mujeres romanas pidieron la derogación de un decreto sobre el uso de ornamentos. No pudo con su indignación cuando leyó que las mujeres corrieron al Capitolio a pedir que la disposición fuera desechada. Tal era su enojo, siendo persona un tanto atrabiliaria y curiosa, que las apostrofaba como si las tuviera delante. Pensando en esas desfachatadas, hubiera querido no estar en el mundo, y las tildaba de ramerías y dolorosas, y no se consolaba de que hubieran corrido al Capitolio para conseguir sus propósitos <sup>228</sup>.

En otro extenso texto se refiere Sacchetti a los usos que cambian con el afán de novedades y las modas extrañas. La nueva moda femenina hace estragos en Florencia: En una ocasión los escotes bajan exageradamente, en otra suben hasta las orejas. Todo el mundo parece hoy enloquecido, escribe, y no sólo los Florentinos sino también los Genoveses, los Venecianos, los Catalanes y toda la Cristiandad. Las mujeres y las jovencitas se dan a todos los deleites de la moda y sus veleidades, y llevan mangas de tal ancho que más bien parecen sacos. De algo me alegro, comenta, y es que todos han comenzado a encadenarse desde los pies a la cabeza. El ansia de novedades no escatima tampoco a los hombres; pero, como siempre, las que se llevan la palma son las mujeres <sup>229</sup>.

En Masuccio encontramos la habitual aspereza e inclemencia. El sexo femenino, junto con el pecado original, ha adquirido la innata pasión de poner todo su honor y fama en ser amado, deseado y en su belleza exal-

<sup>223</sup> *Ibid.*, CCVI, pág. 531.

<sup>224</sup> *Ibid.*, XLVII, pág. 104.

<sup>225</sup> *Ibid.*, LXXXV, pág. 194; LXXXVI, pág. 198.

<sup>226</sup> *Ibid.*, XCIX, pág. 223.

<sup>227</sup> *Ibid.*, CXXXVI, págs. 301-02; CXXXVII, págs. 303 y 305.

<sup>228</sup> *Ibid.*, LXVI, págs. 145-46.

<sup>229</sup> *Ibid.*, CLXXVIII, págs. 444-46.



tado. Si bien se mira, prefieren ser consideradas bellas y viciosas que virtuosas y feas <sup>230</sup>.

La naturaleza femenina no parece encontrar aquí redención. Son fieras venenosas que saben, cuando la necesidad las constriñe, usar mil argumentos y recursos para llevar a cabo sus propósitos. Su mayor inclinación es la lascivia <sup>231</sup>.

Habla así, en otro lugar, de una mujer, esposa de un caballero que estaba colmada de todas las atenciones y servicios, lo cual no le impidió, seducida por la lascivia, poner sus ojos en un horrible enano que servía en su casa, y sin detenerse en ninguna consideración, con él se ayuntó como correspondía a su depravado linaje <sup>232</sup>.

Insiste con frecuencia en las naturales y depravadas costumbres del sexo femenino <sup>233</sup>. En la Introducción a la tercera parte, vuelve Masuccio a insistir en la buena compañía, según dice, de Juvenal y Boccaccio, para herir, sin que se canse su fatigada pluma, "al pútrido, villano e imperfectísimo sexo muliebre" <sup>234</sup>.

La mayor parte de las mujeres son incontinentes, sin fe, empacadas, vengativas, llenas de sospecha, con poco amor y caridad. La envidia, su máxima pasión, ocupa el centro de su corazón. En ellas no hay razón alguna y siempre eligen el peor camino llevadas por su liviano cerebro. ¿Acaso no se les ha visto, pregunta Masuccio, amadas por hombres valientes a los que, sin embargo, despreciaron para seguir como lobos libidinosos al más vil patán lleno de todas las maldades? <sup>235</sup>.

También aquí se vuelve a mencionar la proverbial debilidad y versatilidad femenina. Se habla de una mujer que, como todas sus congéneres, estaba fundida en el mismo metal endeble y que, solicitada, con toda su virtud y honestidad, se indujo a amar al que tanto le insistía. El femenino es un sexo defectivo e imperfectísimo con innatas miserias, traiciones y maldades <sup>236</sup>.

Como se ve, salvo en Boccaccio, el juicio no es favorable; pero, al mismo tiempo, las invectivas suenan demasiado violentas. No estamos aquí frente al reconocimiento de algo inevitable como es la carga pecaminosa de la eterna Eva que domina incluso a reyes y filósofos, sino más bien frente a mujeres entremetidas y emprendedoras que vienen a complicar el pacífico usufructo de la superioridad masculina. Las recatadas y virtuosas hilanderas de la rueca y el huso han hecho irrupción en la vía pública. Su afán de novedades y su desenfrenado deseo de estar a la moda exponen el tono de una nueva sociedad en perpetuo movimiento y cambio. Una sociedad en la que el ir y venir de las clases, del éxito y de la fortuna, denuncia una inestabilidad creadora liberada, definitivamente, del cuadro quieto y conservador de los viejos tiempos.

<sup>230</sup> MASUCCIO, *Il Novellino*, edic. cit., I, pág. 16.

<sup>231</sup> *Ibid.*, XXIII, págs. 235 y 237.

<sup>232</sup> *Ibid.*, XXVIII, págs. 265 ss.

<sup>233</sup> *Ibid.*, L, pág. 445.

<sup>234</sup> *Ibid.*, IIIa. parte, *Introducción*, págs. 207-08; XXI, pág. 211.

<sup>235</sup> *Ibid.*, XXI, pág. 214.

<sup>236</sup> *Ibid.*, XV, pág. 165; XX, pág. 205.



## CIUDADES Y COSTUMBRES

Entramos ahora en el conjunto de los que podríamos considerar temas menores en el testimonio de nuestros autores. En tan celosos observadores de las costumbres de su tiempo, no podían faltar referencias a la vida de las ciudades y a las actitudes y famas de propios y extraños.

En el *Novellino* encontramos una referencia a la ciudad de Bologna que nos está indicando la presencia de ordenamientos jurídicos que serían luego rebasados por el tiempo. Una vez más estos relatos se constituyen en el puente entre el pasado y el presente del período que nos interesa. Se cuenta allí el caso de un padre que por pobreza se alejó de su tierra y al volver encontró que sus hijos se habían enriquecido. Al conocer esto se presentó ante la Comuna para hacer valer una ley local según la cual el padre se convertía en señor de los bienes de sus hijos <sup>237</sup>.

Más amplias son las referencias de Boccaccio a partir de las observaciones sobre la peste de 1348 que llega a Florencia, “mucho más noble que cualquier ciudad italiana”. Acerca de la causa de la peste, Boccaccio no elige entre diversas posibilidades: o la operación de los cuerpos superiores, o el castigo justamente enviado por Dios por las inicuas obras de los hombres <sup>238</sup>.

Encontramos luego una noticia sobre la rivalidad de Alemanes y Franceses, luego que el imperio de Roma, según dice, fue traspuesto de los segundos a los primeros. A partir de esa circunstancia, nació entre ambas naciones gran enemistad concretada en continua y acerba guerra ya fuera con la excusa de ofensa o de defensa <sup>239</sup>.

Las costumbres de Brescia son traídas a colación en otra novela. Se trata de prácticas funerarias y se ve allí que la gente distinguida era llevada a la sepultura en hombros de los ciudadanos más nobles. Este uso tenía también vigencia florentina <sup>240</sup>. A pesar de ser Florencia tan noble ciudad, a menudo traía rectores procedentes de la región de las Marcas que no estaban a la altura de su fama porque eran hombres de pobre corazón y vida miserable que sólo actuaban piojerías. Por otra parte, su innata miseria despertaba la avaricia y el deseo de ganancia, y traían consigo a jueces y notarios que más parecían educados para el arado o la lezna que provenientes de la escuela de leyes <sup>241</sup>.

Respecto de Venecia trae opuestas apreciaciones: Por un lado le parece el receptáculo de toda posible fealdad, mientras que por el otro, recuerda la fama de las riquezas de su Dux <sup>242</sup>.

Alude luego Boccaccio a la tradicional cobardía de los griegos que nos remite a las consecuencias de una larga polémica, anterior y posterior al Cisma de Oriente. El protagonista de la novela conocía la costumbre de los griegos, muy dados a avanzar rumores y amenazas siempre que no encontraran quien les respondiera. En este caso, no sólo se tornaban humildes

<sup>237</sup> *Il Novellino*, edic. cit., XLIII, págs. 50-51.

<sup>238</sup> BOCCACCIO, *Decameron*, edic. cit., *Introducción*, págs. 12-13.

<sup>239</sup> *Ibid.*, II, 8, págs. 251-52.

<sup>240</sup> *Ibid.*, I, 6, pág. 530.

<sup>241</sup> *Ibid.*, VIII, 5, págs. 914-15.

<sup>242</sup> *Ibid.*, IV, 2, pág. 480; VIII, 9, pág. 976. A propósito de esta afirmación, V. Branca dice que ya en el 300 era común “el blasón de la corrupción veneciana”, edic. cit., pág. 480, nota 3.



sino que obraban como viles. Viene una consecuente referencia sobre la respectiva nobleza de Atenienses y Romanos. Si se disputara de la gloria de ambas ciudades, dice el protagonista, yo diré que soy de ciudad libre y él de tributaria. Yo de ciudad que es dueña del mundo, y él de ciudad obediente a la mía. Yo de ciudad floridísima en armas, imperio y estudios, él de ciudad que sólo se destaca en lo último <sup>243</sup>.

En Sacchetti encontramos una curiosa referencia a Genoveses, Venecianos y Florentinos. Un fraile ermitaño predicaba en Génova con motivo de la guerra que la ciudad sostenía con Venecia. Vosotros Genoveses, decía, tenéis la naturaleza del asno. Cuando éstos se juntan, y alguno golpea a uno de ellos, los otros huyen en diversas direcciones. Los Venecianos, en cambio, tienen la naturaleza del cerdo. Cuando se juntan y uno es golpeado, todos juntos cargan contra el agresor. En vista de esto, y para que les fuera mejor en la guerra, exhorta a los Genoveses a hacer lo mismo. A propósito de hazañas militares, un florentino comentó que los Genoveses eran los mejores guerreros y los hombres más valientes. Ellos, en cambio, sólo servían para el arte de la lana y la mercancía <sup>244</sup>. Alude luego a las costumbres nupciales de Génova, según las cuales, el matrimonio no se podía consumir sino en el cuarto día de las fiestas <sup>245</sup>.

Otro testimonio da cuenta de las sectas que afectaban la vida de muchas ciudades italianas. Un capitán florentino que fue a S. Miniato aprovechó la circunstancia para llenarse la bolsa y volver lleno de honra, dejándoles a ellos sus disensiones que sólo podían traer ruina y destrucción como se ve, abundantemente, en ejemplos antiguos y modernos <sup>246</sup>.

Según refiere Masuccio, los Catalanes no gozaban en Italia de buena fama. En Salerno, ciudad en la que se congregaban mercaderes provenientes de diversas naciones, se encontraba un catalán, Pedro Genefra, que según la costumbre traficaba por tierra y mar. A propósito de él se advirtió a un tal Cosme que se guardase de tratar y practicar con Catalanes <sup>247</sup>.

El Studio de Bologna tenía antigua y celebradísima fama en toda Europa. Esto explicaba que un nobilísimo legista castellano deliberara ir a esa ciudad para obtener su doctorado en leyes <sup>248</sup>.

Todas, como se ve, referencias al pasar, pero indicadoras de una fama y un espíritu en una Italia dividida por feroces antagonismos locales; pero, también preocupada por la presencia actual o potencial de extranjeros a los que en gran medida se miraba como enemigos.

## PERSONAJES

El valor, el ingenio, la astucia, la generosidad, el arte o la magnanimidad de algunos personajes famosos en las crónicas del tiempo aparecen también en la trama de algunos relatos. Se trata, en sustancia, de la historia de las famas, y aquí interesa porque si se recoge, es que expresa un cierto contexto, una suerte de opinión generalizada cuya permanencia es en ocasiones más tenaz que la de las verdades asertadas objetivamente.

<sup>243</sup> *Ibid.*, X, 8, págs. 1176 y 79.

<sup>244</sup> F. SACCHETTI, *Il Trecentonovelle*, edic. cit., LXXI, págs. 157-58.

<sup>245</sup> *Ibid.*, CLIV, págs. 363-66.

<sup>246</sup> *Ibid.*, CLVIII, pág. 381.

<sup>247</sup> MASUCCIO, *Il Novellino*, edic. cit., XL, págs. 357-58.

<sup>248</sup> *Ibid.*, XLV, pág. 401.



Estos casos abundan en el *Novellino*. Se habla así del Emperador Federico I, que fue un nobilísimo señor hasta el que venían, desde los más diversos lugares, todos aquellos que alegaban alguna capacidad, para obtener sus dones. Sin distinción llegaban ejecutantes, trovadores, narradores, artistas, esgrimistas y personas de diversa calidad.

En otra ocasión no se trata de probar la generosidad del monarca sino su equidad y sabiduría. Interrogados dos sabios acerca de los poderes del soberano, uno contestó que podía hacer lo que le placiese; el otro, más cauto, dijo que debía ajustar su cometido a la ley. De acuerdo con el tenor de las respuestas, el Emperador obsequió a ambos. Otra vez Federico I apostrofó a un caballero que creyendo morir gastó toda su fortuna. En lugar de compadecerse, el rey lo reconvino ásperamente por su avaricia. Tú, le dijo, no querías que después de ti otro gozara de tus bienes <sup>249</sup>.

Otra vez el que entra en danza es Federico II. El Præste Juan, conocedor de su fama, y sabiendo que aquel noble y poderoso Emperador era espejo del mundo en sabiduría, palabras y costumbres, quiso saber si era tan sabio en los hechos como en las palabras. El Emperador, que se distinguía por su delicado discurrir y sus sabias respuestas, fracasó ante la prueba de la acción porque no supo distinguir la virtud de una de las piedras que el príncipe oriental le había enviado <sup>250</sup>.

También figura aquí Marco Lombardo, el célebre personaje mencionado por Dante en el canto XVI del Purgatorio. Se alaba su sagacidad y sus mordientes respuestas. Se le presenta, en una Navidad, dirigiéndose hasta una ciudad en la que regalaban ropa, pero no obtuvo nada. Otro indigente que le vio le preguntó cómo podía ser que un personaje de mayor valer que él nada hubiera conseguido. La respuesta no tardó en llegar: La razón es, contestó, que tú encontraste más de los tuyos que yo de los míos.

Otra vez, un orgulloso pedigüeño le interrogó acerca de por qué, siendo él pobre desdeñaba pedir y si no le hubiera ido mejor haciéndolo y ya rico no necesitar de nadie. Luego de mirar en torno, Marco le contestó: Ahora que estamos solos, ¿cómo has hecho tú? El otro no pudo menos que reconocer que de ese modo había procedido, pero que igual era pobre. En ese caso, replicó Marco, ténmelo secreto tú a mí y yo a ti <sup>251</sup>.

No podía faltar Ezzelino da Romano el terrible señor de Treviso que aparece aquí en una antología de sus vicios y arbitrariedades. El primer ejemplo estaba destinado a mostrar su conocimiento de la naturaleza humana y del egoísmo de la gente. Un día hizo publicar un bando en el que anunció que daría de comer y vestir a todos los pobres. En la fecha indicada entregó ropa nueva y dio de comer, pero exigió, en cambio, quedarse con los vestidos viejos que hizo reunir y quemar. Disipado el fuego, halló entre las cenizas gran cantidad de oro y plata que la gente ocultaba entre sus ropas y con lo obtenido se resarcía ampliamente de su fingida generosidad.

Notorio ejemplo de arbitrariedad fue la condena de un pobre ollero al que Ezzelino, por un juego de palabras confundió con un ladrón. El juez, advertido de la confusión, quiso aclarar, pero Ezzelino que estaba en la sala, y por tres veces había dicho que lo colgaran, exigió que la sentencia

<sup>249</sup> *Il Novellino*, edic. cit., XVII, págs. 31-32; XX, págs. 34-35; XXV, págs. 38-39.

<sup>250</sup> *Ibid.*, I, págs. 14-16. Se trataba posiblemente de la "elitropia" que, según la opinión de la época tenía la virtud de ocultar a las personas que la poseyeran. BOCCACCIO, *Decameron*, VIII, 3.

<sup>251</sup> *Ibid.*, XXXVIII, pág. 48; XLVI, pág. 53.



fuera cumplida sin más. En otro de los relatos se recuerda el triste fin de Ezzelino <sup>252</sup>.

Finalmente encontramos dos referencias al díscolo e intrigante poeta Bertran de Born, que había aconsejado al hijo de Enrique II de Inglaterra sublevarse contra su padre. Solía jactarse el inquieto bardo que nadie tenía más criterio que él. Muerto el príncipe, el poeta cayó en manos del rey que le preguntó en qué había parado su criterio. Dolorido, pero al mismo tiempo sagaz, Bertran de Born contestó que todo se le había ido junto con la vida del príncipe. Al oír esto, el rey compadecido le perdonó <sup>253</sup>.

Trae Boccaccio el recuerdo de Guido Cavalcanti al que define como uno de los mejores lógicos (filósofo especulativo) que el mundo tuviera, además de ser óptimo filósofo natural. Fue además, hombre muy grácil y de gran facundia que superaba en gentileza y en obras a cualquiera que se le enfrentara. Siendo, por otra parte, hombre muy rico sabía honrar al que lo mereciera <sup>254</sup>.

No elude F. Sacchetti el tema de los señores astutos y al mismo tiempo ecuánimes. Tal el caso de Bernabé Visconti, de Milán. Era este personaje hombre mejor dotado que todos los otros de su tiempo, y si era cruel en su actitud cabía también gran parte de justicia. Esto se puso en evidencia en ocasión de poner a prueba la habilidad de un abate con preguntas prácticamente incontestables. Desconcertado y temeroso de las consecuencias, el interrogado recurrió, para salir del paso, a uno de sus molineros. Descubierta el hecho, Bernabé dio el cargo al molinero que por su sagacidad e inteligencia había demostrado que era él quien realmente merecía el honor y la jerarquía correspondiente <sup>255</sup>.

Otro de los personajes que admira es Rodolfo de Camerino de quien en dos ocasiones alaba la sabiduría y la magnanimidad. Aprovecha la oportunidad para zaherir a los que se mueven por apariencias en lugar de atenerse a las realidades. Esto no valía sólo para los cargos ejecutivos, de Capitán o Confaloniero, sino también en las ciencias en las que todos apetezcan llamarse Maestros o Doctores sin saber nada <sup>256</sup>.

Alude a Dante en dos pasajes. En uno refiere su condición de Blanco, expulsado de Florencia y muerto en Ravena, cosa que no aconteció sin vergüenza para su Comuna. En el otro, hace mención de la capacidad creadora del poeta que, siendo un común mortal, escribió de las cosas más importantes <sup>257</sup>.

Párrafo aparte merece Giotto tanto en Boccaccio como en Sacchetti. El eximio pintor es quizá el artista cuya fama penetró más profundamente en la conciencia popular que recogió numerosas anécdotas y referencias.

Boccaccio lo califica de ingenio excelente, que ninguna cosa de la naturaleza, madre de todas las cosas que opera con el girar de los cielos, fuera con el estilo, la pluma o el pincel, no pintase tan semejante a aquélla de modo que en lugar de símil parecía ella misma. Tal perfección muchas veces engañó a los que miraban sus cuadros y tomaban por real lo pintado. Su mérito principal consistió en volver a la luz un arte que durante muchos siglos, por el error de algunos había quedado sepulto. Por este motivo se

<sup>252</sup> *Ibid.*, LXVII, pág. 72; LXVIII, pág. 73; LXIX, pág. 73; LXX, págs. 73-74.

<sup>253</sup> *Ibid.*, XV y XVI, págs. 28-30.

<sup>254</sup> BOCCACCIO, *Decameron*, edic. cit., VI, 9, págs. 741-42.

<sup>255</sup> F. SACCHETTI, *Il Trecentonovelle*, edic. cit., IV, págs. 10-14.

<sup>256</sup> *Ibid.*, VII, págs. 20-21; XC, pág. 208.

<sup>257</sup> *Ibid.*, CXIV, pág. 256; CXXI, págs. 269-71.



le puede llamar una de las luces de la florentina gloria, aunque su humildad le llevase a rechazar el título de maestro que más que ningún otro merecía <sup>258</sup>.

F. Sacchetti, siempre moralista, lo muestra, en una ocasión, zahiriendo la vanagloria de uno que pretendía que el pintor le dibujase sus armas en el escudo. En otro pasaje aparece Giotto como experto, no sólo en pintura sino en las siete artes liberales <sup>259</sup>.

La habilidad militar y los conocimientos de Federico de Montefeltro, duque de Urbino, son recordados por Masuccio que lo define como nuevo Marte por su ingenio en la guerra, y como otro Mercurio por su elocuencia y doctrina en tiempos de paz <sup>260</sup>.

Como en el caso de las ciudades, estas referencias a los personajes son rápidas y escuetas pinceladas en las que se subraya un carácter, una virtud, un vicio o una habilidad. No hay aquí prácticamente nada de biográfico. El valor testimonial reside justamente en esa presencia sugerida, en un rasgo que pone de manifiesto lo que mejor se sabía o pensaba del sujeto en cuestión

## AMOR - FORTUNA - FAMA

### I

El tema del amor tiene en Occidente una larga tradición dentro de la que pueden distinguirse dos vetas principales: La del amor ensoñación y regeneración que actúa como levadura de nobles propósitos creadores, patrimonio de poetas y espíritus privilegiados, desde los Provenzales a Petrarca, y la del amor en una dimensión más amplia, tal se le discierne en el contexto común de la relación hombre-mujer, que sin dejar de ser factor preocupante y a menudo embrollante, queda en una situación un tanto más baja y banal.

Nuestros novelistas toman en cierto modo una vía intermedia, que sin ignorar totalmente la primera posibilidad, tiende, sin embargo, a descender para instalarse preferentemente en la segunda. Se advierte, aquí y allá, alguna referencia a los debates teóricos en torno a la naturaleza del amor tan abundantes en los siglos anteriores; pero, en general, quedan aferrados a una concepción del amor que opera en la vida social con sus inquietudes y sobresaltos cotidianos.

La fuerza de amor aparece afirmada con la misma universalidad y potencia que encontramos en el marco de las especulaciones teóricas y poéticas; pero, en este caso, su pujanza absorbente compromete situaciones menos ideales, su meta es la conquista concreta de una mujer que pone en movimiento, en cada nueva situación individual, un conjunto de acuciantes y turbadoras esperanzas.

El primer testimonio que revela una cierta dependencia de la temática anterior de procedencia cortesana, se vincula a una aclaración que aparentemente no tendría sentido en una situación social ya alejada de esa pertinaz tradición. Comienza a verse que el señorío de amor se ha extendido y no desdeña jerarquizar a estratos sociales que antes aparecían abandonados.

<sup>258</sup> BOCCACCIO, *Decameron*, edic. cit., VI, 5, págs. 723-24.

<sup>259</sup> F. SACCHETTI, *Il Trecentonovelle*, edic. cit., LXIII, págs. 137-39; LXXV, pág. 166.

<sup>260</sup> MASSUCCIO, *Il Novellino*, edic. cit., XLVII, pág. 417.



Así escribe Boccaccio en dos ocasiones que aunque el amor parece habitar con mayor voluntad en los felices palacios y las mórbidas alcobas, no desdén ya las pobres cabañas y no encuentra obstáculos en hacer sentir su fuerza en los espesos bosques, las ásperas montañas o las desiertas cuevas. Esta invasión de nuevos ámbitos no es más que una confirmación de que hay ya pocas cosas que no se sujeten a su poder. Voluntariamente ocupa con su señorío las casas de nobles hombres, pero ya su imperio no rehúsa el habitáculo de los pobres, y, aunque más se haga temer por los primeros, los otros igualmente sienten su peso y el de las conmociones que suscita <sup>261</sup>.

En otro lugar parece recordar Boccaccio algunas ideas desarrolladas por los poetas de la corte de Federico II; pero quiere mostrar que, a pesar de la común y extendida creencia, el amor sabe valerse siempre de recursos inesperados. En efecto, acota, muchos creen que el Amor sólo envía sus saetas a partir de los ojos con la visión deleitosa del ser amado. La novela que se apresta a narrar mostrará que en determinados casos, es posible el enamoramiento de oídas, es decir, que sin el auxilio de una visión directa, alguien puede prendarse de una mujer cuando oye ponderar, sin conocerla aún, sus gracias y virtudes <sup>262</sup>.

La potencia regeneradora y transformadora del amor aparece ilustrada en la novela que protagoniza el joven Simón enamorado de la bella Ifigenia. Es éste un caso ejemplar en el que puede percibirse el poder y santidad de un sentimiento al que muchos vituperan. Simón era un joven que parecía abandonado por los dones y gracias de la naturaleza. Dotado de gran fuerza, se le creía, en cambio, negada toda inteligencia porque no había modo de iniciarlo en ningún saber o doctrina. Luego de varios frustrados intentos, su padre había abandonado toda esperanza de hacer de él un hombre semejante a los demás. En realidad, de hombre sólo parecía tener la apariencia porque su rudeza y su escasa agilidad mental, más le asemejaban a un ser selvático y animalesco. Así estaban las cosas cuando la casual visión de Ifigenia inició una transformación de la que pronto todos tuvieron que asombrarse. Comenzó por vestirse bien y adquirir costumbres civiles. Su voz, rústica y poco articulada, se fue modulando y su cerebro, antes impermeable, y cerrado para toda noción, se fue abriendo a las seducciones de la cultura. Tan rápido fue el proceso que en cuatro años, a medida que su enamoramiento progresaba, el selvático Simón se convirtió con ventaja en el joven mejor dotado de la comarca. Era como si las virtudes que una envidiosa fortuna había ligado en su alma, el Amor las hubiera desatado, trayéndolo de las tinieblas de la ignorancia y la torpeza a la luz del saber y la cortesía <sup>263</sup>.

Y es que, según lo siente Boccaccio, el Amor, más que cualquier filósofo o artista, sabe encontrar siempre su adecuada argumentación, su demostración y una perspicacia que alecciona sabiamente a los que se ponen en su camino, porque él es gran confortador y gran maestro de consejos <sup>264</sup>.

El Amor también, en cierto modo, disculpa el pecado, porque si quien se entrega por precio es digno del fuego, el que cae por amor, conociendo todas sus fuerzas, merece que un juez, no demasiado rígido, le otorgue el perdón <sup>265</sup>.

<sup>261</sup> BOCCACCIO, *Decameron*, edic. cit., III, 10, pág. 432; IV, 7, págs. 532-33.

<sup>262</sup> *Ibid.*, IV, 4, pág. 504.

<sup>263</sup> *Ibid.*, V, 1, págs. 583-85.

<sup>264</sup> *Ibid.*, VII, 4, págs. 799-800; VII, 9, pág. 852.

<sup>265</sup> *Ibid.*, VIII, 1, pág. 877. Otras referencias al poder de Amor pueden verse en IV, 1, págs. 469-70; IX, 1, págs. 1021-22.



Parecidos son los razonamientos y la opinión de Masuccio acerca de la capacidad dialéctica del Amor. Según escribe, parece estar persuadido que ninguno, entre los filosofantes, investigadores de superior inteligencia del movimiento de los cielos y del orden de los planetas, dueños todos ellos de sutil argumentación para explicitar las cosas de la naturaleza, posee, ni siquiera aproximadamente, el intelecto y despierto ingenio que el señor Amor presta a los que, férvidamente amando, siguen las huellas de su victoriosa insignia.

Esto explica, aclara el agrio Masuccio, la multiforme y al mismo tiempo incomprensible astucia, que usan las malvadas mujeres cuando se disponen a engañar a sus celosos maridos. De esto casi se podría extraer sentencia, es decir, que lo que la previsión de un sagaz amante delibera, junto con la pravidad de una mujer, ningún humano saber o advertencia podría reparar <sup>266</sup>.

Aquí el argumento se despoja de las sutilezas boccaccescas y la concepción del Amor alcanza una banal materialidad. Los consejos de amor son seguro estímulo para vencer en todas las pruebas, y es tan grande su virtud que obrando sin cesar hace a los locos sabios, a los discretos necios, a los cobardes animosos, a los tímidos gallardos. Por otra parte, casi como ejecutor de la Fortuna, a los vicios vuelve en ínfima miseria y a los pobres repone en situación; porque, Amor es gran señor contra el que no pueden resistir las fuerzas de ningún mortal <sup>267</sup>.

## II

Casi complementario del anterior es el tema de la Fortuna que juega en nuestros autores como fuerza inesperada e incontrolable. Se anticipan aquí algunas referencias que se harán luego comunes en la tratadística de los humanistas aunque en un contexto en el que la acción humana aparece disminuida y sujeta a un tornadizo vaivén.

Los movimientos de la Fortuna son, en principio, perturbadores, y poco puede hablarse de ellos con propiedad porque la ilusión de la mente los hace acomodarse al destino de cada uno. Por esta razón no debe escucharse ni a los felices ni a los desventurados, porque, a los primeros, hace ella avisados, y a los segundos, consuela.

En otro texto, sin embargo, la Fortuna aparece como enemiga de la felicidad de los mortales dado que en un momento otorga y en el otro quita. La Fortuna es también envidiosa de un largo y prolongado deleite, y suele tornar en dolor lo que antes fue felicidad. En otras ocasiones primero injuria y luego, inesperadamente, consuela. Hay entre naturaleza y fortuna una diferencia fundamental. La primera es discretísima, pero la fortuna suele tener mil ojos, tantos que los necios la reputan ciega.

En otros momentos es la fortuna de otros la que constriñe la acción de los hombres y de este modo se busca una exención de culpas cargándole a ella todo el peso de lo acontecido <sup>268</sup>.

<sup>266</sup> MASSUCCIO, *Il Novellino*, edic. cit., XII, pág. 133.

<sup>267</sup> *Ibid.*, XIV, pág. 158; XX, pág. 196; XLII, pág. 374.

<sup>268</sup> BOCCACCIO, *Decameron*, edic. cit., II, 6, págs. 193-94; III, 7, pág. 380; IV, 1, pág. 465; IV, 1, pág. 470; V, 1, pág. 590; V, 9, pág. 676; VI, 2, págs. 706-07; IX, 2, págs. 1030-31; X, 1, pág. 1103; X, 2, pág. 1111.



Igualmente veleidosa aparece la Fortuna en F. Sacchetti. En ocasiones ella se muestra agradable para ver quién sabe aprovecharla; pero, muchas veces, quien mejor parece saberlo hacer, se queda en camisa. En cambio, cuando no se sabe tomar en el momento oportuno, queda el hombre triste y dice: "Yo pude tener tal cosa y no la quise". Acontece que, en otras ocasiones, ella favorece pero el que recibe el beneficio no lo sabe mantener. Por otra parte, quien deja pasar la oportunidad, mucho tiene que aguardar para recuperarla <sup>269</sup>. Perversa Fortuna, la llama Masuccio, que gira siempre en una ronda velocísima y peligrosa. Es en vano querer negarla, porque, aunque altos príncipes quisieron hacerlo y todos quieren del siglo desterrarla, su rapacísima rabia no tarda en hacerse sentir en toda acción <sup>270</sup>.

### III

Otros atisbos humanísticos los encontramos en la idea de la Fama como sucedáneo de la inmortalidad. Dentro del cuerpo mortal la vida es breve, pero puede perpetuarse por la laudable fama que deben desear todos aquellos que no se limitan a servir al vientre como las bestias <sup>271</sup>.

La noción de una ciencia que se adquiere, no para venderla al menudeo como muchos hacen, sino para saber la razón de las cosas y la causa de ellas, como corresponde a un gentilhombre, es otra aproximación a los ideales del humanismo <sup>272</sup>.

En F. Sacchetti tenemos un esbozo del tema de la dignidad del hombre. El hombre aparece como un ser especial que aunque esté lleno de pompa y soberbia encontrará que cualquier pequeña cosa puede hacerlo declinar y le darán trabajo las pulgas y otras pequeñas ferúcolas. A pesar de esto, cuando el hombre se lo propone, puede vencer todos los inconvenientes y dificultades <sup>273</sup>.

Finalmente encontramos una oposición entre saber científico y filosófico que veremos tornar repetidamente en teorizaciones posteriores. Había en Génova un ciudadano experto en muchas ciencias, pero no en filosofía, evidentemente, a juzgar por sus procedimientos. La filosofía, dice Sacchetti, conoce a todas las cosas por naturaleza; pero quien no se conoce a sí mismo en modo especial, ¿cómo conocerá a las cosas que están fuera de él? El motivo socrático aparece aquí como el punto de partida de todo verdadero conocimiento, afirmándose una vez más, petrarquescamente, que quien conoce todo, pero nada sabe del hombre, en realidad lo ignora todo.

### UNA NUEVA NOBLEZA

Es de sobra conocido el nuevo concepto de nobleza que se insinúa a través de las discusiones teóricas de la corte de Federico II, pasa por los poetas del "dolce stil novo" y encuentra en el Convivio dantesco adecuada

<sup>269</sup> F. SACCHETTI, *Il Trecentonovelle*, edic. cit., CCXVI, págs. 562-63.

<sup>270</sup> MASUCCIO, *Il Novellino*, edic. cit., XLII, pág. 377.

<sup>271</sup> BOCCACCIO, *Decameron*, edic. cit., IX, Conclusión, pág. 1095.

<sup>272</sup> *Ibid.*, VIII, 7, págs. 932-33.

<sup>273</sup> F. SACCHETTI, *Il Trecentonovelle*, edic. cit., LXXVI, pág. 168.



codificación. Todo esto quedaba, sin embargo, en el marco de las apreciaciones generales, y sólo sabíamos en realidad que nobleza era ya cortesía y buen ánimo, es decir que la única y verdadera nobleza no descansaba en el linaje o los blasones sino en una conducta que fuera trasunto de verdaderas calidades espirituales y morales.

Tenemos así una nueva imagen que rehúsa aceptar el tradicional concepto de apariencia. Apariencia y realidad no siempre se corresponden, tanto en lo que hace al noble de dudosa conducta como al plebeyo que sabe elevarse, por sus actos, a una condición superior.

En el *Novellino* se expone el caso de un rey cuyo origen plebeyo se pone de manifiesto a través de su escasa generosidad. Se cuenta el caso de un sabio que, estando en prisiones reales, es llamado para resolver diversos enigmas que preocupan al rey. En la primera ocasión, el monarca recompensa su acierto interpretativo con medio pan; en la segunda, le hace dar un pan entero. La actitud del monarca plantea un nuevo interrogante que el sabio resuelve deduciendo que quien así lo recompensaba no podía ser otra cosa que hijo de un panadero. Si tu padre hubiera sido un rey, le explica, por lo menos me hubieras dado en premio una ciudad, es decir que sus dones hubieran guardado proporción con lo que estaba acostumbrado a poseer y otorgar. De este modo, el sabio que ya había demostrado su agudeza en la solución de otros enigmas, vuelve a poner en evidencia que, más allá de la formalidad del cargo, quien aparecía como rey en realidad pertenecía al gremio de panaderos<sup>274</sup>.

Al margen de este ejemplo, es Boccaccio el encargado de ilustrar largamente el caso de hombres que, desde una ínfima condición social, sabían elevarse hasta los umbrales de una nobleza que, por ser del ánimo, se afirmaba como independiente de todo linaje.

Recortiendo los relatos del *Decamerón* encontramos repetidas referencias a esta condición humana que superaba la incertidumbre de orígenes oscuros en una sociedad que, si acogía nuevos conceptos, no lo hacía tan pacíficamente como podría suponerse.

Se habla del palafrenero de una reina, hombre que, en cuanto a nación, era de vilísima condición; pero que, en cuanto a lo demás, era muy superior a lo que podía indicar su bajo menester. En otro caso es Guiscardo, un hombre de humilde nación, pero noble en lo que hacía a sus virtudes y costumbres. No conviene, según enseña Boccaccio, confundir pobreza con vileza, dado que lo que cuenta es el ánimo y las costumbres. La pobreza, contra lo que podría suponerse, a nadie quita el ser gentil. Esto se ve en el caso de muchos reyes que fueron pobres y en agricultores rústicos que fueron y son muy ricos.

Arnaud Civada, aunque hombre de nación ínfima, era hombre de clara fe y leal mercader, rico en dinero y posesiones. Gabriotto, también era de baja condición, pero lleno de laudables costumbres que acompañaban su porte hermoso y agradable. Gigliuzzo Saullo, a pesar de ser hombre plebeyo, era muy querido por los Romanos.

En otra ocasión se habla de un joven que pretendía a una doncella más noble que él, aunque esperaba atraerla por sus obras. Estas, aunque bellas y laudables, de nada le servían, sin embargo, y hasta parecía que le perjudicaban, porque ella se hacía cada día más dura y caprichosa.

<sup>274</sup> *Il Novellino*, edic. cit., II, págs. 16-17.



Decía otra dama, dirigiéndose a sus hermanos, que a partir de ese momento prefería un hombre que necesitase riqueza y no a una riqueza que tuviese necesidad de hombre.

Caso notable, entre los relatos boccaccescos, es el de Cisti, el panadero que con sus obras gentiles y magnánimas demostraba que, más allá de la situación social o la profesión, las que contaban realmente eran las virtudes del ánimo. Acontece en ocasiones, comenta Boccaccio, que la naturaleza apareja un vil cuerpo para un alma noble o que la Fortuna otorga a un alma noble un vil menester. Esto es lo que sucedía con Cisti, al que la Fortuna, a pesar de su altísimo ánimo, había hecho panadero. Sucede también a menudo, que bajo torpísimas formas humanas, la naturaleza oculta maravillosos ingenios. Pasan así comerciantes acerca de un Leonetto, agradable y educado a pesar de su bajo origen, y el de Arriguccio, que siendo mercader, era no obstante, hombre audaz y valeroso. Buenos espíritus y altas virtudes suelen caer en pobres casas, mientras que en las reales, más de una vez, aparecen algunos que más dignos serían de guardar puercos que de ejercer señorío sobre los hombres <sup>275</sup>.

En contraste con estos hombres que por sus virtudes y buena disposición sabían elevarse por encima de su plebeya condición, cuenta Boccaccio el caso de Ruggieri d'Ajeroli que, siendo de nación noble, era de mala vida y criticable estado, al punto que ni parientes ni amigos querían ya verlo dado que en todo Salerno sus latrocinios y villanías le infamaban <sup>276</sup>.

A pesar de esta revaloración de las virtudes personales, no hay que creer que los estratos más altos de la sociedad dejasen de lado las exigencias del linaje tradicional. No sólo eran los padres, hermanos o parientes los que en un momento dado repudiaban la vinculación matrimonial o la relación amorosa con individuos de inferior condición, sino también los propios interesados la sufrían con dificultad cuando las circunstancias habían empujado a una boda despereja por razones de dinero u otras conveniencias. También de estos casos trae Boccaccio referencias como agudo testigo del acaecer social contemporáneo.

Una dama de alto linaje que se había casado con un artífice lanero porque era muy rico, no podía apaciguar su ánimo estimando que ningún rústico, aunque fuera muy rico, era digno de su gentil condición. Por eso, viendo que todas sus riquezas de nada le servían y pasaba todo el día discutiendo con jornaleros, decidió engañarlo <sup>277</sup>.

En otra ocasión es un padre el que reprocha a su hija las relaciones amorosas con el humilde joven Guiscardo, y le dice que ya que no había podido resistir al pecado, hubiese por lo menos tomado un hombre de su condición y dignidad en lugar de aquél rústico que había sido educado en su casa desde niño casi por caridad <sup>278</sup>.

Así como en otras ocasiones se ocupó Boccaccio del ingenio y capacidad emprendedora de los mercaderes, los muestra aquí ávidos de ascender socialmente, creyendo que bastaba su dinero para cambiar de condición y hacerse aceptar por damas de alcurnia. Digamos de paso que en todos estos ejem-

<sup>275</sup> BOCCACCIO *Decameron*, edic. cit., III, 2, pág. 329; IV, 1, págs. 462-63; IV, 1, págs. 471-72; IV, 3, pág. 496; IV, 6, pág. 522; V, 3, pág. 606; V, 8, pág. 659; V, 9, pág. 678; VI, 2, pág. 706; VI, 5, pág. 722; VII, 6, pág. 819; VII, 8, pág. 837; X, 10, pág. 1233.

<sup>276</sup> *Ibid.*, IV, 10, pág. 577.

<sup>277</sup> *Ibid.*, III, 3, pág. 337.

<sup>278</sup> *Ibid.*, IV, 1, pág. 467.



plos se ve el empuje de esa nueva clase que pugna por elevarse en la escala social, valiéndose una vez más, entre diversos recursos, de la unión con mujeres cuyas familias, aunque de mejor sangre, no resisten la tentación de aprovechar sus blasones para recuperar, por lo menos en parte, una riqueza que había abandonado sus arcas. Por lo demás, si alguien recibía daño de tal mixtura matrimonial, era generalmente el mercader a quien su desaprensiva mujer hacía pagar con engaños el precio de la pretendida elevación.

Las mismas exigencias de su profesión hacían que los mercaderes fuesen de aquí para allá, mientras sus mujeres se pagaban el forzoso abandono con los amores de otros galanes menos ocupados y al mismo tiempo más emprendedores <sup>279</sup>.

En esta tarea de aprovechar y engañar, no pocas veces las damas contaban con la desinteresada colaboración de sus familiares que, aprovechando las artes y astucias de la imputada, se encargaban de llenar de insultos al pobre engañado que hacía de ese modo un papel doblemente ridículo. Además, la ocasión parecía buena para echar en cara al celoso y herido mercader, lo ínfimo de su condición y sus excesivas pretensiones de ascender socialmente en un camino tan lleno de inesperados escollos.

Tenemos así el caso de un mercader que, luego de ser finamente engañado por su mujer, debía soportar los insultos de su iracunda suegra que se lamentaba por los sufrimientos de su hija que debía tolerar las acusaciones, en la trama del relato infundadas, de un mercaderucho salido de los rebaños de la campaña, que vestía rústicamente y había llegado a la ciudad con las medias caídas pero lleno de pretensiones por los tres sueldos que sumaba su haber, y que, según creía, le habilitaban para pretender a las hijas de los gentilhombres, consiguiendo blasones de los que carecía. El lamento se fingía mayor porque la tal boda aparentemente, y de acuerdo con las vociferaciones de la gesticulante suegra, no tenía ningún sentido dado que la doncella en cuestión habría podido casar con un miembro de casa condal. En cambio, y el absurdo quiere aparecer más convincente, había ido a dar a manos de un palurdo que ni siquiera sabía valorar lo bueno de su suerte <sup>280</sup>.

#### AGUDEZA

Entre tantas y diversas epifanías, conviene no descuidar la aparición de un nuevo tipo de hombre, hábil y astuto, que en cada uno de los casos referidos, las oficia de agudo componedor. Aunque en estado embrionario, parece aquí hacerse presente aquel concepto de "virtú", medios idóneos para situaciones precisas, que definiría más tarde al hombre capaz de moverse exitosamente en los momentos más difíciles y complejos.

La calificación de las propias habilidades aparece aquí en una frase que aparece reiteradamente en todos nuestros novelistas. Se trata del "lasciate fare a me" que identificamos desde el *Novellino* <sup>281</sup>, y que aparecerá abundantemente entre los personajes de Boccaccio cuya temática, sin duda alguna, daba amplias posibilidades para la aparición de personajes avisados

<sup>279</sup> *Ibid.*, VII, 8, pág. 835.

<sup>280</sup> *Ibid.*, VII, 8, págs. 843-44.

<sup>281</sup> *Il Novellino*, edic. cit., LXXV, pág. 76.



y audaces, siempre dispuestos a asumir la superación de cualquier dificultad que se presentara.

En el "lasciate fare a me", discernimos, no sólo una segura y desprejuiciada confianza en los propios medios sino también una cierta clara superioridad de algunos personajes sobre otros. El dominio de la acción parece corresponderles porque su mente, despierta y ágil, allana inmediatamente la solución adecuada. Es la estirpe que en Boccaccio se inaugura nada menos que con ser Ciappelletto, maestro en engaños y tramoyas. A partir de esa figura magistral del arte truhanesco, otros personajes, quizá de menor cuantía criminal pero igualmente alegres y desprejuiciados, utilizan la frase para expresar su particular talento ejecutivo <sup>282</sup>.

Aunque en menor proporción, la frase aparece también en los relatos de F. Sacchetti y Masuccio Salernitano <sup>283</sup>.

Junto con la expresión anotada, aparece también toda una galería de personajes, hombres, mujeres, laicos y religiosos, que justamente por poseer tal virtud, saben sortear las circunstancias y las acechanzas que encierran en cada uno de los argumentos en los que le toca intervenir. En todos ellos, la ausencia de la frase en cuestión no es óbice para que quede en pie el concepto, es decir, que el éxito es una natural consecuencia de la habilidad que poseen para entendérselas con las cosas y el prójimo <sup>284</sup>.

## VICIOS

Las preocupaciones morales de F. Sacchetti y Masuccio aparecen reflejadas, una vez más, en las referencias a los vicios más extendidos en su tiempo.

El primero de todos es el del juego, al que Sacchetti define como pésima barba y maligna raíz que lleva a la blasfemia, a gastar las riquezas, a la ira, la soberbia, la avaricia, el hurto, la rapiña, cuando no al homicidio y a la gula de la que nace la lujuria y todo el conjunto de males que puede producir la naturaleza.

La gula era también una peligrosa inclinación de la que nacían otras igualmente nefastas que daban pie para que el demonio trabajase sobre las debilidades de los hombres y el apetito de bienes terrenos.

Si se tiene en cuenta en qué ha venido a parar el mundo, se ve que la vía más segura es la de la pobreza porque el deseo de bienes temporales ha llevado a los hombres a imaginar mil tramas con tal de vivir gratuitamente y sin esfuerzo <sup>285</sup>.

Otro vicio extendido entre los jóvenes era el de la bebida. Algunos beberían, dice Sacchetti, hasta quedar paralíticos, y el mal de la gota en realidad debiera llamarse del "cuartillo" porque es el vino la causa de tantos

<sup>282</sup> BOCCACCIO, *Decameron*, edic. cit., I, 1, pág. 54; III, 3, pág. 346; V, 10, pág. 684; VII, 3, pág. 795; VII, 5, pág. 811; VII, 5, pág. 814; VIII, 2, pág. 885; IX, 1, pág. 1024; IX, 5, pág. 1053; IX, 5, pág. 1053; IX, 5, pág. 1056.

<sup>283</sup> F. SACCHETTI, *Il Trecentonovelle*, edic. cit., XXVIII, pág. 63; LXIII, pág. 137; LXXXIV, pág. 190. MASUCCIO, *Il Novellino*, edic. cit., XX, pág. 199. XXII, pág. 225.

<sup>284</sup> BOCCACCIO, *Decameron*, edic. cit., I, 4, pág. 84 I, 5, pág. 87; III, 2, pág. 334. IV, 1, pág. 462; VI, 3, pág. 714; VI, 7, pág. 732; IX, 6, pág. 1066; X, 8, pág. 1183;

<sup>285</sup> F. SACCHETTI, *Il Trecentonovelle*, edic. cit., CXXII, pág. 272; CCIX, págs. 541-42; CCXX, pág. 573; CCXXI, pág. 575.



excesos y de la lujuria a la que corren los jóvenes con daño y desgaste de su cuerpo.

Tan sin medida era esta afición que, especialmente los jóvenes, más que bebedores tragones, estaban ya desde la mañana bebiendo con lo que superaban largamente a los que podrían ser sus padres, siendo mucho más dignos, como amaban proclamarse, de los regimientos de la tierra de Baco <sup>286</sup>.

Del vicio del juego también habla Masuccio aludiendo al caso de dos jóvenes romanos, Liello y Andreuccio que habían llegado a Bologna munidos de monedas y dados falsos para engañar a otros y comer y gozar a sus expensas. Así por tan magra ganancia exponían sus cabezas cuando mejor harían, y aquí no resiste Masuccio a utilizar su tan preocupado anticlericalismo, en imitar a los frailuchos de S. Antonio que, arriesgando sólo palabras, extraen, sin embargo, gran provecho <sup>287</sup>.

### BRUJERÍA Y NIGROMANCIA

Las prácticas brujeriles, reales o supuestas, aparecen también testimoniadas con mayor o menor intensidad en nuestros autores. A partir del siglo XIII, antiquísimas liturgias campesinas, dotadas hasta ese momento de un cierto carácter ambiguo, y mezcladas, a veces, con la presencia benéfica o temible de las hadas, comenzaron a adquirir un carácter francamente satánico que preocupó y ocupó bien pronto a señores, laicos, clérigos e inquisidores, dados a rastrear sus procelosos orígenes y a determinar sus nuevas y precisas características.

Demás está decir, que entre los novelistas que nos ocupan, el tema entra a través de los meandros de la farsa y la burla a que se ven sometidos determinados personajes. A pesar de esto, la cuestión interesa porque muestra de qué modo la posibilidad de ciertos acaecimientos no quedaba excluida de las mentes populares que aceptaban con bastante facilidad el mecanismo de cultos cuya existencia posible constituía una frontera inquietante de la sociedad.

Una vez más los conocidos bromistas, Bruno y Buffalmaco, son los encargados de burlarse de la credulidad del maestro Simón de Villa, un médico que, como apunta Boccaccio, era más rico en bienes paternos que en ciencia. Picado en su curiosidad viendo que los dos amigos, jóvenes pintores, a pesar de su modesta condición, vivían ricamente, se dispuso a interrogarlos para ver cómo se las ingeniaban.

Bruno, viendo la tontería del personaje, decidió burlarlo con un relato en el que aparecía revelándole el secreto de la prosperidad de ambos amigos. Aparentando conferirle una distinción, le aclaró que era un secreto que no se atrevería a comunicar a muchos pero que con él, dada la amistad existente y la seguridad de su reserva, harían una excepción. Según comenzó diciendo, el maestro-médico tenía razón; si ellos se atuvieran a sus bienes no podrían pagar ni siquiera el agua que consumían. El secreto que averiguaba Simón era de tal delicadeza e importancia que de saberse la cosa bien podían ellos ser puestos en la boca del demonio, por lo que volvían a encarecerle que no burlara su confianza y guardara celosamente lo que se le decía.

<sup>286</sup> *Ibid.*, CLXVII, pág. 415; CLXXVI, pág. 437.

<sup>287</sup> MASUCCIO, *Il Novellino*, edic. cit., XVII, págs. 180-81.



Luego de todos estos preliminares, destinados a crear el consiguiente suspenso, continuó explicándole que en la ciudad había vivido un gran maestro en nigromancia llamado Miguel Scoto el cual, antes de partir para otro destino, había dejado a dos de sus discípulos con el encargo de servir y complacer siempre el deseo de los señores que tan amablemente le habían acogido y atendido. Así lo hicieron ellos y a dichos señores ayudaron, con sus artes, en ciertos enamoramientos y otras cositas, y luego, agradándoles la ciudad decidieron permanecer en ella. A poco formaron un grupo de veinticinco hombres que por lo menos dos veces por mes debían encontrarse en cierto lugar previamente señalado. Estando allí, cada uno expone sus deseos a los dos jefes, y éstos por esa noche proveen para que se cumplan. El y Buffalmaco, según le aclara, son miembros del grupo y participan de sus ceremonias. Pasó seguidamente a describirle los magníficos banquetes que allí se daban, atendidos por bellísimos servidores de ambos sexos, las músicas embriagadoras que se escuchaban y las riquísimas vestimentas que endosaban en cada ocasión. Con ser esto tan bueno, le decía, a todo lo narrado sobrepasa el placer que se tiene con las mujeres que, de acuerdo con el deseo de los hombres, llegan súbitamente, en gran cantidad, y de los más variados y distantes países, sin excluir a las reinas. Luego del festín y los bailes, cada una de ellas, de acuerdo con su elección, se va con su caballero a una habitación que parece el paraíso. Según le contaba Bruno, los dos amigos eran como una suerte de privilegiados, porque él convocaba siempre a la reina de Inglaterra y el otro a la de Francia, que estaban entre las más bellas mujeres del mundo, y que, de acuerdo con las artes de los dos amigos, en ningún otro hombre se fijaban.

Como si esto no fuera suficiente, les bastaba con pedir para tener en seguida consigo mil o dos mil florines. La ceremonia se definía como un "ir al juego" o "ir al corso", porque así como los corsarios despójaban a los hombres de sus bienes, ellos por especial magia y sin riesgo los imitaban. Al terminar el relato, volvió a pedirle suma reserva para tan grande y terrible secreto. Oyendo lo que la astucia de Bruno había imaginado para engañarle y aprovecharse de él, a Simón le entraron terribles ganas de participar en un juego tan de su agrado y apetencias. La consecuencia de este deseo que su esperanza hacía crecer de continuo, se traducía en los agasajos que el médico preparaba para los dos amigos. Estos, con hábiles referencias y continuos recuerdos acicateaban el ánimo predispuesto de Simón y hacían que cada día creciera su impaciencia. Entre las cosas que le explicaban se contaba la constitución jerárquica del grupo, con un Capitán y dos consejeros que cambiaban de cargo cada seis meses. Muy pronto, según le anunciaban, Buffalamaco asumiría la jefatura y el mismo Bruno sería consejero, de modo que se acercaba el momento de dar cima a sus anhelos. Luego de diversos razonamientos, le dicen que, esa noche, cuando esté en el primer sueño, irá por él una bestia negra y cornuda. Sin asustarse, montaría sobre ella cuidando de no recordar ni a Dios ni a los santos, y sin tocarla la dejaría hacer. Si insistía en la recomendación era para evitarle el gran daño que seguiría si llegaba a violarla.

Llegada la noche, mientras el maestro esperaba, Buffalmaco que era grande y robusto, luego de procurarse una máscara de antiguos juegos que estaban en desuso, se puso encima una piel negra, dispuesta de modo que parecía un oso, aunque por la máscara más bien semejaba al diablo. Preparada la burla, se colocó frente a la ventana de Simón que al ver tamaño animal sintió miedo, pero cuando vio que el supuesto animal cesó en sus



saltos, diciendo: "Dios me ayude", saltó sobre él. Como si fuera realmente un animal, Buffalmaco lo llevó sobre sus espaldas por un camino a cuya vera corrían unas fosas que los campesinos solían llenar de estiércol para abonar los campos. Al aproximarse a una de ellas tomó a Simón por una pierna y lo arrojó dentro. Dejando al crédulo médico malamente emporcado, huyó del lugar y fue a juntarse con Bruno que muerto de risa le aguardaba. Mientras tanto, el maestro, que pugnaba por salir de su embarazosa situación, se emporcaba cada vez más hasta que empastado, avergonzado y dolorido, pudo volver a su casa. Su mujer, al verle llegar en tal estado, y creyendo que había ido de aventuras, lo estuvo atormentando toda la noche.

A la mañana siguiente, los dos amigos fueron a verlo a su casa, dentro de la cual se sentía aún el olor de los vestidos contaminados. Llegados allí, comenzaron por reprocharle que hubiese olvidado la consigna, diciéndole que por su culpa ellos habían sido expulsados del grupo y brutalmente golpeados. El, al que habían querido beneficiar, había terminado por perjudicarlos. Simón, por temor a que se conociese el episodio, de ahí en más los agasajó más que antes <sup>288</sup>.

Si prescindimos del aderezo del relato, vemos que en el "racconto" se dan las características centrales de la liturgia del Sabbat. En primer lugar la búsqueda de los iniciados por el macho cabrío, luego la reunión del grupo en un lugar preestablecido, el número de veinticinco con un jefe, y finalmente el festín con músicas y danzas que terminaba en una orgía lujuriosa. Como elementos accesorios, la hora y la prohibición de mencionar a Dios, la Virgen o los Santos.

Dentro de las generalidades impuestas por la naturaleza del relato, el esquema central de la situación bien hubiera podido figurar en uno de los tantos expedientes incoados en los procesos de brujería.

Masuccio trae algunas variantes de este culto de Lucifer con el añadido de algunas variantes que no figuran en el relato de Boccaccio. Entre ellas, el detalle de la presencia de la luna llena y de los capones, con la consabida prohibición de mencionar a Dios, la Virgen, hacer la señal de la cruz o cualquier otra interferencia de cosa sagrada cuya presencia tenía el efecto inmediato de aventar toda la escena sabática. Se menciona aquí el famoso círculo, marcado en la tierra, en este caso con una espada, dentro del cual había que poner el pie izquierdo antes de pedir aquello que se apetecía <sup>289</sup>.

Como se ve, entre un siglo y otro, el testimonio de estas prácticas, lejos de decaer se acrecienta con una intensidad que alcanzará su culminación en los dos siglos siguientes.

#### ALGUNAS CUESTIONES MENORES

Dedicamos este parágrafo al examen de algunas cuestiones que por su naturaleza no permitían ser incluidas entre los temas anteriores. Se trata de referencias menores que aparecen aquí y allá a lo largo de los escritos considerados y que pueden servir para completar el cuadro de los testimonios acerca del propio tiempo.

<sup>288</sup> BOCCACCIO, *Decameron*, edic. cit., VIII, 9, págs. 970-74.

<sup>289</sup> MASUCCIO, *Il Novellino*, edic. cit., XX, págs. 198-201.



En primer término tenemos algunas indicaciones acerca de la mala fama de los judíos y de la aversión con que se les consideraba en el contexto social de la época. Pertenecen todas ellas a F. Sacchetti que comienza utilizando, para el caso, la audacia un tanto descarada de messer Dolcibene, un personaje agudo y bufonesco que aparece en varias de sus novelas.

En una ocasión, el curioso personaje se dirigió en peregrinación al Sepulcro y estando en los Santos Lugares, tuvo una discusión con un judío al que golpeó. En esa circunstancia un grupo de correligionarios del agredido, le cayó encima y lo encerró en uno de sus templos. Estando allí Dolcibene, durante la noche le vinieron ganas de librar al cuerpo, y sin más defecó donde se encontraba. A la mañana siguiente, los judíos viendo eso montaron en cólera y le dijeron que de no mediar una buena explicación le darían muerte. Encontrándose en apuros, Dolcibene inventó la siguiente excusa: Durante la noche según dijo, se habían encontrado allí el Dios de los cristianos y el de los judíos que litigaron a golpes. El primero dio tantos al segundo que lo redujo a lo que veían. Al oír ésto, los judíos comenzaron a pasarse las heces por el rostro creyéndolas reliquias de su Dios, con lo que Dolcibene quedó librado.

Comentando esto Sacchetti dice que, según creía, tal cosa fue muy afecta a Dios, y que Dolcibene en todo el viaje no hizo cosa más meritoria que esa con la que consiguió que esos dolorosos incrédulos se afearan con las reliquias que merecían <sup>290</sup>.

Otras referencias negativas a esos que "están pertinaces contra la fe de Cristo", se encuentran en diversos lugares, en todos los cuales, se busca deprimirlos o ridiculizarlos <sup>291</sup>.

Otra cuestión hace a la mala fama de los que practicaban determinados oficios o profesiones. En primer lugar, los embajadores que suelen ser gente engañosa que simula siempre gastar gran fatiga en su cometido, no descansando ni de día ni de noche para cumplir con su misión, cuando en realidad poco o nada hacían. De este modo, por una dedicación imaginaria reciben premios y oficios, aconteciendo esto, no sólo con los advenedizos sino también con los hombres de categoría.

Por todo esto, quien envía embajadores debe cuidarse mucho más de lo que suele hacerse. Deben ser ancianos y sabios, y de buen aspecto, porque, caso contrario, quien les envía alcanzará poco honor <sup>292</sup>.

Según el testimonio de la mujer de uno de ellos, no parecen gozar de mejor fama los pintores. Todos son fantásticos y lunáticos, y además, amigos de embriagarse sin ninguna vergüenza <sup>293</sup>.

Los molineros aparecen aquí como ladrones, y entre los más astutos, porque no hay manera de evitar que, en peso y medida, esquilmen al interesado <sup>294</sup>.

Parecía haber cierto afán por las cosas lejanas y extrañas que siempre parecían mejor que las vecinas o propias. Así aconteció a un joven que, desoyendo el consejo de su padre, tomó mujer en Pisa, y ésta lo engañó. Lo mismo solía acontecer con los caballos: Los vecinos aparecen llenos de defectos, y nadie vacila, en cambio, en comprar los de los Alemanes que van a Roma, y muchas veces sucede lo peor <sup>295</sup>.

<sup>290</sup> F. SACCHETTI, *Il Trecentonovelle*, edic. cit., XXIV, págs. 56-57.

<sup>291</sup> *Ibid.*, CXC, pág. 477; CCXVIII, pág. 568; CCXIX, pág. 571.

<sup>292</sup> *Ibid.*, XXXI, págs. 72-73.

<sup>293</sup> *Ibid.*, LXXXIV, pág. 191.

<sup>294</sup> *Ibid.*, CXCIX, pág. 513.

<sup>295</sup> *Ibid.*, XVI, pág. 40.



Los caminos parecen estar llenos de ladrones que van en grupos para saquear y causar daños, y mal lo pasa quien topa con ellos <sup>296</sup>.

El *Novellino* y Sacchetti nos ilustran el caso de aquellos que pretendiendo saber mucho de las cosas del cielo, ignoran las de la tierra. Una noche de lluvia, un astrólogo se refugia en casa de una mujer. En la mitad de la noche, queriendo ver lo que acontece, se levanta y sale, cayendo dentro de una fosa que estaba delante de la puerta. La mujer lo salva y le dice: Tú que piensas en el cielo, ¿no eres capaz de tenerte en pie? Su poca prudencia casi le expuso a perecer por una nimiedad.

Un cierto Fazio, pisano, se las daba de astrólogo, y hablaba con tanta soltura como si se tratara de Ptolomeo o Alfonso. En su jactanciosa conversación decía saber una gran cantidad de cosas acerca del futuro de los hombres, lo cual no impidió que con oportunas preguntas el autor lo pusiera en evidencia. La reflexión final es semejante a la del caso anterior. De esto puede verse que todos aquellos que van tralunando y están de noche sobre los tejados como los gatos, tienen muchos ojos para conocer las cosas del cielo pero casi ninguno para observar la tierra y lo que sobre ella acontece <sup>297</sup>.

Hay muchos que se creen avisados y se aprestan siempre a engañar con sus maliciosas artes creyendo que a ellos nadie podrá engañarlos aunque como muchas veces se ve sucede lo contrario. Sería conveniente que en cada intento de engaño y traición aconteciese lo que le sucedió a aquel que cayó en el lazo que preparaba para los demás <sup>298</sup>.

Algunos hay, según refiere Boccaccio, que creen saber más que los otros, cuando en realidad saben menos. Los que así piensan, no sólo quieren oponer su consejo al de los demás hombres sino a la propia naturaleza. De tal presunción derivan muchos males, especialmente en las cosas del amor, cuya naturaleza exige que se gaste y consuma por sí mismo antes que verse eliminado por la perspicacia de otros <sup>299</sup>.

Más fácil es cambiar de vestidos que de ánimo y costumbres, dice Sacchetti. Ilustra la afirmación un tal Valore que a los sesenta y cinco años ya no podía cambiar su temple <sup>300</sup>.

La amistad aparece exaltada en Boccaccio como algo digno de singular alabanza y respeto en cuanto discretísima madre de magnificencia y honestidad, hermana de gratitud y caridad y enemiga de todo odio y avaricia, siempre dispuesta a operar para los demás lo que quisiera para sí misma <sup>301</sup>.

La risa y el llanto frecuentemente intercambian sus efectos. Las risas se convierten a menudo en llanto sea por los juicios humanos o los divinos <sup>302</sup>.

Y para finalizar, un interesante texto de Sacchetti acerca de la fragilidad de los sentidos que aun sin tener defectos a menudo nos hacen errar. Esto que sucede con los sentidos del cuerpo afecta también al intelecto. De esta situación deben todos tomar noticia, sean o no señores, para no fiarse demasiado en su poder porque puede acontecerles lo que al buey que con frecuencia cree que lo llevan a pastar cuando en cambio es conducido a trabajar el campo <sup>303</sup>.

<sup>296</sup> BOCCACCIO, *Decameron*, edic. cit., V, 3, págs. 611-12.

<sup>297</sup> *Il Novellino*, edic. cit., XXXII, págs. 43-44. F. SACCHETTI, *op. cit.*, CLI, págs. 350-53.

<sup>298</sup> F. SACCHETTI, *Il Trecentonovelle*, edic. cit., XVIII, pág. 47; CCXXIII, pág. 580.

<sup>299</sup> BOCCACCIO, *Decameron*, edic. cit., IV, 8, pág. 539.

<sup>300</sup> F. SACCHETTI, *Il Trecentonovelle*, edic. cit., CV, pág. 237.

<sup>301</sup> BOCCACCIO, *Decameron*, edic. cit., X, 8, pág. 539.

<sup>302</sup> F. SACCHETTI, *Il Trecentonovelle*, edic. cit., XCVIII, pág. 221.

<sup>303</sup> *Ibid.*, CCXIII, págs. 554-55.



## APENDICE I: BOCCACCIO Y MARCO POLO

Dedicamos estos apéndices al examen de algunas cuestiones marginales que revelan la presencia de ese mundo exterior que los europeos habían comenzado a incorporar a su conocimiento a través de los viajes y de los relatos que iban registrando las maravillas o peculiaridades de un Oriente que, si bien abandonaba paulatinamente su ropaje fabuloso, no dejaba por eso de presentarse con una seducción que embargaría largamente los ánimos europeos.

Las referencias polianas nos llegan en Boccaccio a través de una vía un tanto inesperada. Es su introductor el astuto y desenfadado Fra Cipolla, protagonista de ese "saber vivir" de tono menor en el que la inteligencia aparece puesta al servicio de un tráfico vulgar que consiste en hacer dinero a espaldas de los tontos, superando las dificultades y obstáculos que puede oponer una masa de necios y crédulos hombres del pueblo. La acción nos sitúa, en pleno, dentro del ambiente de las pequeñas poblaciones italianas, con sus hombres y mujeres ingenuos, fácil pasto de un virtuoso de la palabra como era Fra Cipolla que no tiene dificultades para superar con su habilidad la ruda materia de los cerebros que se le oponen <sup>304</sup>.

Deseoso de impresionar a su predispuesto auditorio, el fraile narra sus viajes por diversos lugares en los que se mezclan las referencias locales con las orientales en un remedo y casi parodia de los relatos del Milione de Marco Polo.

"Señores y damas, les decía, vosotros debéis saber que, siendo yo muy joven, fui enviado por mi superior hacia aquellas partes donde aparece el sol, y fueme encargado, por orden expresa, que buscase tanto hasta encontrar los privilegios de Porcellana (es decir, la investidura de feudos fantásticos con alusión al arte cerámico oriental) los cuales aunque no llevasen sello, mucho más útiles son a otros que a nosotros. Debido a esto púseme en viaje, partiendo de Venecia, y yendo por el Barrio de los Griegos, de allí cabalgando, llegué al reino de Garbo y de Baldacca (Bagdad), luego a Parione (antigua calle de Florencia), desde donde, no sin sed, luego de un tiempo, llegué a Sardigna. Pero, ¿por qué os voy a contar de todos los países por mí vistos? Aparecí, pasado el Brazo de S. Jorge (el Bósforo) en Truffia y Buffia (alusión a las burlas y engaños en los que Fra Cipolla era maestro), países muy habitados y con grandes pueblos, y de allí llegué a la Tierra de Mentira, en la que encontré a muchos de nuestros frailes y también de otras regiones, los cuales por amor de Dios iban huyendo de todo inconveniente, poco cuidándose de las fatigas de los otros allí donde viesan que podía seguirles alguna utilidad, no gastando en esos países ninguna moneda, salvo las sin cuño. De allí pasé a la Tierra de Abruzzos, donde los hombres y mujeres van en zuecos por los montes, revistiendo a los puercos con sus mismas tripas (es decir haciendo salames y salchichas), y poco más allá encontré gente que llevaba el pan enfilado en bastones y el vino en odres.

<sup>304</sup> G. GETTO, *op. cit.*, págs. 159-63.



De allí fui a las montañas de las Barcas donde todas las aguas corren hacia abajo y fui tan adentro que llegué a la India Pastinaca <sup>305</sup>.

A propósito de este texto, y de las evidentes alusiones que contiene, se planteó el problema de saber cuáles podrían ser las noticias que Boccaccio tuviera del Milione de Marco Polo y de otros relatos de los viajes a Oriente.

Respecto del Milione se presentan algunas dudas; pero, en cambio, es seguro que leyó los principales itinerarios escritos con motivo de los viajes al país de los tártaros, y entre ellos, la famosa *Historia Mongolorum* de Giovanni Pian dei Carpini, incluida en gran parte en el *Speculum Historiale* de Vincent de Beauvais. Más difícil es establecer si leyó también la *Relación* de Guillermo de Rubruck, tan importante para la historia de la geografía, pero no recogida en el *Speculum*.

Las referencias al Mar Caspio que se contienen en el *De Montibus*, parecen resultar de la contaminación de dos fuentes: Rubruck y Polo.

En el célebre sermón de Fra Cipolla, ya mencionado, se utiliza una nomenclatura equívoca; pero, en sustancia se nutre en las referencias y datos característicos de los itinerarios medievales. Dado que el texto en cuestión tiene carácter alusivo no pueden esperarse precisiones geográficas. El curso del viaje, por otra parte, está dispuesto para traer el recuerdo de nombres de lugares y regiones florentinas.

A pesar del aparente desorden, el discurso es menos caótico de lo que a primera vista parece, aunque se mezclan referencias de los viajes a Tierra Santa y al país de los mongoles por la combinación de las fuentes utilizadas.

En el texto de Boccaccio, Fra Cipolla parte a la búsqueda de los privilegios de Porcellana, exactamente como sus hermanos Pian dei Carpini y Rubruck que habían salido munidos de documentos pontificios para obtener de los príncipes mongoles privilegios que los autorizasen a propagar la fe. Los jocosos "mirabilia" que con burla de grueso tono coloca en los Abruzzos, traen un eco cómico para quien está familiarizado con los relatos de los Sinica Franciscana y del Milione, esos textos en los que se describen las rarezas del mundo oriental y sus especiales condiciones económicas. En lo demás el trayecto sigue el curso de los itinerarios a Tierra Santa. El fraile sale de Venecia, atraviesa el Bósforo (Brazo de S. Jorge), llega al Barrio de los Griegos (Bizancio) y alcanza Jerusalem donde el Patriarca le exhibe insignes reliquias. Es el típico viaje por mar a los Santos Lugares <sup>306</sup>.

Comentando esta aproximación, R. Allulli trata de mostrar que Boccaccio y Marco Polo son, en cierto sentido, almas gemelas. "Alejados y ajenos a toda abstracción y simbolismo, escribe, ambos miran a la tierra que los sostiene como a la mayor y más firme realidad. Hijos de mercaderes, crecidos en su juventud en la práctica de la mercatura, se ven llevados a la observación de lo real, al estudio de una humanidad sin velos que ellos aman retratar en sus colores naturales, sin el brillo de barnices sobrepuestos. Por eso son buenos conocedores de hombres cuyas debilidades y errores saben mirar con bonachona indulgencia, casi fraterna. Como el Ulises dantesco, que es el héroe de los tiempos nuevos, ellos desean conocerlo todo, el bien y el mal, los vicios humanos y el humano valor" <sup>307</sup>.

<sup>305</sup> BOCCACCIO, *Decameron*, edic. cit., VI, 10, págs. 754-56.

<sup>306</sup> M. PASTORE STOCCHI, *Tradizione Medievale e Gusto Umanistico nel "De Montibus" del Boccaccio*, Padova, Cedam, 1963, págs. 43-51.

<sup>307</sup> R. ALLULLI, *Marco Polo e il Libro delle Meraviglie*, Verona, Mondadori, 1954, pág. 60.



Hombres de su tiempo, en fin, si uno se aplicó a una certera y a veces descarnada pintura de la sociedad interior; el otro, aportó la más clara y desmitizada descripción de un ámbito que, hasta él, participaba más de las características del mito que de las de la historia.

## APENDICE II: EL VIEJO DE LA MONTAÑA

En nuestros autores encontramos dos referencias al famoso Viejo de la Montaña, jefe de la conocida e inquietante secta de los Asesinos.

La primera está en el *Novellino* que alude a una demostración de su poder y del acatamiento que merecía a sus adeptos. En una ocasión, visitando el emperador Federico al Viejo, éste, para mostrarle como era temido su poder, miró hacia lo alto de una torre donde se encontraban dos asesinos, mesándose al mismo tiempo la barba. Al ver el gesto, los dos sin vacilar se precipitaron a tierra muriendo en el acto <sup>308</sup>.

La segunda pertenece a Boccaccio que menciona un polvo de maravillosa virtud traído desde Levante y obtenido de un gran príncipe el cual afirmaba que solía usarlo el Viejo de la Montaña cuando quería enviar a alguno al paraíso mientras estaba durmiendo <sup>309</sup>.

En fuentes anteriores o de la época encontramos diversas menciones al legendario personaje. Así en el Itinerario de Rubruck se alude a una búsqueda ordenada por Mangu-Khan cuando se le previno que cuarenta asesinos habían partido con orden del Viejo para darle muerte. En vista de esto, envió a uno de sus hermanos uterinos al país de los asesinos, denominado Mulibet, con orden de dar muerte a todos <sup>310</sup>.

Una indicación más extensa encontramos en el Milione. Milice, según describe, es una región en la que el Viejo de la Montaña solía vivir antiguamente. Según Marco Polo, el Viejo se llamaba, en su lengua, Abaodin. Había hecho construir en un valle, entre dos montañas, el más hermoso y grande jardín del mundo, en el que había hermosos palacios y frutos, pintados en oro con animales y pájaros. Se veían allí unos canales por los que corrían respectivamente, agua, miel y vino. Había también donceles y doncellas entre los más hermosos del mundo, que sabían tocar, cantar y bailar mejor que nadie. El Viejo les hacía creer que éste era su paraíso. Esto hacía porque, según Mahoma, el que fuera al paraíso se encontraría con hermosas mujeres y ríos de leche, miel y vino. Los sarracenos de la región creían que realmente era el paraíso. A este jardín no entraba sino aquel a quien él quería hacer asesino. A la entrada había un fuerte castillo que no temía a nadie en el mundo. El Viejo tenía en su corte a todos los jóvenes de doce años que le parecía serían luego hombres valientes. Mediante la administración de opio los hacía dormir por grupos y los ponía en el jardín a fin de que, cuando despertasen, creyesen estar en el paraíso. Luego que habían visto sus maravillas al despertar, los hacía dormir nuevamente y los

<sup>308</sup> *Il Novellino*, edic. cit., LXXX, págs. 79-80.

<sup>309</sup> BOCCACCIO, *Decameron*, edic. cit., III, 8, págs. 409-10.

<sup>310</sup> *Itineraire de Frere Guillaume de Rubruk, de l'Ordre des Freres Mineurs, aux Regions Orientales en L'An de Grace MCCLIII*, en A. T. SERSTEVENS, *Les Precurseurs de Marco Polo*, Paris, Arthaud, 1959, XLIII, págs. 296-97.



transportaba a su palacio. Cuando despertaban les preguntaba de dónde venían. Ellos contestaban que del paraíso y le pedían que los hiciese volver a él. Aprovechando de esto, el Viejo les ordenaba asesinar a quien él les pedía. El deseo de volver a las deliciosas entrevistas, hacía que le obedeciesen y acatasen sus órdenes sin vacilar. El temor que inspiraba ese poder del Viejo hacía que muchos reyes le pagasen tributo.

Según cuenta Polo, en el año 1277, Alan, señor de los tártaros de Levante, mandó a sus barones contra el Viejo, y luego de tres años de asedio, tomaron la fortaleza por hambre, dando muerte a todos <sup>311</sup>.

También Joinville menciona al Viejo. Durante la estada de Luis IX en Acre, llegaron mensajeros del Viejo de la Montaña. El rey los recibió al salir de misa. Delante de él se colocó un emir, detrás del cual se colocó otro de la embajada con tres cuchillos y detrás de éste otro con un manto destinado a envolver al rey antes de sepultarlo si rehusaba el pedido del Viejo. Invitado a hablar, el emir preguntó al rey si conocía al Viejo. Luis contestó que no, pero que había oído hablar de él. Ante la respuesta, el mensajero dijo que le extrañaba que si había oído hablar de él no le hubiera hecho llegar algún presente como lo habían hecho ya el emperador de Alemania, el rey de Hungría, el sultán de Babilonia y otros todos los años, sabiendo que no vivirían largamente si no placía a su señor. Dijo que si no le placía esa solución, que por lo menos hiciese dispensar al Viejo del tributo que debía pagar a las Ordenes del Temple y del Hospital, con lo que quedaría satisfecho. El Viejo no atacaba a los Grandes Maestres de las Ordenes porque sabía que no podía conmoverlas asesinando a sus jefes que serían prontamente reemplazados, y él perdería en cambio a sus asesinos.

Luego de escuchar, el rey les dijo que volvieran pasado el mediodía. Cuando volvieron encontraron al rey sentado entre los grandes maestros de las Ordenes del Temple y del Hospital, y antes de contestar les pidió que repitieran lo dicho por la mañana. Escuchados nuevamente fueron vueltos a citar para la mañana siguiente ante el Hospital. Reunidos de nuevo, les dijeron que el Viejo tenía bastante audacia para enviar tal mensaje al rey y que sólo por consideración a Luis IX no los habían hecho ahogar en el mar a despecho del Viejo. Que se fueran sin más y volvieran quince días después con obsequios para el soberano de modo que él se sintiera satisfecho. Al volver en el plazo indicado traían la camisa del Viejo para indicar el apego con que quería tratar al rey de Francia, y su anillo, para indicar que se desposaba con él, de modo que en el futuro los dos fuesen uno. Le envió también un elefante, manzanas de cristal y juegos de ajedrez ricamente decorados. En cambio, el rey también les entregó obsequios. A propósito de todo esto, el rey supo que el Viejo no seguía la ley de Mahoma sino la de Alí, tío del profeta <sup>312</sup>.

El Asia musulmana tenía en el Viejo de la Montaña a su héroe histórico legendario, correspondiente al "Sheikh de Jebel", Gran Maestro de la secta islamítica de los Asesinos, así como el preste Juan representaba al Oriente cristiano y Qubilai-Khan a la gloria y poder del imperio mongólico.

En el siglo XII el Viejo se convirtió en el terror de toda el Asia musulmana y de todos los soberanos del Viejo Mundo. Su fama perduraba des-

<sup>311</sup> MARCO POLO, *Il Millione*, edic. R. Allulli, Verona, Mondadori, 1954, XXXI, págs. 56-58.

<sup>312</sup> JEAN DE JOINVILLE, *Le Livre des Saints Paroles et des Bons Faits de Notre Saint Roi Louis*, mis en français moderne par André Mary, Paris, Payot, 1928, LXXXIX-XC, págs. 164-69.



pués que en 1256 Hulagú-Khan destruyó su sede principal, luego de un asedio de tres años, con dispersión de todos sus secuaces. Sus hazañas habían atemorizado a las Cortes porque sus emisarios habían suprimido, además de muchos dignatarios musulmanes, a tres califas, a Raimundo, conde de Trípoli, a Conrado de Monferrato, rey titular de Jerusalem, y atentado contra la vida de Saladino y la del príncipe Eduardo de Inglaterra. En 1253 se descubrió en Karakhorum una conjuración contra Mangu-Khan, y tanto Federico II como Luis IX, debieron precaverse contra sus insidias. Los asesinos se insinuaban en las cortes y cuando recibían la orden ejecutaban ciegamente los designios del Viejo sacrificando muchas veces la propia vida <sup>313</sup>.

### APENDICE III: LA PARÁBOLA DE LOS TRES ANILLOS

También en este caso encontramos en el *Novellino* y en Boccaccio dos versiones de esta célebre parábola que atraviesa los siglos, y plantea el problema de cuál sea la mejor entre las tres religiones extendidas en el área del Mediterráneo, con soluciones en las que parece insinuarse la necesaria actitud tolerante.

En cualquiera de sus etapas, la narración nos muestra un contexto histórico-social en el que se ha quebrado el cerrado exclusivismo de los primeros tiempos y en el que distintas posiciones espirituales son vistas como posibles según el sentir de sus adeptos, porque sólo Dios sabe, en última instancia, quién posee la verdad.

El esquema central de esta parábola prelude, en cierto modo, la que será posteriormente, a partir de Nicolás de Cusa, la fórmula humanística de "Una religio in varietate rituum". Como se irá viendo, a pesar de las variantes, en las distintas versiones el motivo central es el mismo.

En el *Novellino* se cuenta que el sultán, necesitado de dinero, pensó en plantear a un judío un problema de difícil solución para aprovecharse de él y despojarle de sus abundantes riquezas. Con este propósito le llamó a su presencia y le preguntó cuál era la mejor entre las distintas religiones. Oída la pregunta, el judío contestó con una parábola. Había un padre que tenía tres hijos, y junto con ellos poseía también un anillo con una piedra preciosa que le parecía la mejor del mundo. Cada hijo le rogaba que en punto de muerte le dejara a él la preciosa gema. El padre, viendo el deseo de los tres, mandó venir un orfebre y le pidió que hiciese otros dos anillos exactamente iguales al que poseía. Tan bien los hizo el maestro que nadie distinguía el verdadero de las imitaciones, salvo su dueño. Cumplida la obra, en secreto entregó a cada hijo un anillo, de modo que, no conociendo las copias, los tres creyeran tener el verdadero. Lo mismo, señor, dijo el judío, acontece con las religiones, que son tres. El Padre que está arriba sabe cuál es la mejor; pero, los hijos, que somos nosotros, creen tener la buena consigo. El sultán, vista la habilidad del judío, lo dejó ir en paz <sup>314</sup>.

Boccaccio plantea la misma cuestión y se la atribuye al famoso Saladino, el sultán que tenía entre los cristianos fama de sabio y buen caballero.

<sup>313</sup> L. OLSCHKI, *L'Asia di Marco Polo*, Firenze, Sansoni, 1957, págs. 357 ss.

<sup>314</sup> *Il Novellino*, edic. cit., LXI, págs. 67-68.



En este caso, el relato es más extenso y complicado. Se trata también de un judío que se había enriquecido con préstamos usurarios y al que Saladino pone a prueba con el objeto de drenar su bolsa. Llamado a la presencia del sultán, éste, luego de alabar sus conocimientos, le pregunta cuál de las tres leyes, la cristiana, la judía o la sarracena era reputada por él como la más veraz. El interrogado, adivinando las intenciones de Saladino, le contesta con la misma parábola. Había un gran hombre, muy rico, que entre todos sus tesoros, poseía un anillo bellísimo y precioso que determinó dejar al que habría de heredarle en sus posesiones y riquezas. Así se hizo de generación en generación hasta que llegó a manos de uno que tenía tres hijos, a los que de igual modo amaba. Los hijos, conociendo la historia del anillo, rogaban a su padre para que éste lo dejara a uno de ellos. El padre, que no podía hacer distingos entre los tres hijos a los que veía como igualmente dignos de amor y consideración, quiso satisfacer a los tres. Encargó secretamente a un maestro que hiciera dos anillos semejantes al original, de modo que no se conociese diferencia alguna entre ellos. Llegado al punto de muerte, con el mismo secreto, entregó uno a cada hijo que así creyó ser el poseedor del verdadero y único anillo. El litigio comenzó cuando, muerto el padre, los tres reclamaron su derecho a la herencia, apoyándolo en la posesión de la joya como había sido tradición en la familia.

La cosa pareció insoluble en ese momento y aún lo sigue siendo. Lo mismo os digo, señor mío, comentó el judío. De las tres leyes dadas por Dios Padre según la cuestión que me propusisteis. Cada uno su heredad, su verdadera ley y sus mandamientos con derecho cree tener y hacer; pero, quien realmente la tenga, como en el caso de los anillos, aún no se sabe. Vista la sabia respuesta, Saládino lo liberó, pidiéndole, en cambio, que le ayudase pecuniariamente como lo creyese mejor <sup>315</sup>.

Esta narración, según apunta M. Penna, interesa a la literatura; pero, más aún a la cultura y la civilización en un sentido más amplio y complejo. Por una parte, se trata de la solución del gran problema de la libertad de conciencia, que aquí puede verse en una de sus fases de evolución; y por la otra, permite aproximarse a la particular solución que de la cuestión y del problema religioso en general da Boccaccio <sup>316</sup>.

Según cree Gastón Paris, la novela es de procedencia hebraica, y habría nacido en España donde las relaciones entre hebreos y cristianos eran muy frecuentes y se planteaban a menudo cuestiones de este tipo. M. Penna diverge de él en cuanto señalaba que la narración más pura y antigua era la que aparecía recogida en el *Scevet Jehuda*, crónica compuesta por Salomón ben Verga a fines del siglo xv con materiales de antigua procedencia <sup>317</sup>.

Siguiendo la serie de relatos recogidos por M. Penna, se ve que una de las variantes del relato mencionado se encuentra en la novela de Barlaam y Josafat, de procedencia árabe. Conocedor de las virtudes del joven Josafat, Barlaam se disfraza de mercader y se presenta ante los guardianes que custodiaban al virtuoso joven. Para seducirlos les dice que posee una piedra preciosa que está dotada de todas las virtudes: da la vista a los ciegos, el oído a los sordos, la voz a los mudos. Sana, además, a los enfermos, da sabiduría a los ignorantes, aleja a los demonios y concede todo bien a quien la posee. El guardián quiere verla, pero Barlaam le contesta que sólo la mostrará a Josafat de cuyas virtudes oyó hablar largamente. Introducido

<sup>315</sup> BOCCACCIO, *Decameron*, edic. cit., I, 3, págs. 74-78.

<sup>316</sup> M. PENNA, *op. cit.*, pág. 9.

<sup>317</sup> *Ibid.* págs. 10-11.



en presencia del joven, antes de mostrarle la piedra, el viejo ermitaño le cuenta diversas parábolas para mostrarle la superioridad de los bienes espirituales sobre los temporales. Luego le revela su propia religión, y el joven comprende que la piedra preciosa no es otra cosa que la fe que puede llevar a la salvación <sup>318</sup>.

Estos relatos, en cuya tradición se instalan las versiones del *Novellino* y de Boccaccio, nos remiten a la simbología de las piedras preciosas a las que se atribuían virtudes y significación especiales. Las piedras, de acuerdo con sentimientos hondamente arraigados, eran como el anillo de una cadena que vinculaba al cielo con la tierra, difundiendo calidades que, en determinadas circunstancias, se trasmitían a los hombres. Sus cualidades de dureza, incombustibilidad y cohesión, le daban un carácter superior que aparecía confirmado por su belleza y su capacidad para aprisionar la luz, reflejando así virtudes celestes.

Por eso cuando en el relato anterior Barlaam hablaba de una piedra preciosa, el lector contemporáneo veía realmente en ella a un jirón de cielo que se había formado en las vísceras de la tierra, un fragmento de virtud astral que podía estar en manos del hombre, y que bien podía representar, para el caso, la revelación del Redentor. Identificar la gema con la religión significaba designar el instrumento natural de salvación, la vía trazada por el Señor para alcanzar el cielo que en la tierra era su doctrina y la ley por él dictada <sup>319</sup>.

Diversos eran los valores y los símbolos que se vinculaban a las distintas piedras. La esmeralda, piedra verde, era el símbolo de la esperanza y de la regeneración, y por consiguiente, de la eucaristía. Por eso el Graal era imaginado como una inmensa esmeralda. Del rubí se creía que reunía las virtudes y cualidades de todas las piedras, simbolizando la fuerza y la soberanía. Bajo el nombre de carbunclo se confundían todas las piedras rojas que desde los textos bíblicos pasaban por emitir una luz maravillosa y por guardar de toda herida en el combate a quien la llevaba <sup>320</sup>.

El pasaje de la idea de la piedra a la del anillo era natural en el contexto contemporáneo. En el *Libro de las Gemas* del obispo Marbodo, se ve que el anillo es el modo natural de llevar la piedra. Dentro del juego de trasposiciones, si una piedra preciosa, sola o engarzada, representa en la leyenda de Barlaam a la verdadera fe revelada por Dios parece natural que otras piedras u otros anillos, no verdaderos sino falsos, aparezcan expresando a las falsas religiones que no nacen de la revelación divina sino de los engaños de los hombres <sup>321</sup>.

A mediados del siglo XIII tenemos otra versión de fuente dominicana. Un hombre poseía un anillo en el que estaba engarzada una piedra preciosa que poseía la virtud de curar las enfermedades. Tenía también una esposa que le dio una hija legítima; pero, más tarde, seducida, dio a luz otros hijos que pasaban por legítimos sin serlo. El hombre, que no ignoraba la cosa, antes de morir hizo testamento dejando el anillo a la primera. Los otros hijos, cuando supieron la cosa se hicieron hacer anillos semejantes para presentarlos al juez cuando se abriera el testamento. Este, que era un hombre sabio, sometió a las piedras a la prueba de sus virtudes y sólo encontró verdadera a la que había correspondido a la hija legítima <sup>322</sup>.

<sup>318</sup> *Ibid.*, pág. 36.

<sup>319</sup> *Ibid.*, págs. 46-49.

<sup>320</sup> SÜHEYLÄ BAYROV, *Symbolisme Medieval*, F.U.F., Istanbul, 1957, págs. 212-13.

<sup>321</sup> M. PENNA, *op. cit.*, págs. 50-52.

<sup>322</sup> *Ibid.*, pág. 54.



En un relato del siglo XIV se habla de tres hijos. Si las piedras representan a distintas religiones, los hijos o hijas que las reciben indican a pueblos que reconocen como común al Padre que está en los cielos. De acuerdo con la concepción cristiana no puede hablarse de hijos legítimos e ilegítimos porque esto implicaría admitir un privilegio de raza que no admite una religión para la cual todos los hombres son hijos de Dios. Si la religión no es privilegio de un pueblo porque a todos se predica, no será el Padre el que da a un hijo la piedra verdadera, dejando desprovistos a los otros, sino la mejor industria de uno el que se la procura al no saber valerse los otros que se ven así obligados a fabricarse gemas falsas <sup>323</sup>.

En la *Gesta Romanorum*, cap. 89, se habla de un soldado que tenía tres hijos. Estando en punto de muerte, dejó al mayor como heredero, al segundo concedió un tesoro, y al tercero un anillo tan precioso que valía más que lo dado a los otros dos juntos. Además de esto, entregó a los otros dos un anillo de forma exactamente igual. Sin embargo, sometidos a las pruebas de las virtudes, sólo el anillo del menor demostró poseer virtudes taumáticas. La conclusión era la siguiente: El soldado era Jesucristo que tenía tres hijos, es decir, judíos, sarracenos y cristianos. A los primeros dio la tierra de promisión; a los segundos, el tesoro de este mundo en cuanto a pueblos y riquezas; a los terceros, el precioso anillo con el que podían curarse de distintas enfermedades porque la fe todo lo consigue. Las enfermedades que cura no son las del cuerpo sino las del alma y el interés por la piedra no es práctico sino moral <sup>324</sup>.

Dentro del común espíritu, como se ve, se dan las más diversas variantes. En la versión de origen lulliano se habla de un gentil y de tres sabios, uno judío, otro musulmán y otro cristiano que quieren convertirlo exponiéndole la bondad de sus respectivas religiones con adecuados razonamientos. Luego de escucharles, el gentil prorrumpie en una manifestación de fe, disponiéndose a hacer pública profesión de una de las religiones en cuestión. En ese momento, los tres sabios deciden alejarse para no conocer el resultado de su elección, y poder, al mismo tiempo, discurrir libremente acerca de las posibilidades que cada confesión tenía de obtener el triunfo, con un juego de imaginación del que no quieren privarse. En este relato predomina la concepción fraternal de las religiones dispuestas a convivir y comprenderse mutuamente <sup>325</sup>.

Otro relato pone en escena a Saladino que aparece titubeante entre las tres religiones que se dividían en ese momento el mundo mediterráneo. Reaparece aquí el tema de los tres anillos. En una novela que en el siglo XIII recoge el rimador austríaco Jans Enikel o Enenkel, se muestra al sultán en punto de muerte interrogándose largamente a cuál Dios remitir la suerte de su alma, si al de los judíos, al de los musulmanes o al de los cristianos. En la duda acerca de los respectivos poderes, quiso conciliárselos a los tres. Para esto dispuso dividir una mesa hecha con un enorme zafiro en tres partes y ordenó que cada una de ellas fuera enviada respectivamente a la mezquita, la sinagoga y la iglesia. Tenemos aquí una nueva versión imparcial del tema ya mencionado.

En la *Chronique d'autre mer*, en cambio, la balanza se inclina hacia el cristianismo. El mismo Saladino, en punto de muerte, envió por el califa de Bagdad, el patriarca de Jerusalem y los sabios judíos, para saber cuál

<sup>323</sup> *Ibid.*, pág. 56.

<sup>324</sup> *Ibid.*, págs. 66-68.

<sup>325</sup> *Ibid.*, págs. 130-37.



era la mejor Ley. Todos disputaron pero no se pusieron de acuerdo por lo que el sultán ordenó hacer tres partes con sus bienes y entregó la mejor a los cristianos.

En otra versión latina del mismo siglo XIII, se da una ingeniosa versión que también favorece al cristianismo. Antes de morir, Saladino hizo venir a su presencia a un judío, a un musulmán y a un cristiano, reputados los más sabios de Jerusalem, y les preguntó cuál era la mejor Ley. La mía, dijo el judío, y si la dejases, abrazarás al cristianismo que de ella descende; la mía, dijo el musulmán, y si la dejares, abrazarás la cristiana de la cual ella descende; la mía, dijo el cristiano, y por ningún motivo la abandonarás. La respuesta del sultán era previsible: Estos dos, abandonando su fe, adoptarían la cristiana, este otro, en cambio, no acepta más que la suya. Por esto yo la considero la mejor y la elijo <sup>326</sup>.

El tema de los tres anillos constituye el meollo de la narración del *Scevet Jehuda*. Entre D. Pedro el Viejo de Aragón y el sabio Nicolás de Valencia, se traba una conversación en la que el último acusa a los hebreos de despreciar a los cristianos y reprocha al rey su tolerancia para con ellos. Luego de esto, el rey llamó al docto hebreo Efraím ben Sancho, y le propone la insidiosa cuestión que Saladino ya había propuesto a Melchisedec en el relato boccacesco.

En una primera respuesta, el hebreo afirma que cada religión es la verdadera para cada uno de sus fieles, es decir que la solución queda en el plano subjetivo. No quedando satisfecho, el rey insiste: no se trata de la verdad relativa sino de la absoluta, cuál es la verdadera religión en sí misma. Efraím pide tres días para contestar. Finalizado el plazo, el hebreo se presentó ante el rey con el semblante conturbado. Al preguntarle el rey la causa, dijo que hacía más o menos un mes, un amigo suyo había partido de viaje y dejó a sus dos hijos sendas piedras preciosas como recuerdo. Los dos hijos habían ido luego a ver a Efraím para que éste les explicara la naturaleza de las piedras y su valor. El les contestó que eso nadie mejor que su propio padre, que era lapidario, podía contestar a la pregunta. Ante esto, los dos hermanos lo habían golpeado.

Sorprendido, el rey exclamó: esos tales merecen castigo porque te han ultrajado sin razón. Al oír esto, Efraím se apresuró a decir: oigan rey tus oídos lo que tu boca acaba de pronunciar. Esau y Jacob eran dos hermanos y a cada uno se le dio una piedra preciosa. Mi señor pregunta ahora cuál es la más preciosa de las dos. Envíe un mensajero al Padre Celeste puesto que él es el gran lapidario que está en condiciones de decidir acerca de la diferencia entre las dos piedras preciosas <sup>327</sup>.

Comparando las distintas versiones con las que traen nuestros autores, puede concluirse que la de ellos pertenecen al grupo de las tolerantes. Comentando la posición religiosa de Boccaccio, L. Russo destaca la diferencia que hay entre la posición dantesca y la del autor del *Decameron*. Para el primero, el mundo es católico y los infieles son el enemigo; para el segundo, hay judíos, sarracenos y cristianos, apareciendo todos ellos puestos en un mismo plano. Se pierde así el rigor confesional y el exclusivismo universalista que animaba la tratadística anterior. Aparece un aliento humanista

<sup>326</sup> G. PARIS, *La Leggenda di Saladino*, trad. di Mario Menghin, Firenze, Sansoni, 1896, págs. 20-22.

<sup>327</sup> M. PENNA, *op. cit.*, págs. 13-15.



dentro del cual es posible la comprensión del valor y la dignidad de las distintas confesiones religiosas <sup>328</sup>.

Esta primera conclusión no es ajena a esa expansión geográfica primero, y mental después, que incorporando nuevas zonas al conocimiento de los europeos, contribuye también a ampliar su horizonte espiritual.

#### APENDICE IV: LOS ORIENTALES Y EL PROBLEMA DE LA CONVERSIÓN

Una última cuestión que interesa es la que plantea el problema de la conversión de los infieles en relación con la crítica al estado presente de las cosas religiosas en el mundo cristiano.

En principio podemos recurrir a la famosa novela segunda de la 1<sup>ra</sup> Jornada del *Decameron* en la que Boccaccio plantea el tema de la conversión de un judío. Se trata de los empeños de un cristiano que quiere convertir a un tal Abraham a la fe de Cristo. Luego de mucho insistirle, el judío contesta que antes de dar el paso, desea hacer una visita a Roma para conocer el centro espiritual de la cristiandad. Ante esta noticia, el cristiano se lamenta amargamente por haber perdido todo su esfuerzo cuando creía que iba a obtener sus frutos. Si él va a la corte de Roma, se decía, y ve la malvada y sucia vida de los clérigos, no sólo de judío no se hará cristiano sino que si fuera cristiano, judío se volvería sin remedio.

Ya en Roma, el judío vio que todos deshonestamente vivían y pecaban en lujuria natural y sodomítica, sin freno de remordimiento o vergüenza. Eran, además, golosos, borrachos y llenos de concupiscencia, avaricia y codicia de dinero al que estimaban más que cualquier otra cosa.

Cuando volvió el judío, el cristiano ni siquiera se atrevió a visitarlo; pero, ante su sorpresa, el efecto fue distinto de lo que esperaba. El judío le dijo que si después de lo que había visto la religión cristiana no había desaparecido, no había duda que el Espíritu Santo estaba con ella y debía concluir que ninguna otra había más santa y verdadera <sup>329</sup>.

Figura importante dentro de esta cuestión es la del sultán Saladino al que se hace aparecer visitando tierras de cristianos para conocer sus costumbres y modo de vida, y, al mismo tiempo, ponerlos a prueba en su fe. Ya en el *Novellino* se lo presenta criticando el desprecio de los cristianos por los pobres que eran los hijos predilectos de Cristo y su desaprensivo tratamiento de la cruz que debía ser su símbolo máspreciado <sup>330</sup>.

Según refiere G. Paris, con excepción de un pequeño número de relatos hostiles, la figura del sultán aparece bajo una luz favorable. En algunos casos se alaba su virtud, en otros se lo presenta como muy semejante a los cristianos, atribuyéndole disposición a seguir la fe de éstos. En otras ocasiones, como ya se vio, aparece admirando la institución de la caballería y disponiéndose a recibirla. La generosidad, esa virtud principesca, le es largamente atribuida <sup>331</sup>.

Los viajes, en los que Saladino aparece visitando tierras, son un motivo para comparar las distintas religiones. Se aprovechaba la ocasión, por otra

<sup>328</sup> L. RUSSO, *op. cit.*, pág. 447.

<sup>329</sup> BOCCACCIO, *Decameron*, edic. cit., I, 2, págs. 69-72.

<sup>330</sup> *Il Novellino*, edic. cit., XXI, págs. 35-36.

<sup>331</sup> G. PARIS, *op. cit.*, págs. 9-14.



parte, para fustigar las costumbres del clero y se lo presentaba observando continuas violaciones del espíritu y la letra del cristianismo. Son relatos que tienen el sabor de las Cartas Persas con una técnica narrativa muy semejante. El viajero se convierte en agente de una crítica local, aunque a la postre, y a pesar de todo, resplandece la superioridad del cristianismo <sup>332</sup>.

A él también se le atribuyen reflexiones semejantes al Abraham de Boccaccio. Viendo la avaricia y concupiscencia de los clérigos, obispos y Papas, exclama que la religión cristiana es visiblemente la mejor de todas, dado que el Señor de los cristianos es paciente y misericordioso como para soportar tamañas ofensas, cosa que ciertamente no haría el Señor de otras leyes <sup>333</sup>.

Este tema aparece repetido en F. Sacchetti en el imaginado diálogo entre Carlomagno y un judío. Como había observado Saladino en el *Novellino*, el judío critica en este caso la actitud de los cristianos que dan a los pobres de Cristo no lo mejor sino sus sobras <sup>334</sup>.

La tradición de los viajes de Saladino a Occidente aparece también en el *Decameron*. Vestido como un mercader, Saladino visita Italia con su séquito y es honrado por un rico mercader llamado Torello. Cuando éste, que no sabía a quien había alojado, viajó a Oriente, el sultán tuvo oportunidad de retribuirle, con su habitual magnificencia, las atenciones recibidas <sup>335</sup>.

De un modo u otro, en estos cuatro apéndices, hemos tenido ocasión de percibir cómo en todos nuestros autores se hace presente ese horizonte exterior que los europeos iban paulatinamente incorporando con su inquietud de conocimiento y su audacia para las empresas más arriesgadas. Nos pareció un adecuado complemento de su testimonio sobre las circunstancias de la vida interior, el traer a colación el modo cómo registran en distintos planos y ante variadas circunstancias, el advenimiento de las realidades de otros orbes culturales con los que Europa había comenzado a enfrentarse en su proceso de expansión hacia Oriente.

<sup>332</sup> *Ibid.*, págs. 16-19.

<sup>333</sup> *Ibid.*, págs. 23-24.

<sup>334</sup> F. SACCHETTI, *Il Trecentonovelle*, edic. cit., CXXV, págs. 277-80

<sup>335</sup> BOCCACCIO, *Decameron*, edic. cit., X, 9, págs. 1190-1216.